
CAZAR
AL
ZORRO
J. ALEJANDRO PÉREZ CANO

Cazar al Zorro
© José Alejandro Pérez Cano
Edición 2026
Kindle Direct Publishing
Portada creada por Susana Pérez Paz

J. ALEJANDRO PÉREZ CANO

CAZAR
AL
ZORRO

A Teresa,
por ser el mejor capítulo de mi vida

1
EL MENSAJE

En el silencio espeso de la fría y húmeda noche de París, Adrien conectó la emisora clandestina en su habitación del último piso de la pensión donde se alojaba en la *rue Germain Pilon*. Sacó el cuaderno de claves que escondía en el interior del deformado colchón de su cama y lo colocó sobre una mesa desvencijada que reflejaba la débil luz de una lámpara de escritorio invadida por el óxido. Faltaban cinco minutos para recibir la transmisión, si es que la había. No eran tiempos para arriesgar, pero él, como cada noche, estaba preparado para escuchar lo que su contacto británico pudiera tener que comunicarle. Sabía que los alemanes tenían vehículos, los temidos *Funkpeilwagen,* furgonetas con antenas circulares en el techo, que se desplazaban de forma aleatoria por la capital francesa en un intento de interceptar transmisiones y detener al traidor; por eso, Adrien desconectaría una vez pasado un minuto si lo que oyera fuera solo silencio. Pero eso no pasó aquella noche en la que, a la hora en punto, la emisora recibió un mensaje que anotó para decodificar en cuanto aparato y antena estuviesen bien escondidos de nuevo. Abrió el cuaderno de claves con la dificultad añadida que aportaban unas temblorosas manos que le impedían pasar las páginas. Consiguió llegar a la correcta y comenzó la decodificación. Siempre le pasaba lo mismo; conforme avanzaba en su acción de descifrar un mensaje, no lo entendía hasta que, al final del proceso, lo leía en su totalidad. Así lo hizo, como siempre, pero esta vez, al verlo, sus ojos se abrieron de par en par. Volvió a leerlo, una y otra vez, hasta asimilarlo. Soltó el trozo de papel y se dejó caer sobre el respaldo de la silla, mirando al techo. Lo que acababa de traducir era una

bomba. Los alemanes reaccionaban ante lo que se avecinaba. No podía esperar, tendría que salir esa misma noche resguardado por la oscuridad de las estrechas calles de *Montmartre*, a pesar del toque de queda. El mensaje debía llegar a Normand cuanto antes. Eran más de las doce, debía salir, correr el riesgo y confiar en el cansancio de las patrullas alemanas que recorrían las calles de París. Iría con precaución.

Miró a ambos lados de la estrecha calle donde se ubicaba su pensión. Una vez seguro, se aventuró y la recorrió en sentido ascendente. La *Rue Berthe* se encontraba a menos de diez minutos a pie o, al menos, eso es lo que tardaría a la luz del día pero ahora debía ir con pies de plomo.

No había más luz que la tenue claridad que emanaba de las ventanas provocada por humildes velas que pronto se apagarían para dar paso a la más profunda oscuridad y que dejarían como únicas protagonistas a las estrellas que luchaban por asomarse entre las amenazadoras nubes. Lejos de dificultar la tarea de Adrien, la facilitaba sobremanera. Solo debería preocuparse de ser sigiloso, desplazarse de puntillas y con la mirada larga, en busca del brillo de los cigarrillos encendidos que los alemanes aprovechaban para fumar al abrigo de la noche.

Llegó sin novedad a la intersección con la *rue des Abbesses* pero no se atrevió a asomarse siquiera. Tenía que doblar a la derecha pero, de sobra sabía que ese lugar podría ocultar el mayor peligro de su trayecto; varias calles desembocaban en un espacio amplio y, la calle que tendría que tomar a continuación estaba a la izquierda, en sentido ascendente, tras la desembocadura de otra calle que bajaba a la triangular plaza: la *rue Ravignan*. Se atrevió a dar el paso y, por unos instantes, se sintió expuesto, observado, más solo de lo que jamás hubiese estado. Oyó un ruido y unas risas ahogadas. Paró en seco, intentando confundirse con el forjado de hierro que constituía la estructura de una farola que, como todas, permanecía apagada. Se dio cuenta de que a través de los balcones de los señoriales edificios que allí predominaban, se filtraba más luz de la que hubiera

deseado, proveniente de bombillas que brillaban más generosas que la cera quemada de la anterior *rue.* Detectó movimiento. Unos segundos más y ese movimiento se convirtió en la clara visión de una patrulla alemana. Dudó. Tuvo miedo. Introdujo la mano derecha en el bolsillo del oscuro gabán y sintió el papel donde estaba escrito el mensaje. Eso le recordó la importancia de su misión y le dio la motivación necesaria. A pesar de ello, el estado de nervios en que permanecía, le impedía pensar.

La patrulla nocturna hizo un alto. Consiguió oír una frase: «*Haben Sie eine Zigarette?».* No entendía alemán, pero la palabra cigarro era lo suficientemente parecida al francés como para comprender la situación. Iban a fumar. «Piensa, piensa», se decía a sí mismo. En contacto con el frío hierro de la farola lo comprendió: en cuanto enciendan una cerilla para dar fuego a sus cigarros, quedarían deslumbrados por unos instantes. Se descalzó y, con los zapatos en las manos, dio una silenciosa carrera, cruzando la calle y volviendo al abrigo de otra farola igual de oscura que la anterior. Al frío de la noche se sumaba el que le transmitía los adoquines a través de los agujereados calcetines. Nervios y baja temperatura trabajaban en armonía para hacer temblar cada músculo de Adrien. Mientras tanto, los alemanes parecían bromear mientras daban profundas caladas a sus cigarrillos. ¡Cuánto daría Adrien por tener uno entre sus dedos y sentir el humo invadir sus pulmones! Pero ese no iba a ser el momento de fumar. Saltó a otra farola, y a otra más. El movimiento le hacía recuperar algo de calor. Ya le quedaban los últimos metros. Otro salto más y quedaría fuera de la vista de los nazis. Pero, en algunas ocasiones, la noche te pone trampas y al joven Adrien se la puso. Un adoquín levantado con respecto al resto que conformaban la calzada le hizo trastabillar. Aunque consiguió mantener el equilibrio, los forzados pasos para evitar la caída produjeron unos sonidos sordos que detectaron los componentes de la patrulla.

—¿Quién anda ahí? —dijeron en un francés con fuerte acento teutón.

Adrien, en su quietud, rezaba con todas sus fuerzas. Oía la patrulla cada vez más cerca. Unos metros más y apreciarían la extraña forma de la farola que le confería el anexionado cuerpo del joven a su férrea estructura. Oyó como cargaban sus fusiles y apreció las dos figuras humanas separarse para cubrir más terreno. Maldecían con palabras incomprensibles para Adrien. Gracias a ello sabían donde se encontraban y eso le daba cierta ventaja. Si tuviera la suerte de que no pasaran cerca de su posición, era posible que no lo vieran. Pero, al igual que en ocasiones la oscuridad pone trampas, en otras da la ayuda que se necesita aunque no hubiese sido solicitada. Pero eso no lo comprendió Adrien a la primera cuando oyó otro ruido, el sonido de unos pasos sigilosos pero muy rápidos que llamó la atención de los germanos, que en esos momentos miraban a la posición del hombre unido a la farola. Adrien cerró los ojos. Había pasos tanto tras él como delante. Sintió que algo le rozaba la pierna, pero no se detenía, sino que seguía en pos de los teutones. Al llegar a ellos emitió un ladrido de súplica de alimento.

—¡*Verdammter Hund*!, maldijo uno de los alemanes al ver al cánido.

—*Falscher Alarm* —dijo el otro. Esto lo entendió Adrien a la primera. Se iban. El chucho callejero lo había salvado.

Recorrió *rue Ravignan* a toda velocidad a pesar de la pendiente que tuvo el efecto de hacerle entrar en calor y disipar sus nervios. Giró a la derecha por *Rue des Trois Frères* para después tomar a la izquierda *Rue Androuet* que ascendía directa hasta *Rue Berthe.* Protegido por la oscuridad y vigilado por las estrellas, Adrien se plantó en la puerta del *atelier* de *monsieur* Roux y llamó, y esperó hasta que la puerta se abrió y una mujer ataviada con una bata le franqueó el paso no sin antes asomar la cabeza a la calle y, mirando a un lado y otro, asegurarse de que nadie había seguido al joven militante de *la Résistance.*

2
DESVELANDO EL MENSAJE

El oscuro sótano, en el que varias personas se encontraban reunidas, tenía acceso desde varios establecimientos de la misma calle. Todo esfuerzo por aumentar la seguridad de las reuniones clandestinas le parecía insuficiente a Normand. Aparte de él, había cinco hombres más y una mujer; entre ellos, Adrien, quien comunicó el importante mensaje arriesgando su propia vida. Para eso se habían reunido esos siete miembros de *la Résistance,* para conocer la noticia que podría dar un giro al devenir de la guerra, uno tan grande que podría dar al traste con la posible invasión aliada. Por eso era tan urgente este encuentro. Habría que buscar una salida, una solución, por muy arriesgada que pudiera parecer; pero el futuro de Francia y, por qué no, del mundo libre podría depender de las acciones que ellos emprendieran. Darían la vida con gusto si la situación lo requiriera.

Normand fue el primero en hablar, tras un breve carraspeo.

—Esta de hoy no será una reunión más —hizo una pausa en la que aprovechó para mirar a todos y cada uno a los ojos—. El mensaje recibido esta pasada noche por nuestro camarada Adrien es del todo relevante. Esta noticia puede influir de forma decisiva a corto plazo en esta maldita guerra y, por consiguiente, en el futuro de nuestra nación. Por ello, debemos luchar por conseguir nuestra libertad perdida y vengar la muerte de tantos compatriotas que han luchado valientemente, dejando no solo su vida en el campo de batalla, sino que también sus mujeres han quedado viudas y sus hijos sin un padre. Creo que es el momento de tomar la iniciativa y

ayudar a que este conflicto termine con la derrota de los indeseables nazis.

Nadie se atrevió a interrumpir la introducción, o más bien arenga, por parte de Normand. Pero una vez concluida, la única mujer que formaba parte del selecto grupo intervino.

—Perfecto, compañero, todo me parece genial, pero pienso que deberías desvelarnos el mensaje y, de esa forma, todos podremos aportar ideas.

—De acuerdo, Iris —se dirigió a ella mediante su alias—, tienes toda la razón —señaló Normand que percibió como el resto de los que allí estaban asentían—. Por favor, Adrien, ¿puedes leer la transcripción del mensaje?

—Por supuesto, no faltaba más —dijo incorporándose—. Como ha dicho Normand, la pasada noche conecté, como hago cada día, a las doce de la noche. La mayoría de las veces no se recibe nada más que un monótono ruido de fondo; sin embargo, lo de ayer fue un mensaje corto pero contundente. De hecho, salí de inmediato en dirección a este Atelier para entregarlo, protegido por la oscuridad. El texto que recibí, una vez decodificado dice:

El lobo llama al zorro. Objetivo: reforzar costa norte.

Todos quedaron estupefactos, al menos todos los que tuvieron conocimiento del mensaje por primera vez. Fue el apodado Descartes quien intervino primero para valorar la noticia.

—Si no he interpretado mal, lo que de ahí se extrae es que Hitler le ha encargado a Rommel, su más efectivo y prestigioso mariscal que se traslade aquí para supervisar y organizar las defensas de la costa norte. Esto conlleva… —hizo una pausa para reflexionar— que los alemanes saben, o se imaginan, a lo que se enfrentan y quieren estar preparados y, por eso quieren poner el asunto en manos del mejor.

—Yo lo veo de otra forma, Descartes —interrumpió Iris, poniéndose de pie para exponer sus ideas mientras que deambulaba

por la habitación.—. Los nazis no tienen la menor idea del lugar por donde le lloverán las bombas y es por lo que van a reforzar toda la costa. Supongo que estarán haciendo una labor descomunal de espionaje para intentar descubrir el lugar por el que los aliados planean entrar.

—Yo estoy con Iris —apoyó Adrien—. Si creas una defensa en una extensión tan grande es que ni te hueles por dónde te van a venir. Alemania lo está pasando mal y sufrir un ataque por Francia podría cambiar decisivamente el desenlace de la guerra y la haría insostenible para los nazis en un corto plazo de tiempo.

Descartes, pensativo, decidió intervenir de nuevo.

—Creo que tenéis razón, lo veo claro. Hitler está desesperado —todos se mostraron de acuerdo—. Vamos a necesitar la ayuda de los distintos grupos clandestinos de la Resistencia. Debemos diseñar un plan, un buen plan. Tengo muy claro lo que debemos… no, más bien tenemos que hacer, lo que desconozco es cómo.

—Y, ¿qué hay que hacer, Descartes? —preguntó Iris que detuvo su incansable paseo para detenerse de golpe y mirar fijamente a los ojos del veterano miembro de la Resistencia.

—Lo único que podemos hacer: cazar al zorro.

3
UNA REUNIÓN DE AMIGAS

Era una hermosa tarde de octubre. El sol relucía sobre la ciudad invitando a los parisinos a invadir las terrazas de las cafeterías. Sólo el gris de los uniformes del ejército nazi restaba colorido al día. Adèle, mientras escuchaba en el gramófono a la afamada cantante Léo Marjane, observaba absorta la calle desde el gran ventanal de la mansión de los Girardon. El verde esmeralda de sus ojos se reflejaba en el cristal. Eugène, su marido, estaba ausente. Siempre lo estaba. Pero eso no la preocupaba. Su vida social era más que suficiente para alcanzar un mínimo grado de felicidad exigible. Su posición económica ayudaba a ello. Su tiempo libre lo pasaba, en gran parte, con sus inseparables amigas: Diana, Valérie y, la siempre alegre, Bibi. Iban de compras juntas, merendaban juntas, paseaban juntas y… conspiraban juntas.

Adèle había dado orden a Gaspard, el sexagenario mayordomo, de servir el café en el jardín trasero, lugar donde, a esas horas vespertinas, el sol proyectaba una agradable y cálida luz. No siempre se presentaban días tan apacibles en el otoño de París. Sus pensamientos fueron interrumpidos por unos prudentes pasos que se acercaban desde atrás.

—*Madame* —dijo el mayordomo esperando que Adèle Girardon le prestara atención—. Está todo listo a la espera de que lleguen sus invitadas.

—Gracias, Gaspard, creo que deben estar al caer.

—Perfecto, *madame*, estaré pendiente para cuando llegue ese momento servirles el café y algunos pasteles en el jardín.

—Gracias de nuevo —acompañó con una sonrisa—. Es usted muy atento.

El mayordomo hizo una reverencia y con un leve gesto de su boca que podría interpretarse como una sonrisa, volvió sobre sus pasos y desapareció discretamente. Adèle tenía la certeza de que aparecería justo en el momento en que se le necesitara.

Oyó el sonido de un coche estacionar en la cercanía de la casa. Con toda seguridad sería Valérie, la más puntual. Diana solía llegar en los diez minutos siguientes, mientras que Bibi… eso no lo sabía ni ella. Alegre, informal y sin remedio. Adèle decidió salir a recibir Valérie pero, como en la mayoría de las ocasiones, ya se había adelantado el siempre eficiente Gaspard.

—Gracias, ya me encargo yo —dijo con amabilidad—. Le ruego que vaya sirviendo el café, ya no tardarán las demás.

El mayordomo se volvió hacia ella enarcando las cejas. Adèle captó el mensaje.

—No se preocupe, Gaspard, la señorita Bibi vedrá… dejémoslo ahí, vendrá.

—Reservaré una taza caliente para cuando llegue.

Adèle y Valérie intercambiaron un beso como saludo. La anfitriona la invitó a acomodarse en la mesa instalada al aire libre junto a los rosales. Unos minutos después, también dentro de lo previsto, apareció Diana. Las tres comenzaron la agradable merienda acompañada de las típicas charlas insustanciales.

—¡¿No es increíble el día tan espléndido que tenemos hoy?! —Comentó Diana tras saborear un sorbo de su café.

—Estoy de acuerdo contigo, pero… no creas que esto va a durar —apostilló Valérie—, el otoño volverá a ser tan desagradable como siempre en París.

—¡Por qué va a ser desagradable! —exclamó Adèle—. Tengo una especial predilección por esta estación. Me gusta ver cómo los árboles se desnudan preparándose para el crudo invierno, cómo el viento hace revolotear las hojas secas que están esparcidas por el suelo. ¿No os parece encantador?

—A mí me parece una soberana tontería de viejas chochas —soltó alguien a sus espaldas.

Por fin Bibi, la irremediable Bibi, Todas se levantaron para darle el correspondiente beso de bienvenida. Mientras que tomaba asiento, por la puerta de acceso al jardín apareció el mayordomo con el café listo y al gusto de la recién llegada.

—Gracias, Gaspard. ¿Qué puedo hacer para que usted abandone esta casa y se venga a la mía? Le pagaré el doble.

—Oh, madame Beaumont, no me tiente.

—¡¡Gaspard!! —reaccionó en seguida Adèle Girardon.

—Solo es una broma, *madame* —dijo a modo de disculpa el sexagenario mayordomo que, sin más se giró y desapareció por donde había llegado.

Una vez completo el grupo de las cuatro amigas, se reanudaron las conversaciones intranscendentes hasta que se oyó el repiqueteo de las cadenas de vehículos militares sobre el asfalto. Los malditos nazis. Las cuatro torcieron el gesto y permanecieron mudas hasta que el sonido desapareció en la lejanía.

—¡Hijos de perra! —exclamó con vehemencia Valérie.

Todas la miraron asustadas, a excepción de Bibi, claro está.

—No he dicho nada que no penséis vosotras, ¿acaso me equivoco? —continuó.

—Tienes razón, Valérie, pensamos lo mismo, pero no es conveniente expresarse tan abiertamente en esos términos. Quién sabe qué oídos pueden estar escuchado.

—Cierto, Diana, no puedo poner la mano en el fuego por todos los que forman el servicio de esta casa —intervino Adèle.

—No creo que nadie del servicio tenga algo que ganar con denunciarnos a los nazis. Y, por lo que veo, pronto olvidáis que vuestros maridos son unos malditos colaboracionistas —acusó Bibi.

—Bibi, no creo que debas ponerte así. Ellos solo son unos empresarios importantes que han hecho mucho por Francia. En estos momentos, lo único que pretenden es que las fábricas sigan funcionando y no haya más familias de las que ya hay pasando hambre.

Mientras que Diana asentía a las afirmaciones de Adèle, Valérie, con sus facciones, expresaba desacuerdo e incluso se podría afirmar que también odio.

—Tiene toda la razón Bibi —insistió Valérie—. Sabemos que tienen muy buena relación con los nazis y eso me tiene muy preocupada.

—No entiendo el porqué de tu preocupación —intervino ahora Diana que había permanecido callada durante la conversación—. Ellos son empresarios y los alemanes forman el gobierno actual en la Francia ocupada. No podemos hacer otra cosa que continuar hacia adelante.

—Y, claro, imagino que no habéis pensado qué pasará cuando nuestro país sea liberado, porque no tengo duda alguna sobre ello.

—¿Que quieres decir? Explícate, Bibi.

—Muy fácil, querida Adèle. Alemania no va a poder sostener por tiempo indefinido una invasión tan extensa en Europa. Le será muy difícil mantener todas las fronteras. Por otro lado, los aliados están librando batallas en todos los frentes. Inglaterra y Estados Unidos lanzan bombardeos en pleno corazón de Alemania. Y luego están los rumores cada vez más extendidos de que se producirá una gran invasión aliada. Desde el momento en que los americanos están metidos en el asunto, lo veo cada vez más probable.

—No imaginaba que estuvieras tan al tanto de la marcha de la guerra —dijo extrañada Diana.

—Bueno, tengo algún amigo que tiene otro amigo que parece que tiene contactos.

—Cuidado con quien te relacionas —le previno la anfitriona de la casa—. Si fueras detenida… oh, no puedo ni imaginarlo.

—Bien, pero, por favor, termina tu idea. ¿Qué pasará si somos liberados? —insistía Diana invadida por la duda y el temor.

—¿Aún no lo veis? —hizo una pausa antes de continuar—. *Monsieur* Girardon, *monsieur* Legrand y *monsieur* Dupont, se las tendrán que ver con la nueva Francia libre. Deberán rendir cuentas. ¿Es que no sois capaces de comprenderlo?

—Por mi parte que resuciten la guillotina y le corten la cabeza.

—¡Valérie! —exclamaron las tres a la vez.

En ese momento, madame Valérie Dupont arrancó a llorar. Ninguna de sus amigas eran capaces de interpretar cuál era la razón. Durante unos minutos, no fue capaz de articular palabra alguna y, a no ser por la intervención de Bibi, no habría contado nada.

—Cuéntalo —dijo Bibi—. Por favor, hazlo, tienen derecho a saberlo. Entre todas te apoyaremos.

—Contar ¿qué? —preguntó Adèle extrañada.

Valérie dudó pero, ante la mirada expectante de sus amigas, de sus únicas amigas, decidió hablar, contar lo que le había sucedido tan solo hace unos días. Y los hechos que relató los apoyó con las imágenes de varios hematomas que las prendas de vestir que había elegido para esa merienda vespertina ocultaban de forma estratégica.

4
UNA CONVERSACIÓN DELICADA

Rozaban las siete de la tarde cuando el servicio terminó de preparar la mesa para la cena en la mansión Girardon. La temperatura agradable de días anteriores se había esfumado de la noche a la mañana, por lo que reinaba un frío húmedo de los que calaban hasta el fondo de los huesos. Solo Adèle y su esposo cenarían esa noche de jueves, como cada día, exceptuando viernes y sábados que solían tener invitados, o eran ellos los que cumplían esa función en las mansiones de otros empresarios o amigos dentro de su círculo social, claro está. La señora Moreau, esposa del eficiente mayordomo, servía una sopa que humeaba en los platos al ser servida y, que tanto Adèle como su marido, Eugène, miraban con apetencia. Para el segundo plato, esperaban unas codornices en salsa con verduras glaseadas. Por supuesto, irían acompañadas por un buen caldo de Borgoña proveniente de la extensa bodega que la mansión poseía en el sótano.

—Te veo contento, Eugène —inició la conversación Adèle una vez el servicio se hubo retirado un tiempo prudencial, mientras los señores de la casa degustaban la sopa y disfrutaban de intimidad hasta que madame Moreau estimara que el matrimonio Girardon hubiera terminado con el primer plato.

—Cierto, querida. Ha sido un buen día, ¡sí, señor! —dijo Eugène luciendo una amplia sonrisa—. Hemos conseguido dos nuevos contratos muy cuantiosos que nos permitirán salir de la situación tan mala que hemos pasado en estos dos últimos años. Te aseguro, Adèle, que vamos a ganar mucho dinero.

—No sabes cómo me alegro, querido. Has luchado mucho por la empresa y te mereces tener éxito, aunque, si te soy sincera, nunca lo dudé.

—Agradezco de veras esa confianza que tienes puesta en mí. Debo reconocer que en estos tiempos de guerra no he visto claro que pudiéramos seguir hacia adelante. La situación está realmente mal y en estos años he tenido miedo de perder todo lo que mi familia me había legado: la fábrica, la mansión, la villa de campo… Es cierto —prosiguió Eugène— que tenemos suficiente propiedades y valores que nos permitirían vivir desahogadamente en caso de cierre, al menos por un tiempo. Pero, te aseguro, querida, que no lo iba a permitir.

—Estoy segura de ello, Eugène, creo que eres un gran empresario. Y, si puede saberse, ¿en qué consisten esos contratos? —se interesó la señora Girardon—. Nunca he sabido qué fabricas exactamente. Sé que te dedicas a la metalurgia, claro, pero reconozco que nunca he tenido interés en saberlo.

—Claro, querida, aunque te puede resultar del todo aburrido. En realidad, son piezas metálicas que a su vez sirven para montar otras mayores. Como ejemplo te diré que nosotros fabricamos una plancha metálica de un determinado grosor, unas medidas concretas, una aleación específica. A su vez, como te dije antes, estas piezas se montan para formar una estructura mayor, pero de eso ya no nos encargamos nosotros. Tampoco quiero aburrirte con detalles técnicos como estos. La verdad, querida, las mujeres no estáis… capacitadas para…

Monsieur Girardon interrumpió su disertación cuando oyó las puertas del salón abrirse al entrar la señora Moreau con la intención de retirar los platos de la sopa y servir las codornices. Durante el tiempo en que se produjo el cambio de platos, Adèle mantuvo el semblante serio, la mirada fija en su marido. Una vez que se quedaron de nuevo en la intimidad de la estancia, esta reinició de nuevo la conversación.

—Perdona, Eugène, ¿qué has querido decir exactamente con que las mujeres no estamos capacitadas para…? Por favor, concluye la frase —le inquirió su esposa.

—Querida, no he pretendido decir nada extraño, solo que las mujeres no tenéis, cómo decirlo… una especial capacitación para los detalles técnicos. Eso es algo con lo que los hombres hemos nacido, por decirlo de alguna forma. Todo el mundo sabe que vosotras entendéis de vestidos, de decoración y, la que sea de baja clase social, de limpiar y fregar. ¿Qué otra cosa espera la vida de vosotras? Pero no te confundas, yo te quiero mucho.

—Ah, muchas gracias por tan magnánimo sentimiento hacia mí —dijo Adèle tirando el tenedor sobre el plato de porcelana haciendo que saltara por los aires una parte del borde—. Es muy considerado por tu parte.

El sonido del plato al recibir el impacto del tenedor debió alertar al mayordomo que, de inmediato, apareció para comprobar el bienestar de sus señores. Aunque no le dio tiempo a preguntar.

—Por favor, Gaspard, retírese, si lo necesito se lo haré saber.

—Pero, señora… —dijo el eficiente mayordomo paseando su mirada desde el borde del plato roto a los ojos de *madame* Girardon y al contrario para, al final, tener que acatar la orden directa que acababa de recibir.

—Querida, por favor…

—No, que-ri-do —volvió a la carga Adèle marcando cada una de las sílabas—. Deja que esta inepta e incapacitada termine. ¿Acaso me debo sentir afortunada por que me des cariño, el mismo cariño que le darías a tu perrita? ¿Es así como me quieres?

—Pero, por favor, no saques esto de quicio, no creo haber dicho nada tan raro.

—Oh, no, claro que no, el señor no ha dicho nada extraño. Es que la tonta de su esposa no lo entiende, pero, claro, no tienes nada de qué preocuparte, yo soy feliz porque mi maridito me da dinero

para comprar bonitos vestidos y, de vez en cuando, si me porto bien, me hace caricias en la cabeza para que muestre mi mejor y agradecida sonrisa.

—¿Quieres dejar de decir memeces? Te exijo que te calles de una maldita vez.

—¿Me exiges? ¿Quién eres tú para exigirme?

—Tu marido, soy tu marido —concluyó Eugène elevando la voz y transmitiendo toda la autoridad que era capaz.

—Claro, ¡qué tonta soy! Te debo obediencia, supongo.

—Pues sí, ahora que lo dices, así es.

—Y si no te obedezco, ¿harás como ese amigo tuyo, monsieur Dupont?

—¿Qué narices quieres decir? Explícate.

—¿No te ha contado nada de sus agresiones y palizas a su esposa? Quizás ella tampoco le obedezca y se lo merezca, ¿no es así? ¿no es así? Responde, ¡maldita sea!

—Pues sí, es así, si le ha tenido que poner la mano encima a su esposa, es que se lo tendrá merecido.

Adèle se quedó petrificada. No se atrevía a hacer la pregunta, pero al final la formuló.

—Entonces —inició la cuestión despacio—, si me lo merezco… ¿me pegarías?

Monsieur Giradon, se puso en pie y la miró a los ojos con el ceño fruncido y dijo con toda la frialdad del mundo antes de tirar la servilleta sobre la mesa y retirarse:

—Por supuesto, querida, por supuesto.

5
EL JARDINERO

Como todos los viernes por la tarde, Adèle se dirigía a la cafetería donde tomaba café con sus amigas. Pasó todo el camino mirando a través de la ventanilla, en silencio, con la mirada perdida. Los acontecimientos de la cena del día anterior le habían afectado en gran medida. No era capaz de comprender cómo Eugène había sido capaz de reaccionar de esa forma, con una amenaza tan grave y tan directa. Adèle no paraba de buscar una explicación lógica a esa reacción tan violenta, que quizás proviniera del estrés en el que vivía su marido a causa de las dificultades de la empresa. Pero no, no podía ser eso, sobre todo el día en que le comunicó que los negocios comenzaban a tener unas importantes perspectivas de futuro. Puede que no lo conociera del todo bien a pesar de los años que llevaban casados. Si bien su matrimonio no era un ejemplo de amor y pasión, al menos, hasta la noche anterior, había imperado el cariño y el respeto. Aún recordaba cuando lo conoció en aquella fiesta campestre en la villa que los Girardon poseen en la campiña, cerca de París. Ella asistió en contra de su voluntad, pero su padre le hizo ver que sería un encuentro muy importante para los negocios que la familia de Adèle tenía con el padre de Eugène. El corazón de Adèle estaba aún destrozado por el gran amor de su juventud, Daniel, quien la amaba profundamente, pero, por desgracia para la pareja, la pasión de Daniel estaba centrada en la política y en una lucha encarnizada contra el fascismo que comenzaba a imperar en el viejo continente. Él pertenecía al Partido Comunista Francés y, en cuanto estalló la Guerra Civil en España, de inmediato se implicó en ella; desde la organización del reclutamiento para la formación de las

Brigadas Internacionales en estrecha colaboración con Moscú a su participación en dichas Brigadas como componente y con las que estuvo luchando casi desde el mismo momento de su creación hasta 1937, el año en que Adèle recibió la última noticia de Daniel en forma de carta, donde le contaba que estaba cerca de un río llamado Jarama y que entrarían pronto en batalla. En ella le contaba lo crudo de la situación y le pedía perdón por haberse ido a España. Le expresaba su amor, pero también dejaba entrever que ese amor no sería posible en un mundo sin libertad. La misiva estaba fechada el 5 de febrero de 1937. Desde ese momento nada supo de Daniel, pero las noticias que llegaban del país vecino hablaban de una cruenta batalla cerca de Madrid, en la que se cifraban por miles los muertos por ambos bandos. Adèle no era capaz de asimilar las razones por las que un hombre era capaz de dejarlo todo, su familia, su trabajo y el amor de su vida por ir a luchar a una guerra que no era la suya y en la que, con gran probabilidad, podría perder la vida.

Al principio estuvo de mal humor pero, el descarado hijo de *monsieur* Girardon la invitó a dar un paseo por el campo. Ella, por supuesto, se negó y él le soltó que sus intenciones eran honorables y que solo pretendía pedirle que se casara con él. El hecho de que no estuvieran solos fue lo que impidió que Adèle le propinara una sonora bofetada. A pesar de todo lo sucedido y de forma inconsciente, ella no pudo dejar de pensar en el joven descarado en los días sucesivos. A la semana siguiente, su padre le comunicó que los Girardon habían aceptado su invitación para cenar. Adèle se preguntaba si sería capaz de volver a proponerle matrimonio. Esperó con cierta impaciencia a que llegara aquella cena y, el joven Eugène la volvió a sorprender, pero en esta ocasión portándose frío y distante, lo cual la desconcertó. Fue a partir de ese momento cuando decidió olvidarlo para siempre. Al fin y al cabo su corazón estaba ocupado por Daniel, o por su recuerdo, ya que desde hacía meses vivía en el convencimiento de que su amado había dejado su vida a orillas del aquel maldito río Jarama. Y casi lo consigue si no

es por otra reunión que concertaron ambas familias dos meses más adelante, a finales de agosto. Pero, pocos días antes de aquel nuevo encuentro, su madre llamó a la puerta de la habitación de Adèle. Esta la invitó a entrar, intrigada; no eran frecuentes sus visitas.

—Adèle, hija mía —inició la conversación dubitativa, como quien tiene la seguridad de que lo que tiene que decir no va a ser comprendido.

—Sí, mamá —dijo expectante.

—Escúchame atenta y, por favor, no me interrumpas, bastante difícil es tener que decirle esto a una hija —hizo una pausa la señora Dubois, dejando más inquieta aún a Adèle—. El caso es que… —intentó continuar—, el caso es que parece haberle gustado al chico de los Girardon.

—Vaya, mamá, me preocupas, ¿qué quieres decir exactamente con eso?

—Te dije que no me interrumpieras, hija.

—Está bien, perdona, pero sigue, por favor.

Eso hizo, pero esta vez con más determinación.

—Lo que pretendo decirte es que Eugène ha mostrado cierto interés por ti, de hecho, ya lo mostró aquella vez que estuvimos en su casa de campo, lo recuerdas, imagino. Hay que reconocer que el chico es apuesto y pertenece a una gran familia. Eso me lleva a preguntarme cuál será la opinión que tú, hija mía, tienes sobre él. Porque, quizás, podría ser…

—¡Mamá! —exclamó la joven incorporándose como un resorte de la silla—. ¿Acaso me estás diciendo que debo casarme con ese muchacho simplemente porque es guapo y pertenece a una importante familia?

—No, no, no es eso, tu libertad está siempre primero, pero…

—Vale, ahora viene el «pero» al que tengo que temer. ¡Suéltalo de una maldita vez!

—No te pongas así, Adèle, lo que quiero que sepas es que tu padre lo está pasando muy mal, está a punto de la bancarrota. Su esperanza está en los negocios que se pueden establecer con los Girardon y sus empresas metalúrgicas. Un contrato con ellos salvaría su empresa. De lo contrario…

—¿De lo contrario… ?

—Estaremos arruinados en unos meses. Es por eso por lo que me preguntaba si a ti también te gusta ese chico y existiera la posibilidad de que contrajeras matrimonio con él.

—Mamá, no, no, no puedes pasarme ese problema a mí, yo no puedo soportar esa presión, ¡nunca!, que lo tengas claro, nunca me casaría con un hombre al que no quiero.

—Tenía que preguntarte. Perdona, hija mía, no tengo derecho y, supongo que aún no has olvidado al comunista ese —dijo cabizbaja, avergonzada.

Sin más, la señora Dubois se retiró de la habitación de su hija, a paso lento, cansino, hasta llegar a la puerta donde, antes de salir, dedicó una última mirada a Adèle, su querida hija, la que en breve dejaría de vivir en la alta sociedad parisina, ya que tendrían que, tarde o temprano, abandonar la lujosa mansión en la que vivían para poder pagar las deudas que, año tras año, se habían ido acumulando. Adèle quedó desolada. Ella siempre había sentido pasión por su padre, y haría todo por él, pero esto…, esto no se sentía capaz de hacerlo.

Finalmente, llegó el día en que volvieron a repetir el encuentro en la villa de los Girardon, y aquella vez sí que aceptó dar un paseo con él a solas por el campo. Aún tendría la oportunidad de abofetearlo, esta vez no se quedaría con las ganas. Al cabo de un par de kilómetros, llegaron al remanso de un arroyo cercano, rodeado de sauces que derramaban sus ramas sobre la superficie de las tranquilas aguas. La hierba tenía un color verde intenso combinado con el anaranjado del sol al atardecer. Adèle se dio

cuenta de que Eugène lo tenía todo calculado: el lugar y el momento. No se equivocó. El joven le declaró su amor. Un amor que surgió, como le explicó, desde aquel primer encuentro unos meses atrás. Unos segundos, unos solos segundos en que la joven quedó sin saber cómo reaccionar, su pretendiente le robó un fugaz beso en los labios. Adèle quedó petrificada. Sus pensamientos eran un torbellino donde se mezclaban los recuerdos de su más que probable difunto novio, los problemas económicos de su padre, la conversación con su madre y la situación que había creado con todo detalle el joven Eugène Girardon. Tras ello, los dos se quedaron mirando. Los ojos del joven expresaban enamoramiento, mientras que los de ella, confusión. En su más profunda intimidad, Adèle percibió algo: se sintió abrumada por la fuerza y el magnetismo que el muchacho proyectaba. Volvió a pensar en su padre, en Daniel y miró con fijeza a los ojos que tenía justo frente a ella, en aquella cautivadora tarde de verano. Eugène se acercó a ella lentamente, sin apartar su mirada de los verdes e hipnotizadores ojos de Adèle, y la besó, con intensidad. Un beso que se prolongó durante unos segundos mágicos, bañado por los cálidos rayos del sol de finales de agosto y que culminó en un abrazo en el que las dos almas se fundieron. «¿En qué momento habían perdido todo eso?», La pregunta se desvaneció con la frenada del coche. El aviso del chófer indicándole que habían llegado terminó por sacarla de su ensoñación.

Cuatro automóviles relucientes acababan de aparcar frente al legendario Café de Flore, cuyos ventanales reflejaban la agitación del boulevard Saint-Germain, testigo de la historia parisina desde finales del siglo XIX . De esos cuatro coches surgieron sendos chóferes que abrieron las puertas traseras, desde las que emergieron cuatro damas que, tras un inicial y escueto saludo, entraron juntas en el afamado Café. El mismo dueño del local salió a recibir a tan ilustres señoras para acompañarlas hasta una mesa previamente reservada. Agradecieron el gesto y se sentaron. De

inmediato, a una señal del propietario, un camarero se acercó para tomar el pedido. Unánimes, pidieron cuatro cafés *au lait*.

—¿Cómo lleváis la semana, chicas?

La pregunta de Adèle marcó el comienzo de una conversación intranscendente que, como siempre, era el preámbulo para tratar otros temas más profundos o relacionados con sus propias preocupaciones. Dicha conversación duró hasta que, de nuevo, el camarero apareció con los cuatro cafés, lo cuales sirvió diligentemente.

—Si me permiten, señoras —dijo el *garçon*—, por gentileza del local, quisiéramos obsequiarlas con estas galletas de mantequilla como acompañamiento al café.

—Muy amable —dijo con sorna la siempre sonriente Bibi—, aunque seremos prudentes, hay una línea que mantener.

El camarero, no sabiendo qué responder, se retiró algo azorado.

—Tengo un problema, chicas —comentó Adèle.

Todas se inclinaron hacia adelante en disposición de escuchar algo grave.

—No es nada grave, no me miréis así —se volvieron a reclinar más tranquilas—. Es solo que se jubila mi jardinero. Confieso que para mí es una gran pérdida.

—Ni que lo digas —comentó Valérie—. Tu jardín es la envidia del vecindario.

—Cierto —continuó Adèle—, pero el pobre está muy mayor y me ha comentado que quiere pasar el resto de sus días en una granja que tiene su hijo mayor cerca de Vernon, a orillas del Sena. Me asegura que es un lugar precioso. Por ello, os quería comentar que voy a necesitar un nuevo jardinero, cualquier ayuda me vendría bien.

—No te preocupes, Adèle, hoy mismo le preguntaré al mío —aseguró Diana.

También Valérie se mostró dispuesta a ayudar, salvo Bibi que, ensimismada, parecía haber perdido el hilo de la conversación.

Por un momento las cuatro quedaron en silencio cuando, tras darse cuenta que el dueño del café se dirigía con celeridad a recibir a los nuevos clientes, vieron entrar varios oficiales alemanes. No solo fueron ellas las que habían dejado toda conversación, sino toda la cafetería. La incomodidad se respiraba en la sala; no obstante, los oficiales entraron descubriendo sus cabezas y saludando al propietario que, nervioso, les indicó la mesa donde podían tomar asiento. No era cercana a la de Adèle y sus amigas, pero sí que estaba en el camino por el que tenían que pasar los militares germanos.

—Del todo intolerable —exclamó Bibi, indignada.

—Calla, por favor —intervino con disimulo Diana.

A pesar de todo, Bibi dirigió su mirada seria, de ira, hacia el grupo de oficiales. Solo uno de ellos se la mantuvo, pero no detectó altanería en ella, sino que parecía que pidiera perdón por estar allí molestando, por estar invadiendo un país que no era el suyo, en el que no estaban sus seres amados. Esto la hizo titubear. El oficial, que mostraba la insignia de capitán, saludó con una leve inclinación de cabeza, pero sin desviar un ápice sus ojos azules de los de la dama. Pasaron sin más y, tras tomar asiento, pidieron cafés y algún que otro cruasán.

Por su parte, las chicas retomaron sus conversaciones triviales, aunque, una de ellas no paraba de lanzar miradas furtivas al rubio propietario de ojos del color del cielo.

6
EL INGLÉS

Andy, cabizbajo, caminaba por High Street inmerso en una gran decepción, quizás la mayor de su vida. Unos minutos antes, se bajaba del autobús procedente de la localidad de Topsham, una villa junto al mar a pocos kilómetros de Exeter. Con toda probabilidad ese día sería el último que pasaría en Inglaterra, al menos durante un tiempo. Como oficial del ejército debía presentarse al día siguiente en Whitehall y eso significaba que tendría una misión que cumplir en breve. Se sentía muy triste por cómo había resultado el día, un día en que había depositado todas sus esperanzas. El viento, cargado de humedad, arreciaba a esa hora de la desapacible tarde, un tiempo que acompañaba a su tristeza, e incluso la acentuaba. Levantó la cabeza sujetándose el sombrero y vio nubarrones que anunciaban una descarga inminente. No le daría tiempo a llegar a casa sin calarse hasta los huesos. Estaba a la altura de Martins Lane, el callejón donde se encontraba *The Ship Inn,* uno de los *pubs* que solía visitar con cierta frecuencia. Paró a la altura de la esquina de la estrecha calle y volvió a mirar el encapotado cielo que terminó de solucionar sus dudas. Se adentró en ella en busca de la protección y calidez de la taberna que lucía un barco en el cartel de la entrada donde rezaba que dicho establecimiento fue también frecuentado por Francis Drake, vicealmirante de la Marina Real inglesa y pesadilla de los españoles. Abrió la puerta y sintió el calor agradable mezclado con el olor a la cerveza derramada sobre las tablas de madera que configuraban el suelo. Entró y se sentó en un taburete junto a la barra.

—Me alegro de verte, Andy —le dijo el camarero mientras secaba unos vasos con un trapo de dudosa pulcritud.

—Yo también, Tommy, ¿me pones una pinta?

El camarero asintió y dejó el trapo sobre la barra para dirigirse al estante donde tenía los vasos ya secos. Tomó uno y lo puso bajo el grifo. Tiró de la palanca varias veces, bombeando la cerveza que caía sobre el vaso produciendo una buena capa de espuma que dejaría reposar un rato para volver a repetir la operación hasta completar la medida correcta de una pinta. La puso ante Andy, quien la asió con la mano derecha llevándosela sin más dilación a los labios, dando un largo sorbo que le llenó el fino bigote de galán de cine americano con una espesa capa blanca.

El barman le pasó una servilleta, limpia.

—Gracias.Tommy, estás en todo.

—No hay de qué.

Apenas terminó de limpiarse el bigote, se oyó el chirrido de la puerta del establecimiento al abrirse, recibiendo de forma ruidosa a un nuevo cliente. Andy sonrió al comprobar que era su amigo Colin. Le hizo un gesto para que se sentara junto a él. Propuesta que aceptó de inmediato.

—Imaginaba que estabas aquí —dijo el recién llegado.

—Creo que me conoces demasiado bien. Tommy, pon una pinta para el teniente O'Ryan.

—Que sea Guinness, Tommy.

—Venga, Colin, tómate una rubia, ¿es que nunca vas a dejar tu parte irlandesa?

—Nunca —sentenció soltando una gran carcajada.

Andy y Colin se conocían desde hacía tan solo unos cuatro años, pero su amistad estaba al mismo nivel de amigos de infancia. O'Ryan llegó con su familia desde Dublín antes de que comenzara la guerra.

Coincidieron en el tren camino de la academia militar de Sandhurst, en el condado de Kent. Cuando Colin se sentó en el asiento contiguo al del Andy, de inmediato, el inglés le preguntó que de qué parte de Irlanda era. Ante el asombro del dublinés, Andy le explicó que lo llevaba escrito en esa cara blanca y pecosa, sobre la que se precipitaba un flequillo pelirrojo que le hacía resoplar hacia arriba para mantener la vista despejada, aunque le aseguró que ese flequillo no sobreviviría al primer día de su llegada al acuartelamiento. Las horas que duró el viaje las pasaron charlando de distintos temas, unos triviales y otros no tanto, pero de lo que no cabía duda era de que había una conexión entre ellos que les hizo saber que serían amigos a partir de ese momento. Para cuando comenzó la guerra, los dos eran ya oficiales del ejército de Su Majestad. Fue entonces cuando el destino los separó.

—¿Qué crees que querrán esta vez de ti en Londres?

—No lo sé, aunque apostaría unas libras a que en unos días estaré pisando suelo francés.

—Vaya, mal asunto —exclamó el irlandés a la vez que negaba con la cabeza—. En cierto modo tiene lógica, hablas francés a la perfección. Deduzco entonces que esa es la causa de tu triste semblante.

—No, te equivocas. No me importa si tengo que ir a Francia, de hecho, siento el impulso de patear el trasero de esos alemanes. Aparte, por supuesto, que me alegra volver al país donde pasé los doce primeros años de mi vida. Ojalá pueda volver a caminar por las calles de París

—¿Entonces…?

—Sí, es lo que piensas —dijo Andy leyendo el pensamiento de su amigo—, Sandra me ha dado calabazas.

—No puede ser. Juraría…

—Ya sé, me lo has dicho tantas veces que hasta yo me convencí de que estaba locamente enamorada de mí. No he podido ser más

imbécil.

—No digas eso, Andy, me apuesto mi sueldo de un mes a que te quiere.

—Deja de apostar, Colin, perderías.

—En ese caso, lo siento mucho, de veras.

—Gracias, amigo. Tommy, pon un par de pintas más y esta vez que sea también rubia la del teniente.

A pesar de las protestas nada sinceras del irlandés, se tomaron no solo esa cerveza, sino dos más. Y aún hubieran continuado así si no fuera porque el tabernero del legendario pub tocó la campana que señalaba el inminente cierre del establecimiento. Los dos amigos retornaron a sus respectivas casas, cantando viejas canciones de la infancia mientras se balanceaban agarrados por la calle principal de la localidad sureña de Exeter, empapados hasta el tuétano.

7
UNA NUEVA REUNIÓN

De nuevo el oscuro y oculto sótano del atelier de la *Rue* Berthe recibía a no menos oscuros personajes de la Resistencia, personas que vivían perfectamente integradas en la vida de la ciudad, sumisas a las normas impuestas por el invasor, al menos en apariencia, porque, en los tiempos que corrían, las apariencias lo eran todo.

De nuevo las mismas caras de la última reunión, excepto una, la de un hombre moreno, pelo ondulado, ojos marrones, que permanecía callado, sentado en la penumbra del lúgubre sótano. El resto de los asistentes, al notar la nueva presencia, se miraron los unos a los otros, sin comprender el porqué de la asistencia de un desconocido a sus encuentros clandestinos.

—¿Qué significa esto, Normand? —inquirió Descartes.

—Por favor, sentaos y no quiero que os preocupéis, enseguida se solucionarán vuestras dudas.

A indicación de Normand, todos fueron tomando asiento alrededor de la mesa rectangular, excepto el nuevo invitado que permaneció en la semioscuridad, seguramente, a la espera de ser presentado al grupo.

—Compañeros —comenzó el jefe del grupo—, hace una semana se recibió una nueva comunicación desde Londres —Normand hizo una pausa en la que miró a Adrien, el cual asintió con la cabeza—. A través de un mensaje, se nos hizo llegar las coordenadas en las que debíamos recoger un agente británico que caería en paracaídas

durante la madrugada y, claro está, transportarlo hasta París y protegerlo a toda costa, a él y al dossier que lo acompaña.

Todos se miraban de nuevo los unos a los otros a la vez que echaban un vistazo velado al intruso que, al parecer, resultó ser un agente aliado.

—De esa operación se han encargado los activos de la Resistencia en la costa norte y, por supuesto, disculpad que no sea más preciso, está en juego la seguridad de nuestros compañeros y de sus familias. Así que, como habréis deducido, esta persona —dijo señalando con la cabeza al misterioso hombre del rincón—, es el señor Andrew Johnson, teniente de la Armada británica y agente colaborador de la Resistencia francesa a partir de hoy mismo —tras un silencio en el que todos volvieron a fijar la mirada en el inglés, Normand prosiguió—. Le ruego, teniente que sea usted mismo quien informe al grupo.

—Por supuesto, *mosieur*, será un placer —dijo Johnson mientras se levantaba mostrando su más de metro ochenta de altura a los presentes—. Como saben, estoy en misión especial aquí en París con el objetivo de ayudarles en la operación *Cazar al Zorro,* iniciada por la Resistencia francesa a raíz de las informaciones proporcionadas por mi gobierno. El informe que traigo es muy extenso y, como comprenderán, no era conveniente su transmisión por radio con los riesgos que ello conlleva.

—Somos todo oídos, míster Johnson —le invitó Iris a comenzar.

—Gracias, *mademoiselle* —respondió el teniente, incapaz de apartar la mirada de aquellos ojos azules intensos—. En primer lugar, me gustaría pedirles que no me llamen de manera tan formal, con Andy está bien, o mejor aún, André, ya que a partir de ahora mismo seré ciudadano francés tal y como indica la documentación que me han proporcionado ustedes. André Lasserre para ser más exactos.

—Disculpe, André, que le interrumpa —volvió a ser Iris la que tomó la palabra—, ¿cómo es que tiene tanto dominio del francés?

Sinceramente, por mucho que intento afinar el oído no detecto ni el más leve acento inglés.

—Muy observadora…

—Iris, me puede llamar así.

—Iris, bonito nombre o… apodo. Mi madre es francesa. De hecho, el apellido que uso en mi nueva documentación es el de ella, Isabelle Lasserre y, en cuanto a mi origen, por solo unos meses no soy francés. Nací en Inglaterra, pero pasé mi infancia en Francia, y hasta bien entrada la adolescencia, mis veranos transcurrieron también aquí. Pero no les quiero aburrir con detalles de mi vida, sigamos con el asunto que me ha hecho cruzar el canal de la Mancha. Supongo que no habrán oído hablar de la *operación Flipper,* aunque sin darles detalles, les puedo decir que ya hubo un intento de cazar a Rommel en 1941, y, claro, fracasó. Es por ello que no queremos volver a fallar ya que en esta ocasión están en un terreno que podemos controlar mejor que aquel maldito desierto.

—Imagino entonces que, aparte del informe que traiga, porta también un plan de acción —fue esta vez Descartes quien interrumpió.

—Imagina bien, pero ese plan hay que perfilarlo con ustedes ya que tiene algunas lagunas.

—Explíquenoslas, estamos aquí para ayudarlo en todo lo que necesite.

—Se agradece. Antes de cualquier plan, tienen que saber que se está preparando un encuentro o, más bien, una especie de fiesta de bienvenida al Mariscal Rommel, según nuestros agentes infiltrados. Dicha recepción, por la información que barajamos, tendrá una parte más festiva, es decir, habrá un cóctel de bienvenida al que asistirá no solo Rommel, sino algunos otros gerifaltes, además del alcalde de París que, como sabrán ustedes, es un colaboracionista.

—Y ¿dónde se supone que será esa fiesta? —inquirió Normand.

—Pues esa es la principal laguna. Los datos que tenemos son escasos y esa es una de las razones por las que estoy aquí, para investigar sobre el terreno, con vuestra ayuda, por supuesto. Y una vez lo tengamos claro, elaborar un plan.

—Bien, teniente, perdón, André —intervino Iris—, ¿nos puede decir cuáles son esos escasos datos?

—Por supuesto, Iris. Tenemos distintas informaciones sobre empresarios colaboracionistas que están sacando mucho jugo a sus relaciones con los nazis, sobre todo porque tienen fábricas muy golosas para los alemanes, ya que están consiguiendo contratos para fabricar no solo munición sino blindajes para los tanques de la Wehrmacht.

—Pero eso es del todo inconcebible —se levantó del asiento indignado Descartes—, servirán para matar a nuestros compatriotas y a nuestros aliados. No lo podemos tolerar.

—Estoy de acuerdo con usted, Descartes, por eso vamos a luchar, para que eso nunca pase.

—Y, ¿se sabe quiénes son esos malnacidos?

—Solo tenemos claro un nombre, Iris, los otros los suponemos pero debemos comprobarlos.

—¿Y ese nombre es… ? —insistía la joven de ojos azules.

—Girardon, Eugène Girardon

Tanto Iris como Descartes quedaron petrificados pero, tras pensarlo unos instantes, tenía lógica, Girardon era uno de los principales empresarios del metal y por su situación económica no desaprovecharía establecer fructíferos negocios con los nazis. Además, amigo personal del Alcalde, por lo que sería factible pensar que la máxima autoridad de la ciudad le encargase al famoso empresario y persona de confianza la recepción en honor a Rommel y que, por añadidura, contaba con posesiones en plena campiña, alejada del bullicio y donde sería fácil organizar y vigilar un acto de tal importancia.

—Por lo que veo —continuó el teniente inglés—, he debido decir algo que les ha impactado, a juzgar por su silencio.

—No se equivoca, André, en absoluto —sentenció Descartes.

—Bien, vamos encaminados pues. Ahora deberíamos pensar en infiltrar a alguien en el entorno cercano de este personaje. ¿Alguna idea?

—Déjelo de mi cuenta —se atrevió Iris—. Podemos meter a alguien en su propia mansión de París y… lo veo más que factible.

—¿Puede explicarse mejor? —insistió el británico.

—No, lo siento, en estos momentos no puedo, creo que tengo que solucionar algo pero, por favor, busque un agente que sepa cuidar de un jardín —concluyó Iris sin dar más explicaciones, ahora era el momento de asegurarse que en la mansión de los Girardon nadie ocupara por el momento el puesto de jardinero. Descartes le hizo un gesto de asentimiento y la joven salió como alma que lleva el diablo.

8
HANS

El capitán Meyer había concluido la reunión convocada por el alto mando, con motivo de la preparación de la llegada de su insigne Mariscal, Erwin Rommel, en pocos días a París. El chófer lo esperaba en la puerta del Hotel Le Meurice, convertido ahora en cuartel general nazi, para llevarlo a su residencia personal. Eran casi las cuatro de la tarde y se encontraba exhausto tras un largo día de trabajo donde se habían sucedido las reuniones una tras otra. Sumado esto a la tarde tan atípicamente agradable en la capital francesa en pleno mes de octubre, decidió volver a casa paseando.

—Pero, capitán —insistía el chófer—, tiene casi hora y media de caminata hasta casa.

—Lo sé, sargento, y le agradezco su preocupación, pero comprenda que necesito despejarme.

—Pero…

—Gracias —dijo Meyer con un tono que daba por zanjada la conversación. El sargento le pidió que tuviera cuidado.

Así que Hans Meyer, capitán de la Wehrmacht, como le gustaba considerarse con la intención de separarse moralmente de los nazis que habían invadido los mandos del ejército alemán, por los que tanto había trabajado por honrar, se dirigió hacia el oeste, bordeando el Sena para cruzarlo hacia Notre Dame por alguno de los muchos puentes que unían ambas orillas del río. Caminaba despacio, sintiendo la brisa, dando la bienvenida a los cálidos rayos

de sol del atardecer parisino, como pensó justo al salir del cuartel general. Una de esas tardes de calma que con toda probabilidad precede a la tormenta. Otra razón para no desperdiciarla, y más en la ciudad que tantas veces había soñado visitar desde que estudiaba la asignatura de Arte en el instituto, en Múnich. Solo le pesaba estar allí como fuerza militar ocupante, a la que los franceses dirigían su odio. Él no odiaba Francia ni a sus habitantes, todo lo contrario, por lo que se juró a sí mismo que, si sobrevivía a esta maldita guerra, volvería, pero no solo, sino con Greta, el amor de su vida. Se conocieron en la universidad. Ella estudiaba Música. Cuando la vio tocar el violín en aquel concierto, en la primavera del 38, Hans cayó plenamente enamorado. La echaba tanto de menos que maldecía el día en que decidió seguir la tradición militar de su familia, ingresando en la academia de oficiales. Solo las cartas lo mantenían en contacto con Greta durante los casi tres años que llevaba sin verla, sin oler su perfume, sin sentir su cabello sedoso, sus labios cálidos. La amaba más que a su propia vida. Ese amor le daba la fuerza para sobrevivir a la hecatombe que se había cernido sobre Europa por culpa del loco que los gobernaba. Claro que eso es algo que se guardaba para sí, aunque era capaz de percibir cómo en su batallón todos opinaban lo mismo, incluso se atrevía a pensar o, al menos eso le gustaba, que al mismísimo Rommel le pasaba igual.

Algo lo sacó de su ensimismamiento. Era una chica rubia que le resultaba conocida, pero no era capaz de recordar de qué; llevaba tan solo unos días en Francia, aún no había tenido tiempo de iniciar vida social alguna. La siguió con la mirada. Le pareció que venía caminando hacia el sur. Creyó adivinar que cruzaría el Sena por alguno de los puentes anteriores a la isla fluvial en la que se encontraba la gran Notre Dame. Llevaba un paso ligero, como si tuviera una hora límite para llegar a alguna parte. Decidió seguirla unos minutos, sin más intención que la de recordar dónde la había visto antes. Inició su camino para pasar a la otra orilla a través del Puente de las Artes, un paso peatonal que databa de principios del siglo XIX. Hans tomó el mismo camino. Notaba que cada vez estaba más cerca el recuerdo de aquella señorita. La seguía a unos diez

metros cuando se percató de que una pareja de soldados alemanes se dirigían hacia ella, ordenándole detenerse. La chica cambió su expresión a odio absoluto. «Claro, ya lo tengo», pensó Hans, al darse cuenta de que esa misma expresión la puso unos días atrás en el Café de Flore cuando él apareció con unos compañeros oficiales que habían llegado juntos desde el norte de África y que, además, pertenecían a la misma compañía acorazada en Alemania.

Se acercó a los militares que le estaban pidiendo la documentación.

—¿Algún problema, soldados? —preguntó el capitán ante el que se cuadraron de inmediato.

—No, capitán, solo cumplíamos nuestro trabajo, le pedíamos la documentación.

—Está bien, soldado, buen trabajo, pero ya me encargo yo de la señorita.

—Por supuesto, capitán.

—Gracias.

—A sus órdenes —replicaron los soldados, que se alejaron de allí prestos.

Bibi se quedó mirando perpleja al nuevo personaje que había aparecido, convencida de que su situación empeoraba por momentos. El capitán fue el primero en hablar.

—Reciba mis disculpas, *mademoiselle,* siento que haya sido molestada por la patrulla.

Bibi no sabía cómo reaccionar, sus expresiones oscilaban entre la sorpresa, el odio, el alivio, incluso el agradecimiento.

—Gracias, capitán…

—Meyer, capitán Meyer. ¿Puedo conocer su nombre?

Bibi dudó, pero al final cedió, parecía encontrarse ante un caballero, pero no se quería confiar, al fin y al cabo era un invasor.

—*Mademoiselle* Beaumont.

—Encantado de conocerla, *mademoiselle* Beaumont —dijo Meyer, repitiendo las palabras de Bibi a la vez que hacía una inclinación cortés de cabeza a modo de saludo. Un gesto que ella agradeció con una sonrisa casi imperceptible—. Espero no haberla molestado con mi intervención, solo quería ahorrarle el mal trago de ser interpelada por mis compatriotas. Algunas veces… no sé cómo decirle… algunas veces buscan a chicas jóvenes y atractivas, ya me entiende.

—En ese caso, se lo vuelvo a agradecer, capitán.

—Hans, por favor, llámeme Hans, no se deje intimidar por mi uniforme.

—Está bien, Hans, un placer conocerlo, aunque debo admitir que me suena su cara.

—Sí, yo era el oficial que entró hace un par de días en el Café de Flore. Me llamó la atención su expresión cuando nos vio. No era nuestra intención incomodarlas.

—Hans, comprenda cómo los parisinos los vemos, no dejan de ser una fuerza invasora. No esperarán que los recibamos con los brazos abiertos.

—Entiendo, claro, no lo espero, me pongo en su situación. Me pregunto si sería posible que la invitara a tomar un café en el mismo local donde nos vimos por primera vez. Sin uniforme, solo por charlar, nada más. No conozco a nadie en esta ciudad, aparte de… bueno, ya se imagina. Por ello, me gustaría…

—No sé, capitán.

—Hans, por favor.

Bibi dudó, pero aceptó. «Mejor será conocer bien al enemigo», pensó. Se aproximaba una operación importante y, quizás estar cerca de un mando de la Wehrmacht podría ser una fuente más que interesante.

—Está bien, ¿qué le parece mañana a las cinco de la tarde?

—Allí estaré, *mademoiselle* Beaumont. ¿Cuál es su flor favorita? Si me permite la pregunta.

—El Iris, capitán, el Iris.

9
LA CENA

Adèle se sentía molesta con Eugène desde que le dejó claro no solo cómo debía ser una buena esposa, sino también qué medidas tomaría en caso de no cumplir con su papel de sumisión a su marido. Tendría que disimular, al menos durante la cena en la que tendrían como invitados a los otros dos empresarios con los que su esposo tenía tratos importantes y, que seguramente también se estarían beneficiando de la situación actual en Francia, o eso era lo que sospechaba tras la negativa de Eugène a darle cualquier tipo de explicación sobre los nuevos contratos que estaban haciendo resurgir la empresa metalúrgica que poseía como único heredero. Por suerte, las esposas de los otros dos empresarios eran sus amigas del alma: Diana y Valérie. Por desgracia, Bibi no había sido invitada, aunque Adèle le insistió en que viniera a tomar un cocktail después de la, con toda seguridad, opípara cena, a sabiendas, como era costumbre, de que sus respetables cónyuges desaparecerían para reunirse en la biblioteca y charlar de esos negocios para los que las mujeres supuestamente no estaban preparadas, por supuesto, degustando unas copas del mejor coñac. Ellas, por otro lado, aprovecharían para comentar sus asuntos vanos, como moda, cotilleos y otros temas sin importancia. Aunque las apreciaba mucho por su ya larga amistad, Adèle creía firmemente que las mujeres podrían y deberían tener un papel más importante, pero la sociedad les había reservado siempre roles secundarios, pero que habían aceptado sin rechistar hasta este momento. Así que, una noche más, cumplirían como esposas obedientes de maridos millonarios. Después de todo, se podían sentir más que afortunadas, pero algo le

decía en su interior y de forma cada vez más intensa que eso no era suficiente.

Como siempre, Gaspard, el eficiente mayordomo, anunció la llegada de las dos parejas que aparecieron con total puntualidad. Ellos, sonrientes, se estrecharon las manos con fuerza y saludaron con galantería a las damas, que respondieron con una sonrisa educada. Enseguida apareció un sirviente que, a la señal de Gaspard, sirvió unas copas de vino y unos aperitivos previos a la cena.

De inmediato, tras cumplir con las galanterías propias de su estatus social, los hombres y mujeres que allí estaban se separaron en dos grupos, de forma inconsciente; los caballeros hicieron corrillo y, a juzgar por lo concentrados que se les veía, ya habían comenzado a hablar de sus negocios. Ellas, por su parte, se sentaron alrededor de una mesita rodeada de cómodas butacas que había junto al ventanal que daba al jardín, abandonado por unos días hasta la próxima contratación de un nuevo jardinero. Tomaron vino, fumaron y charlaron. Cuando estaban juntas se encontraban a gusto, además, la lujosa estancia ayudaba a ello. Adèle se había implicado mucho en la decoración de los principales espacios de su casa, aportando detalles que, según siempre había pensado, daban carácter y personalidad al hogar. A lo largo de la tertulia, tanto Adèle como Valérie notaban que a Diana le sucedía algo; no participaba tan intensamente como era habitual en ella y, en ocasiones parecía abstraída. No era normal. Adèle sabía, que desde hacía tiempo, su amiga no amaba a su marido y, con toda probabilidad, él a ella tampoco, por lo que sus preocupaciones tendrían otro origen. Ella afirmaba que esa falta de amor no atenuaba su felicidad, ya que esta siempre había radicado en la cantidad de dinero que tuviera disponible para gastar. Si el amor hubiera estado presente desde el principio, hubiera sufrido su falta actual, pero no, su matrimonio era algo convenido por las dos familias, aunque de forma encubierta. Las dos familias propiciaron los encuentros y las situaciones para que se produjera un noviazgo. Los jóvenes, sin verlas venir, fueron aceptando el juego en el que les

iban introduciendo. Se resultaban atractivos el uno al otro y el sexo estuvo presente en su relación desde el principio. Más que enamorarse entre sí, lo hicieron de la vida loca y lujosa en la que estaban de lleno metidos. Eso es algo que sus amigas sabían y por lo que nunca la habían juzgado, por eso, también estaban en la seguridad de que el asunto que le ocupaba su atención no estaba relacionado con una crisis sentimental. Adèle estuvo tentada de preguntarle, pero de reojo apreció que Gaspard se acercaba para invitarlas a pasar al salón donde la cena estaría a punto de servirse.

Cenaron productos que eran claros indicadores de la situación económica más que desahogada. Culminaron los postres con unas copas de champagne con las que Eugène propuso un brindis.

—¡Por los nuevos contratos!

Los comensales acompañaron con el gesto de levantar sus copas durante el brindis, aunque no todos con la misma alegría que mostraban los tres caballeros.

—¡Por la nueva Francia! —levantó ahora su copa Diana proponiendo un nuevo brindis que dejó helado a su marido e hizo volar un silencio pesado por toda la estancia—. ¡Y por nuestros nuevos aliados!, que tantos beneficios han traído a nuestra patria.

Adèle le hizo un gesto disimulado para que callara, pero no pareció o no quiso advertirlo. Valérie, por su parte, que era la que se encontraba más cerca, le dio pequeñas y disimuladas pataditas que no surtieron efecto alguno. Fue su esposo el que intervino.

—Querida, creo que no debes beber más, quizás estás algo alterada —acompañó la frase con la mirada más mortífera que hubieran visto nunca los sentados a aquella mesa.

El siempre atento y eficiente mayordomo interrumpió de forma intencionada para comunicar que ya estaba la biblioteca preparada para recibir a los señores, así mismo había dispuesto una zona cubierta en la terraza principal para las damas. Aprovechando esto,

Adèle y Valérie asieron con disimulo a Diana del brazo y tiraron de ella hasta la terraza.

—¿Qué ha pasado ahí, Diana? ¿Te has vuelto loca? —le espetó Valérie.

—¿Acaso te has vuelto nazi? Me has dejado asustada con eso de brindar por, —¿cómo has dicho?— , por nuestros aliados. ¿Te refieres a esos nazis invasores? No me lo puedo creer.

Diana comenzó a llorar desconsoladamente en el momento en que apareció Bibi acompañada por Gaspard, la cual quedó desconcertada al ver la escena. Dio las gracias al mayordomo y aligeró el paso hacia donde se encontraban sus amigas.

—¿Qué narices ha pasado? ¿Por qué llora?

—Eso mismo nos preguntamos nosotras.

Diana se enjugó las lágrimas y levantó la cabeza con intención de hablar.

—Siento mucho lo que ha pasado ahí dentro —dijo afligida—. Ha sucedido algo, algo de extrema gravedad.

Los problemas parecían que se iban acumulando en torno a las tres amigas. Solo parecía librarse la más irresponsable, casquivana y frívola, la joven Bibi, la que más había disfrutado la noche de París del grupo de cuatro amigas. «La ventaja de estar soltera», le decía constantemente a las otras tres.

—Cuéntanos, Diana, somos tus amigas —pidió Bibi con suavidad mientras le frotaba cariñosamente el brazo.

Antes de comenzar, sin soltar el pañuelo que le había proporcionado Adèle, Diana miró a ambos lados, cerciorándose de que no había oídos indiscretos cerca.

—Todo comenzó hace un mes, cuando mis tíos fueron detenidos por los nazis por el simple hecho de ser judíos. Una vecina que estaba presente cuando una patrulla llegó a su edificio vio cómo aporreaban la puerta donde viven mi tío Samuel y su esposa —ante

la cara de sorpresa de sus amigas que no tenían constancia de que Diana tuviese familiares judíos, esta aclaró el asunto—. Realmente no somos parientes pero nuestras familias estaban tan unidas que yo, desde pequeña, los he llamado tíos y los he querido como tales. Cuando mis padres sufrieron penurias económicas, ellos nos ayudaron cuando no lo hicieron los que sí eran nuestra familia de sangre. Desde que mis padres murieron, los siento como la única familia que me queda.

—¿Tienen hijos?

—Dos hijos varones que ya deben andar por la treintena pero, según la vecina, ellos no estaban allí, por lo que supongo que han debido esconderse en alguna parte. Así que pensando en la forma de ayudarlos hablé con Maurice, ya que tiene muy buenos contactos en las altas esferas y sospecho que también entre algunos gerifaltes nazis.

—No me digas que se negó —preguntó Adèle indignada.

—No, no en principio, pero está claro que me siguió la corriente para que lo dejara en paz. Varias veces le pregunté por el asunto y tantas otras me contestó que estaba en buenas manos, que el asunto era complejo pero que estaba seguro de que se arreglaría. Tonta de mí, cada vez que me afirmaba eso yo me quedaba tranquila, con la seguridad de que sus gestiones llegarían a buen puerto, hasta que… —hizo un silencio para recomponerse que puso nerviosa a las otras mujeres.

—¿Hasta que…? Continúa, por favor, Diana.

—Hasta ayer mismo que me despedí de él diciéndole que iba a salir de compras, pero cuando salí al exterior vi el cielo tan encapotado que decidí volver a entrar a coger un paraguas. Al pasar por la puerta de su despacho, la cual estaba entreabierta, oí como sonaba el teléfono y como Maurice contestaba, algo normal que sucede continuamente cuando se queda a trabajar en el despacho, lo cual hace de vez en cuando porque afirma que aprovecha más que cuando está en la fábrica, que en casa no hay tanto ruido. Lo

oía de fondo, sin prestar atención hasta que escuché el nombre de mi tío Samuel. Me quedé pegada a la pared, escuchando. En su conversación mezclaba frases sobre nuevos contratos y sobre el posible destino de mi tío. Lo peor de todo fue cuando le escuché una fatídica frase que hizo que lo viera todo con claridad total y absoluta.

—Dios mío, Diana, ¿qué dijo? —insistió Valérie.

—Dijo algo así como: «General, cuente con nuestra empresa, responderemos a tiempo con los pedidos y por lo de este Samuel y familia, no le dé mayor importancia, al fin y al cabo, como usted dice, no son más que miserables judíos».

Todas quedaron mudas ante el relato de Diana. Se miraban unas a otras mientras que la narradora de los hechos volvía a llorar a la vez que asentía con la cabeza, reforzando la veracidad de la historia que acababa de contar.

—Pero Maurice es un pedazo de hijo de la gran puta —afirmó Bibi que era la que menos escrúpulos tenía a la hora de usar lenguaje soez.

—Tú lo has dicho —confirmó Diana—, y no solo eso, sino que es también un asqueroso colaboracionista. Aquella llamada también me hace sospechar que los contratos tan sustanciosos que tiene la empresa de Maurice, son los mismos que han hecho con las otras dos empresas, la de monsieur Girardon y la de monsieur Dupont.

Tanto Adèle como Valérie se habían llevado la mano a la boca, sorprendidas, pero solo ellas, Bibi no parecía estar tan impactada como sus amigas con la posibilidad de que sus maridos estuvieran trabajando para los malditos nazis. La única duda que ella tenía era en qué consistían los productos que fabricaban por encargo de los alemanes, aunque conociendo que las empresas estaban dentro de la rama de la metalurgia, Bibi se temía lo peor.

—Ahora entiendo tu brindis en la cena, Diana —dijo Adèle apesadumbrada—. Lo siento mucho por tus tíos, de veras, no sé cómo podemos ayudarte.

—No podéis. Con toda probabilidad estarán en algún campo de concentración. Pero sí que podéis hacer algo.

—Dinos qué —intervino Valérie.

—Tenéis que averiguar qué fabrican las empresas de nuestros esposos para esos nazis.

—Estoy de acuerdo con la propuesta. Debemos conocer con el máximo detalle cuáles son sus actividades y después ya habrá tiempo para tomar una decisión —dijo Bibi tomando la iniciativa en la conversación—. No sé cómo os la podréis apañar, pero tenéis que entrar en sus despachos, ver sus documentos, lo que haga falta, tenemos que enterarnos. Esta guerra tiene que acabar pronto y me temo que lo que fabriquen para los alemanes no sea bueno para tal fin. Creo que es hora de que las mujeres nos pongamos manos a la obra.

10
EL NUEVO JARDINERO

Como era habitual, Gaspard recibió al nuevo jardinero. El señor Girardon le había confiado la labor de gestionar a todo el personal que trabajaba en la mansión. Solo en caso de que el mayordomo diese su aprobación, este se dignaría a conocerlo, aunque solo fuese para ponerle delante el contrato que debería firmar si aceptaba trabajar en la casa, o jardín en este caso. Todo lo contrario era la señora. Ella siempre mostraba interés en conocer a los integrantes de la plantilla que formaban el servicio, incluso se preocupaba por su bienestar y, por ello, se acercaba a las distintas dependencias para interesarse por sus vidas, algo que apreciaba todo el personal.

Adèle era consciente de que ya había llegado el candidato para cuidar su jardín. Lo conocería después; ahora estaba inmersa en la escritura de una carta que debía mandar esa misma mañana. En una breve pausa que hizo, desvió su mirada hacia la ventana. Pudo apreciar a Gaspard acompañado en el jardín por un hombre, moreno, recio de complexión o más bien endurecido por las circunstancias, pensó. Veía al mayordomo de frente mientras que el nuevo trabajador le daba las espaldas. Apreciaba los gestos de los dos hombres hablando, llegando a un trato, suponía. De pronto, comenzaron a andar. Le llamó la atención la leve cojera que el candidato presentaba en la pierna derecha; no obstante, a Adèle le pareció atractivo a pesar de no haberle visto aún sus facciones. Lo imaginaba con gesto duro, pero bien parecido. Movió la cabeza de un lado a otro como queriendo cortar con tanta divagación y se concentró de nuevo en terminar la misiva que estaba redactando.

Paseaban bajo la sombra de unos olmos que se organizaban en una geometría perfectamente delineada, jugando con los setos en los que el boj era el arbusto dominante. En el centro no podían faltar los rosales de distintas clases ni los jacintos. Todo estaba exactamente donde debía estar, en perfecta armonía con las fuentes de piedra y los bancos que invitaban a pasar momentos deliciosos en la primavera y verano parisinos.

—¿Qué le parecen las condiciones y el salario, *monsieur* Duval?

—Es lo de menos, Gaspard, y lo sabe. Por cierto, puede ahorrarse lo de *monsieur.*

—Está bien, pero debemos actuar con formalidad si no queremos tener problemas, así que tú serás siempre el señor Duval y yo Gaspard, el mayordomo, ¿Queda claro?

—Queda claro, Desc... —hizo una pausa Duval ante la metedura de pata que iba a cometer y corrigió al instante—, perdón, Gaspard.

La mirada del sirviente así como su semblante dejaban claro que no toleraría un error de ese calibre. Duval asintió dejando claro que no volvería a suceder.

—Sigamos pues, Gaspard, enséñeme el maldito jardín.

—Por supuesto, usted primero, *monsieur* Duval —dijo señalándole el camino con la mano extendida.

El mayordomo lo siguió percatándose así de la cojera de la persona que pretendía contratar.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —se atrevió a preguntar.

—Ah, no es nada. Un accidente montando a caballo, ya sabe, una caída con la mala fortuna de aterrizar en una mala postura y lesionarme la rodilla.

—¡Vaya!, qué mala suerte.

Pero *monsieur* Duval mentía, lo hacía siempre; no era algo tan simple como eso, ni asunto que le apeteciera comentar. De hecho,

era una larga historia. Una historia que no le gustaba recordar pero, que a la vez, no era capaz de olvidar. Aquel día tomó una decisión que aún desconocía si fue acertada o no. Puso en un plato de la balanza sus convicciones políticas y, en el otro, el amor de su vida. Aún recordaba el día que le dijo que no podría estar con ella en un mundo sin libertad, en un mundo dominado por el fascismo. Ella no lo comprendió. Pero la decisión estaba tomada. Se alistó al *Bataillon Commune de París* que se trasladaría a España para participar en la cruenta contienda que sumía a los españoles en una lucha fratricida. Sabía que arriesgaba su vida, y ese era uno de los aspectos que Adèle no asimiló el día de la despedida. Hubiera ido a la guerra con la moral alta de haber tenido el apoyo y comprensión de su amada. Su primera participación fue dura y cruel. Se atrincheraron en la Ciudad Universitaria, integrados en la XI Brigada y aguantaron el intento de toma de la capital por parte de los sublevados. Pero lo peor, al menos para él, llegó en febrero, cuando fueron desplazados a San Martín de la Vega, participando así en la sangrienta Batalla del Jarama. Hubo desbandada republicana y la XI estaba en aquel olivar con la orden de sostener el feroz ataque de las tropas sublevadas. Solo los troncos de los olivos ofrecían algo de protección ante la lluvia de balas. Veía cómo caían sus camaradas, uno tras otro y cómo el enemigo se envalentonaba, recrudeciendo aún más su ataque. Tenía que reaccionar, en pocos minutos estarían sobrepasados por los fascistas. Daniel hizo una seña a los compañeros que tenían más cerca, ordenando retirada hasta una zona cercana que ofrecía algo más de abrigo ante los proyectiles. Había que hacerlo de forma ordenada; otra desbandada más los haría presas fáciles. Mientras que Daniel, junto con los que conformaban la línea más avanzada disparaban a discreción, el resto del batallón retrocedía buscando el leve desnivel que quedaba oculto tras una zona de arbustos y alguna que otra roca aislada. Daniel miró hacia atrás, ya casi estaban todos. En el momento que notó el fuego de cobertura que los de la *Communa* efectuaban, dio la orden de retroceder a la primera línea de contención. Daniel corría y corría, como si le persiguiera el mismísimo diablo o, peor aún, los fascistas, lo cual era la pura y cruel realidad. Ya estaba llegando,

solo un salto final lo separaba del resto de la unidad, y lo realizó, con todas sus fuerzas. En el aire notó un dolor agudo en su rodilla que no fue capaz de interpretar en ese momento, hasta que, al caer, se percató de que su pierna derecha no era ya capaz de sostenerlo, a pesar de la delgadez extrema a la que había llegado tras meses de contienda. El dolor se hizo del todo insoportable. A Daniel le invadía un sudor frío acompañado de un temblor que se extendía por todos sus músculos. Su visión se volvió borrosa justo antes de perder el conocimiento. No despertó hasta el día siguiente. Su cuerpo, exhausto, llegó al límite. La bala que le destrozó la rodilla solo fue la gota que colmó el vaso, un vaso que estaba al límite desde hace semanas como consecuencia de la falta de sueño, de alimento y, sobre todo, de cordura. «¿Qué llevaba a los hombres a esa situación de destrucción total? ¿Por qué era tan difícil el entendimiento?», se preguntaba el francés mientras sudaba la fiebre en el camastro de la enfermería. A partir de ese momento, Daniel necesitaría una muleta para poder hacer algo tan simple como andar. Sintió el tacto frío de una mano tocándole la frente. Abrió los ojos no sin esfuerzo y vio la cara sonriente de su amigo Didier.

—¿Cómo estás, camarada?

—Jodido, Didier, bien jodido —soltó Daniel en un susurro.

—¡Vaya! Eso no me lo esperaba de un tío tan resistente como tú —exclamó socarrón su amigo—. Venga, Daniel, tú eras el más duro de la pandilla.

—Pues ya ves, aquí me encuentro tirado en un catre con la rodilla hecha añicos y con la perspectiva de no poder volver a andar de nuevo.

—Vale, vale, ¡menudo quejica! ¿Qué es eso de no poder andar? —le quitaba importancia su amigo de la infancia—, aún es temprano para saberlo.

—¿Qué pasó? Perdí la conciencia pero estoy vivo y aquí, en la enfermería. Deduzco que lo conseguimos.

La cara de Didier se ensombreció.

—Sí, amigo, aguantamos, pero pagamos un precio muy elevado. Demasiados camaradas han caído.

Daniel cerró los ojos y exhaló un suspiro que delataba su profundo dolor. Demasiados amigos y compañeros que no volverán y, para colmo, él mismo ya no podría luchar en el campo de batalla. Se sentía como un traidor hacia los suyos. «*Maldita guerra y malditos fascista*s», se lamentaba en su fuero interno cuando el rugido del motor de varios aviones se hacía cada vez más patente. No dio mucho tiempo a pensar, ni a seguir con los lamentos o continuar con la caza de los molestos piojos que poblaban su cabello y que empezaban a formar pandilla con las chinches que habitaban los raídos colchones de los catres, distribuidos de forma caótica en la tienda que hacía las veces de improvisado hospital. Solo dio tiempo a que los dos amigos cruzaran una mirada de horror al escuchar el silbido mortífero de las bombas que se precipitaban hacia ellos. No podía ser que sobreviviera a oleadas de ataques de la tropas de Franco y ahora se despidiera de la vida tumbado en una cama. El sonido fue ensordecedor y todo se vino encima de él, incluso su camarada Didier y, seguidamente, la oscuridad y el silencio total.

El recuerdo se desvaneció tan rápido como había llegado.

—Venga, volvamos a la casa —dijo Gaspard sacando al jardinero de sus ensimismamiento—, el señor no está en estos momentos, pero le presentaré a *madame* Girardon, al fin y al cabo será con ella con quien te tendrás que entender en cuestiones de jardinería.

—¡Qué remedio! —dijo resignado Daniel Duval—. Solo espero que no sea una vieja insoportable y quisquillosa que me haga la vida imposible recogiendo flores para adornar infinidad de floreros distribuidos por los lujosos salones de un asqueroso colaboracionista.

—Quizás no sea el caso, pero eso dejaré que lo descubras por ti mismo.

11
HANS Y BIBI

Bibi había accedido a tener una cita con el capitán Meyer, aunque con algunas reticencias superadas sin dificultad por las ventajas que podrían reportar los encuentros con el oficial de la Wehrmacht. Estaba segura de que conseguiría sonsacar información sensible: planes, movimiento de tropa… Pero lo que más la indignaba era ser vista o reconocida intimando con el enemigo. Por otro lado, pensaba que Hans sería una persona digna de ser conocida en otras circunstancias, donde la guerra no se hubiese producido o, al menos, hubiera terminado. Siendo objetivos, Bibi lo veía no solo interesante, sino también apuesto, atractivo e incluso sensible y educado.

Esta vez no iría, como habitualmente hacía al *Cafe de Flore*, sino que pasearían y tomarían un café en alguna zona que estuviese menos a la vista. Sentía preferencia por el Barrio Latino, así que quedaron junto al Sena, a la altura de Notre Dame pero en la orilla opuesta. Llegó unos minutos antes de las cuatro de la tarde, hora a la que habían quedado. Bibi se entretuvo en ver los tenderetes donde vendían libros de segunda mano. Le gustaba ver las pastas ajadas por el paso del tiempo y pensaba en las personas que alguna vez los leyeron y en cuáles fueron sus pensamientos, sus sueños y anhelos. Si aquel libro fue comprado para un regalo que provocó un beso de agradecimiento entre un chico y una chica jóvenes que expresaban su amor a través de los escritores románticos. De hecho, se fijó en un ejemplar de las *Odas* de Victor Hugo, concretamente una edición de 1822 cuando el poeta dio un giro al

romanticismo. El tendero la animó a cogerlo y hojearlo y ella lo agradeció. Ya estaba abriendo el ejemplar cuando notó la presencia de alguien a sus espaldas.

—Buenas tardes, Bibi.

La joven se giró al reconocer la voz del capitán con su marcado acento teutón.

—Buenas tardes… —quedó algo cortada al verlo vestido de paisano, dudando si llamarlo capitán o no. Cambiar aquel uniforme gris por unos elegantes pantalones color beige, camisa blanca, chaqueta marrón y bufanda a juego con el pantalón ayudó a tomar la decisión—, Hans.

—Me he tomado la libertad de traerle un pequeño detalle —dijo el oficial mientras que mostraba un ramito de iris que tenía escondido tras su espalda. Volvió a notar la sorpresa de Bibi al ver esa flor en concreto, su favorita y la que la identificaba en otros ambientes—. Espero no haberla molestado con mi atrevimiento… Me ha parecido que…

—No, no, Hans, me ha encantado, de verdad se lo digo. Ha sido un gran detalle por su parte —mostró su agradecimiento—. Por cierto, deme la oportunidad de corresponderle. ¿Ha leído alguna vez algo de Victor Hugo?

—Si le soy sincero, nunca, pero sí que le digo que es una deuda pendiente. Sé que fue un gran poeta, novelista y dramaturgo francés.

—Pues no se hable más, va a tener la ocasión de leer uno —pronosticó Bibi tendiéndole el libro que había tomado del tenderete callejero. Hans no supo qué decir, momento que aprovechó ella para pagarlo y despedirse del tendero dándole las gracias.

—No sé qué decir, salvo que lo voy a leer esta misma noche. Será un placer y me permitirá tenerla presente en mis pensamientos. Usted supone para mí, si me permite decirlo, una

desconexión de la guerra y la barbarie en la que hemos quedado inmersos.

—Por Dios, capitán, se está poniendo usted muy profundo.

—Disculpe si la he molestado.

—Descuide, no me ha molestado y, por otra parte, quisiera agradecerle que no haya venido vestido de militar.

—He supuesto que podría crearle algún problema si la ven con un oficial del ejército invasor —dijo imitando los gestos de un soldado en pleno desfile militar. Los dos rieron ante la situación.

—Gracias de nuevo, Hans, has sido muy previsor. Oh, te pido perdón si te molesta que te haya tuteado.

—Lo estaba deseando y no sabía cómo pedírtelo.

Los dos pasearon unos minutos por la margen del Sena hasta que poco más adelante torcieron hacia la izquierda para internarse en las callejas adoquinadas que abundaban en el Barrio Latino, intercaladas por placitas que hacían las delicias de los que paseaban. La conversación fluía entre ellos dos con toda naturalidad. Bibi se sentía muy cómoda con él, sobre todo desde el momento en que, gracias a su vestimenta, pudo olvidar que estaba con un oficial de la Wehrmacht.

A no muchos metros de distancia, dos hombres ataviados con sombreros seguían a la pareja. Dos hombres que bien sabían la pertenencia del acompañante al ejército alemán y de la mujer a la Resistencia. Dos hombres que tenían órdenes de no perderlos de vista, no solo para informar después sino también para apoyar a Iris en caso de necesidad. Uno de ellos pertenecía al ejército de Su Majestad y ambos mantenían el mismo objetivo de ayudar a los aliados a liberar la Francia ocupada por los nazis

—Parece ser que se van a parar a tomar algo en aquella cafetería.

—Tienes razón, André —confirmó Adrien —. Hay una mesa cercana, sentémonos en ella.

—No, espera, Adrien. Si estamos demasiado cerca podemos ponerla nerviosa. Hay que confiar en ella, ya nos informará después de lo que obtenga del alemán. Cojamos aquella mesa, la más alejada y tomemos algo, necesito un buen *cafe au lait*. Debo reconocer que el café en este país es mucho mejor que el inglés, al menos yo lo disfruto mucho.

—Nunca he probado el *coffee* pero, a juzgar por lo que dices, debe ser bastante malo.

—Así es, aunque me cueste reconocérselo a un francés.

Ambos rieron.

Tampoco la sonrisa desaparecía de las caras de Hans y Bibi. Podrían pasar por una entusiasta y enamorada pareja de novios. Nada más lejos de la realidad, ya que los intereses que los llevaban a a estar juntos en esos momentos eran de lo más diverso, pero en ningún caso relacionado con el amor.

—Delicioso —exclamó Hans al dar el primer sorbo.

—Por eso te he traído aquí; de pequeña venía mucho con mis padres. Decían que servían los mejores cafés de todo París, aunque, claro está, yo era demasiado jovencita para tomarlo. Eso no quita que me deleitara con sus magníficos brioches.

—Nunca los he probado, ¿qué son?, ¿alguna especie de dulce?

—Sí, más concretamente, una especie de bollo dulce. Realmente maravilloso. Aún estás a tiempo de pedirte uno.

—Es tentador, pero… quizás en otra ocasión.

La conversación fluía con toda naturalidad entre los dos, se sentían cómodos hablando de temas de lo más variado. En unas circunstancias distintas podría haber nacido una sincera amistad entre ellos.

—¿Te puedo preguntar algo, Hans? Tengo bastante curiosidad, lo reconozco.

Hans se inclinó hacia adelante, intrigado.

—Siempre que no sea secreto militar… —dejó caer con una amplia sonrisa.

—¿Y qué si fuera de índole militar? —tiró la piedra a sabiendas de que aún no era el momento adecuado.

—No haría falta que te dijera que no me sería posible.

—Pues en cierto modo lo es.

—Vaya, eso es lo que yo llamo terreno pantanoso.

—A pesar de ello, la formularé.

Hans se echó hacia atrás, sobre el respaldo de la silla y cruzó los brazos a la espera de la comprometida pregunta.

—Allá va —lo preparó Bibi—, ¿Por qué los militares alemanes estáis todo el día escuchando la cancioncita esa? Me refiero a *Lili Marlene* y, si puede saberse, ¿qué dice? Aparte de Lili Marlene no entiendo nada más.

Soltó un soplido de alivio el militar al comprobar que la supuestamente delicada pregunta tenía la más fácil de las respuestas, al menos para aquellos que dominan la lengua germana.

—¿De verdad creíste que quería indagar sobre asuntos militares? —dijo Bibi mostrando las palmas de su manos hacia arriba—, ni que perteneciera a la Resistencia.

—Vale, vale, reconozco que he llegado a estar preocupado. Pero esta pregunta te la responderé con mucho gusto. Es una historia preciosa y triste a la vez. Tiene origen en un poema escrito por un soldado en la Primera Guerra Mundial. Se llamaba Hans, como yo, Hans Leip. Como iba diciendo, este soldado fue destinado al frente ruso y, desde allí, compuso dicha poesía acordándose de su novia,

Lili. En ella relata la despedida junto al portón del cuartel y bajo una farola cuya luz se disipaba entre la espesa niebla.

—Realmente triste. ¿Pero cómo se convierte en una canción, por cierto, muy bonita.

—Eso viene ahora. Una colección de poemas de Leip se publicaron hace unos años, creo que por 1937. Lo sé porque los tengo en mi biblioteca personal. Una vez publicado, un conocido autor de mi país, Norbert Schultze, se fijó en uno de ellos y, al parecer, le gustó tanto que creó el tema musical al que te refieres.

—Bonita historia, pero me intriga cómo es tan popular entre vosotros.

—Supongo que quieres decir cómo una preciosa canción gusta a tanto salvaje sin sentimiento que se dedican a invadir países europeos —dijo Hans con un rictus serio que dejaba patente el malestar por la insinuación de su acompañante.

—No, Hans, no me malinterpretes, no quería decir eso. Ha sido una desafortunada manera de expresarlo. Solo pretendía comprender cómo a militares rudos, no solo alemanes, incluiría a soldados de cualquier ejército, les puede cautivar tanto una melodía tan bonita con una historia tan sobrecogedora. Disculpa si he dado a entender otra cosa —concluyó Bibi sinceramente arrepentida. No era el momento de ponerlo a la defensiva.

—Está bien, Bibi, lo entiendo.

—Entonces, por favor, continúa con la historia.

—De acuerdo, no te das por vencida —dijo Hans resignado—. El origen de su fama radica en mi propia compañía militar. Recuerdo aquel día en el que un suboficial a mi cargo puso el disco en una reunión informal que tuvimos en la compañía, y lo cierto es que nos gustó tanto que a fuerza de escucharla la terminamos convirtiendo en nuestro propio himno, no oficial, claro está. Más adelante, en 1941, el bueno de Karl fue destinado a Belgrado donde se hizo cargo de la dirección de la emisora militar en esa ciudad. El resto de la

compañía, unos meses antes, habíamos sido trasladados al *Afrika Korp,* donde servimos a las órdenes del Mariscal Rommel.

—Oh, que interesante pero, ¿no te estarás metiendo en el escabroso terreno de la información militar?.

—No, no, descuida, es de todos conocida la labor de Rommel el del norte de África y, personalmente, me siento orgulloso de servir, perdón de haber servido a sus órdenes —intentó remediar el error de la forma más natural que pudo—, pero permíteme que prosiga. Karl nos echaba de menos desde su destino en Belgrado, así que un día le dio por poner el tema musical a través de todas la emisoras para que, allá donde fuera que estuviésemos, la pudiéramos escuchar. De hecho nos la dedicó a todos sus compañeros, según dijo por la radio. Y así fue como el mismísimo Rommel la escuchó. No solo le gustó la composición musical sino que quedó sorprendido de cómo fue recibida por los soldados que allí estábamos destinados, no solo por los que conformábamos nuestra compañía. Se dio cuenta de que influía positivamente en la moral de todos. Así que, para nuestra sorpresa, pidió que se emitiera todos los días. Finalmente, la emisora y, supongo que nuestro amigo Karl también tendría algo que ver, tomó la decisión de reproducirla cada día a las diez menos tres minutos de la noche, al cierre de la emisión.

La noche se les echó encima. Bibi tuvo que reconocer para sí misma que el tiempo se le había pasado volando en compañía del apuesto y educado oficial alemán. Se despidieron, no sin que Hans se ofreciera varias veces a acompañarla a casa, cuestión en la que ella fue tajante. El oficial aceptó la situación muy a su pesar viendo cómo la chica con la que había pasado la tarde más agradable que recordaba desde el comienzo de la guerra se alejaba y cruzaba el Sena hacia *Notre Dame*. Él, por su parte, optó por la dirección contraria, sin un destino concreto; pasearía por una ciudad de ensueño a pesar de las circunstancias. Hans no pudo ver que al otro lado del río, una pareja de hombres ataviados con gabardina y sombrero se unían a Bibi, uno a cada flanco.

—¿Todo bien, Iris? —preguntó el inglés

—Todo perfecto, teniente.

—André, por favor, corrigió el británico de origen francés

—André —rectificó la joven.

—¡Y…?

—¿Y qué?

—Pues habrás obtenido alguna información.

Bibi paró de repente en medio de la calle y le dirigió una mirada que expresaba protesta ante esa especie de interrogatorio.

—Creo que dejé claro que el primer contacto no tenía como objetivo sonsacar información alguna —recordó al agente a la vez que reanudó la marcha que fue seguida unos segundos después por sus compañeros de la Resistencia—. Pero no se preocupe que algo hay.

Ante la afirmación, fue ahora el inglés quien se detuvo en seco, miró en derredor para cerciorarse de que no había oídos cercanos y demandó la ansiada información. A lo que la agente Iris accedió.

—No lo ha dicho o, más bien sí, pero de forma involuntaria. El Capitán Meyer está relacionado de cerca, yo diría que se sitúa entre los que forman el grupo de oficiales de confianza de Rommel.

El silencio repentino de André y Adrien fue muestra más que suficiente del valor de la información.

—En ese caso, hay que movilizarse, el Zorro está a punto de asomar el hocico.

12
EL CONTRATO

Adèle no paraba de darle vueltas a la cabeza. Estaba cada vez más preocupada por la empresa de Eugène desde que Bibi lo había acusado, a la vez que a los esposos de Valérie y Diana, de colaboracionismo con los nazis. Lo había descartado desde un principio, aunque era cierto que en los últimos meses el negocio iba más que razonablemente bien. Pero eso no quería decir nada. Otro punto a su favor era que nunca había tenido constancia de que su marido mantuviera algún tipo de contacto con gerifaltes del ejército invasor. No, definitivamente él no colaboraba con los alemanes aunque, por mucho que se lo repitiera en su interior, el asunto no terminaba de abandonarla. La presencia del mayordomo interrumpió sus pensamientos.

—¿Sucede algo, Gaspard? —se interesó Adèle.

—Nada importante, *madame*, asuntos meramente administrativos.

—Creía que de eso se encargaba *monsieur* Girardon

—En efecto, así suele ser, pero hay algo que no puede esperar más y el señor me ha comentado que podría encargarse usted —intentaba justificar el mayordomo—. De hecho, ha salido hoy muy temprano con una agenda bastante sobrecargada de reuniones y compromisos. Me pidió que lo disculpara ya que esta noche no le sería posible llegar a tiempo para la cena.

—¡Oh! Sí que debe estar sobrepasado por sus asuntos de negocios. La cena ha sido siempre sagrada para él, ya sabe, es de costumbre muy inamovibles —sentenció Adèle con cierta sorna, a lo que Gaspard respondió con una sonrisa casi imperceptible que, por descontado, no pasó inadvertida para la señora Girardon.—. Está bien, ¿cuál es ese asunto que debo dejar resuelto con tanta urgencia?

—Quizás urgente no sea el término más acertado…

—Gaspard, por favor, no tengo toda la mañana.

—Disculpe, se trata del contrato del nuevo jardinero; está preparado sobre el escritorio de su esposo. Aunque no hay prisa, sería conveniente que pase a firmarlo antes de terminar su jornada.

—Deduzco entonces que está ya metido en labores.

—Sí, *madame*, me he tomado la libertad de pedirle que comience cuanto antes, ya sabe, está todo algo abandonado, aparte, por supuesto, de las podas pendientes.

—Está bien, no necesito que se justifique. Como siempre, ha tomado la decisión correcta. Por cierto, déjeme unos momentos que prepare los documentos y le aviso cuando pueda pasar el jardinero o mejor aún, mándemelo al despacho de *monsieur* Girardon en media hora.

—Desde luego, *madame*.

Seguidamente y con el consabido «con su permiso», Gaspard se giró sobre sus talones y abandonó la estancia para dirigirse a la realización de sus quehaceres diarios a la espera del aviso de la señora, los cuales pasaban por una supervisión periódica de las actividades del resto del personal del servicio de la mansión Girardon, aparte de las suyas propias. A veces se sentía cansado del trabajo cotidiano, siempre las mismas rutinas, siempre los mismos protocolos, días tras días, semana tras semana, inmerso en un mundo que se derrumbaba y que él apenas podía hacer nada para

solucionarlo o, al menos, lo suficiente. De cuando en cuando, buscaba unos minutos libres para encerrarse en su habitación y escuchar un aparato de radio que tenía escondido en lo más profundo del altillo de su armario. Con él podía sintonizar Radio Londres que, aunque no emitía más de cinco horas diarias, conseguía levantar el ánimo de los franceses; esa era la intención desde su fundación en el cuarenta y uno. Era la Resistencia francesa fuera de las fronteras galas. En ese momento sonaba la canción *Le chant des Partisans* en la que se reconocía la voz de Anna Marly. Gaspard cerraba los ojos mientras la escuchaba y, en algunas ocasiones, derramaba lágrimas amargas, lágrimas de impotencia, de amor a su patria mancillada por los invasores nazis. Pasaba de la más profunda pena al odio más intenso, lo que le daba fuerzas para seguir siendo Descartes y poner su granito de arena para la expulsión de las fuerzas germanas. Soñaba con el día en que los aliados entraran en la Francia ocupada, con un desfile victorioso que recorriera las avenidas de París entre multitudes eufóricas. Soñar siempre fue fácil para él. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad y retomar sus actividades rutinarias.

Madame Girardon, una vez concluidos algunos asuntos pendientes, decidió que era el momento de acometer la labor que le había pedido Eugène a través del mayordomo. Así que no lo pensó más y se dirigió al despacho de su marido. No tenía la costumbre de entrar en esa dependencia, de hecho, se sentía como si estuviera invadiendo una estancia sagrada en la que no tenían siquiera el derecho a estar en ella. Sacudió la cabeza de lado a lado con la intención de expulsar la absurda idea de su mente. Casi sin darse cuenta ya estaba sentada en la butaca de piel que presidía el despacho tras un escritorio de madera de castaño, un mueble noble que había pertenecido a su difunto suegro. Una vez acomodada se sentía como si desde allí fuera capaz de manejar todos los asuntos del grupo empresarial Girardon. Poderosa era la palabra que mejor la definía en ese momento. Volvió a sacudir la cabeza esperando, como pasó antes, que sus ensoñaciones desaparecieran. Y así fue.

Pensó que mejor sería buscar el maldito contrato y citar al jardinero para que lo firme cuanto antes, sobre todo si resultaba ser, como ella sospechaba alguien de edad avanzada y vista gastada al que tendría que leérselo ella misma. Levantaba papeles y carpetas, pero el dichoso documento no aparecía. Se preguntó si, posiblemente, Eugène pensó en dejarlo sobre la mesa pero quedó solo en eso, en una intención. No le dio más vueltas y comenzó a abrir cajón tras cajón. Más y más documentos. Ya comenzaba a desesperar cuando se topó con un cuaderno sin título alguno en el frontal. Se disponía a cerrar el cajón sin más, pero optó por volverlo a abrir y extraer el bloc. La curiosidad pudo contra la prudencia. Comenzó a leer, a pasar páginas de forma compulsiva. No, no podía ser, aquello no. Lo cerró y lo volvió a abrir con la infundada esperanza de que todo aquel contenido desapareciera como por arte de magia, como un mal sueño lo hace cuando despiertas. Pero no, todo seguía allí. Se dejó caer sobre el respaldo de la butaca, abatida, incrédula, alterada. Cerró los ojos e incapaz de admitirlo se tapó la cara con sus manos, apunto de comenzar a llorar cuando unos rítmicos y tímidos golpes en la puerta del despacho la arrancó de su agonía. El jardinero. Se acordó que lo había hecho venir. No se percató de que se habían cumplido los treinta minutos. Se enjugó las lágrimas con el mayor disimulo que fue capaz y levantó la cabeza para solicitarle que entrara. Y allí apareció, en el umbral. Adèle tuvo que sujetarse, el mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor, sin control. Sentía que estaba a punto de perder la conciencia, pero no pasó, aunque lo deseó con toda el alma. Allí estaba el hombre que cuidaría su jardín, petrificado, pálido, excitado. Pasaron diez angustiosos segundos antes de que Adèle pudiera articular una palabra, una sola palabra.

—¡Daniel!

13
LA FECHA

Contadas personas conocían la verdadera identidad de André Lasserre y solo una el motivo de su pesadumbre: su amigo y colega el teniente Colin. Pero él no estaba allí; no hubiera habido forma de camuflar su tez sonrosada salpicada de pecas y, sobre todo, aquella cabellera cobriza. Un irlandés en toda regla que difícilmente pasaría por francés. El teniente Johnson o André, como se hacía llamar en el contexto parisino, echaba de menos a Sandra, la que en estos momentos sería su prometida si hubiese aceptado su petición, claro está; pero no la aceptó y, desde entonces, Andy era incapaz de dejar de pensar en ello cada vez que estaba solo. Le encantaría escribirle una postal desde París en la que le pudiera decir lo que la amaba y cuánto deseaba que ella estuviese allí con él, en una futura luna de miel. Soñar no costaba dinero pero sí que era difícil en un mundo en el que no sabía si al día siguiente seguiría vivo.

Encendió otro cigarrillo mientras esperaba a Normand. Se encontraba en una concurrida terraza de un café céntrico, muy frecuentada por oficiales alemanes. ¡Qué mejor lugar para hablar! Nadie pensaría que ningún secreto crucial para el devenir de la guerra se discutiría entre tantos uniformes grises. París estaba repleta de soldados alemanes de vacaciones. Era la forma que tenían de olvidarse de los horrores que vivían a diario. Sí, también para los germanos era un horror, aunque fueran en estos momentos los dueños y señores de Europa. Cuando obtenían un permiso, los jóvenes soldados corrían hacia la Ciudad de la Luz, atraídos por sus diferentes y variados atractivos. ¡Qué mejor que pasar una noche en

el Moulin Rouge emborrachándose hasta el amanecer! Al principio, André se sorprendió al ver con qué facilidad las francesas confraternizaban con los invasores. Muchos parisinos tampoco lo comprendían, pero la escasez de alimentos y la pobreza ya generalizada en esos momento en todo el país justificaban casi cualquier cosa. Al final de todo, lo importante era llevar un plato de comida a las familias y, faltando el hombre de la casa, era la mujer la que tenía que buscar los medios necesarios para que ello fuera posible aunque esos medios no fueran comprendidos por los demás, ni siquiera por ellas mismas. La supervivencia era la supervivencia, no se podía juzgar a nadie por intentarlo por todos los medios. Al teniente le parecía mentira toda aquella situación, pero era lo que había y para cambiarla estaban ellos, y por eso luchaban.

Protegido de las inclemencias con una gabardina color beige y un sombrero marrón llegó Normand a la cafetería donde le esperaba André Lasserre. Saludó con una breve inclinación de cabeza y de inmediato tomó asiento junto a él. Llamó la atención del camarero.

—*Garçon,* un café *au lait,* por favor.

—Otro para mí también —aprovechó el inglés, no le agradaba dejar a su amigo tomarlo solo—. Me gusta tanto el café francés que creo que algún día lo echaré de menos.

—Ojalá, amigo mío, llegue el día en que eso suceda, querrá decir… —dejó las palabras flotando en el aire.

—Lo sé, y espero que se haga realidad.

El camarero llegó con el pedido el cual sirvió con eficacia y rapidez, fruto de años de experiencia. Los dos compañeros tomaron los primeros sorbos en silencio, con deleite.

—Tengo información —dijo el recién llegado.

—¿Relevante?

—Creemos que sí —afirmó y guardó silencio unos segundos antes de continuar, examinó con disimulo su entorno y prosiguió—. Me informan de que habrá una recepción privada, solo algunos altos

mandos alemanes y sus correspondientes esposas y tres empresarios franceses.

El inglés enderezó la espalda que hasta ese momento descansaba relajada sobre el respaldo de la silla. Normand puso su mano sobre el brazo del teniente en señal de tranquilidad. André volvió a relajarse, al menos aparentemente.

—Continúa.

—Creemos que en ese encuentro se determinará lugar y fecha para la gran recepción que se le pretende preparar a Rommel.

—Eso quiere decir…

—Exacto —apostilló el francés—, el zorro está al llegar, aunque no sabemos cuándo.

—Solo falta saber dónde se realizará ese encuentro o «recepción privada» creo que has llamado.

—Eso es lo mejor, lo sabemos con casi el cien por cien de seguridad.

—¿Y…?

—Será en casa Girardon.

André dio un respingo involuntario. Vio a Normand con una media sonrisa, sabedor de antemano del impacto que le iba a ocasionar la noticia. El teniente volvió a la normalidad, o a aparentarla. Hablaron de ello durante un buen rato.

—En este caso tendrán un papel primordial Iris y Descartes —pronosticó Johnson.

—Y Daniel, no lo olvides, por algo lo tenemos allí.

—Cierto.

Parecieron instantes eternos. Si Adèle tardó tiempo en reaccionar, Daniel ni siquiera pudo. El impacto fue casi tan demoledor, como el de aquella bomba que cayó mientras estaba en el hospital de campaña, junto al Jarama, la que lo sumió en la oscuridad durante tanto tiempo. La que lo apartó de la encarnizada lucha, la que le dejó secuelas de por vida, no solo físicas sino también en lo más profundo de su alma ya de por sí herida por la lejanía del amor de Adèle, la misma que estaba en su presencia en el lugar y el el momento más imprevistos. Ella sí que reaccionó, aunque ni siquiera fue consciente de por qué lo hizo. Con toda probabilidad pudo el miedo de que alguien los descubrieran aunque matizado con una enorme curiosidad, así como la necesidad de pedir cuentas sobre aquello. ¿De dónde había salido? ¿Cómo había llegado hasta allí para convertirse en su jardinero? Y sobre todo: ¿Dónde había estado estos años y qué razón había para que nunca se hubiera puesto en contacto con ella?

Se levantó del confortable sillón de piel del despacho de su marido, monsieur Girardon, y llegó con celeridad hasta el umbral de la puerta donde, petrificado, permanecía Daniel Duval, el hombre que había amado más que a nada ni a nadie en el mundo. Lo agarró del brazo y lo metió del golpe en la estancia y cerró la puerta tras él con un movimiento de pierna, sin quitarle ojo a Daniel que a su vez mantenía su mirada fija en ella.

—Maldita sea, Daniel, ¿por qué? ¿por qué? ¿Cómo? ¿Dónde? —se atropellaba preguntando a la vez que gritaba y lloraba golpeando con sus puños y con toda la rabia acumulada el pecho de Daniel que, por fin, comenzaba a reaccionar.

—Lo siento, lo siento mucho, mi amor, abrázame por favor, Adèle —suplicaba necesitado de sentir su contacto —. No sabes cuánto te he echado de menos y cuántas veces me he arrepentido de haber tomado aquella decisión.

Adèle cedió a la necesidad también suya de abrazarlo, de encerrar su cara en su pecho, de sentir sus fuertes brazo alrededor

de su cuerpo, dándole seguridad, devolviéndola a otros tiempos. No paraba de sollozar.

—Ya acabó todo, ya estoy aquí, nada me separará más de tu lado.

Ella se separó de repente de él. La realidad la golpeó con toda la contundencia con la que la vida es capaz de poner las cosas en su sitio. Ella era la señora Girardon, la esposa de Eugène Girardon, importante empresario parisino proveniente de una familia no menos importante. Ya no era ni sería nunca la esposa de Daniel Duval, consagrado comunista y combatiente del fascismo allá donde se manifestara.

—No, Daniel, lo siento, pero esto ya no puede ser. Me debes una explicación. Desde el 37 no he recibido ni una carta tuya o noticia alguna. Hice todo lo posible por saber qué estaba pasando en España. Solo conocía tu última localización, en aquel río que no recuerdo su nombre, en Madrid. Desde entonces solo los partes de guerra que escuchábamos por la radio o por los periódicos y que hablaban de grandes masacres en la batallas que libraban los dos bandos contendientes. Miles y miles de muertos por no hablar de heridos y mutilados. Siempre tuve algo de esperanza hasta el final de la guerra, pero la victoria del general Franco hizo que la perdiera, toda. Tuve muy claro que si hubieses conseguido sobrevivir a la guerra no hubieras podido escapar de la limpieza que hicieron los vencedores en España. Así que espero una explicación y la quiero ahora y aquí.

Tras desahogarse, Adèle volvió al sillón del despacho y lo invitó a sentarse en una silla al otro lado del escritorio, como si fuera un cliente con el que estaba a punto de llegar a un trato.

—Tienes todo el derecho —reconoció el excombatiente.

—Gracias.

—Con tu permiso —dijo señalando la botella de whisky que había sobre una bandeja en la librería.

—Por supuesto.

Daniel se tomó su tiempo en servirse un trago. Estaba tan conmocionado con el encuentro que necesitaba un respiro para ordenar todos los acontecimientos y contar solo lo que podía contar y omitir lo que tenía que permanecer en secreto.

—Fue el Jarama, el río que no recordabas su nombre. Aquella época fue una locura. Un día ganábamos una batalla y al día siguiente perdíamos otra. Lo único común en cada jornada era que siempre se producía una carnicería. Aquella jornada tuvimos que retirarnos, nos salvamos muy pocos. Fue horrible —Daniel relató con detalle los acontecimientos de la que fue su última batalla. Por su lado, Adèle asentía consternada, con los ojos húmedos, invadidos por el horror y la tristeza —A pesar de todo, sobreviví, junto con otros compañeros. Lo que pasó después fue lo que no esperaba. Un ataque aéreo por sorpresa. No dio tiempo a reaccionar. Solo recuerdo el silbido del proyectil en su descenso mortal y… —hizo una parada en la que su cara tornó a una expresión de dolor insoportable —la mueca de pánico y asombro de Didier.

—¿Tu amigo Didier?

—El mismo.

—Oh, Dios mío, cuánto lo siento, Daniel, sé lo unidos que estábais.

—Gracias, Adèle. A partir de ese momento todo para mí fue oscuridad. Las lesiones me llevaron a estar en coma durante meses para un día despertar sin saber qué me había pasado, invadido por las dudas y por la falta de memoria.

—¡Has debido sufrir tanto!

—Un noche, mientras dormía, todos mis recuerdos volvieron de repente, golpeándome con toda su crueldad. Intenté volver a mi compañía.

—¿Quieres decir que intentaste volver a la lucha?

—No, no es eso, era consciente de que no me dejarían con mis lesiones, ya no era apto para el combate. Lo que necesitaba era saber qué había sido de Didier.

—Entiendo, ¿lo conseguiste?

Asintió Daniel con la cabeza.

—Murió aquél mismo día. Me dijeron que lo encontraron sobre mí, y entonces comprendí que estoy vivo gracias a él.

Adèle no resistió más la necesidad de abrazarlo, de consolarlo, de decirle que ya estaba a salvo. Sintió el deseo de no separarse jamás de él, el amor de su vidad, el único amor que había tenido y que nunca tendría. Daniel la recibió de nuevo en sus brazos y los dos lloraron en silencio.

14
LA GRAN REVELACIÓN

Gaspard entró, diligente como siempre, y sirvió el café. Un día lluvioso y desapacible las había llevado a reunirse en una sala pequeña que Adèle solía usar para leer y que ella misma había decorado con un gusto exquisito. Las cristaleras permitían ver el jardín en toda su amplitud a pesar de las gotas que impregnaban los cristales impulsadas por el viento. La chimenea proporcionaba un ambiente cálido y agradable. Una vez que el mayordomo se retiró, la anfitriona puso el tema sobre la mesa.

—La última vez que nos vimos quedamos en investigar las actividades de nuestros esposos, ¿recordáis?

—Recordamos, Adèle.

—Gracias, Valérie.

—Entonces, ¿qué?

Se miraron unas otras. Fue Diana la primera en tomar la palabra.

—Yo no he hecho nada, lo tengo claro desde hace mucho tiempo, además Maurice me tiene prohibido entrar en su despacho. Creo que no dudaría en matarme si lo hiciera.

—No seas exagerada, Diana.

—Prefiero no comprobarlo, Bibi.

—Está bien, sigamos —dijo Adèle —. ¿Tienes algo, Valérie?

—Lo he intentado de mil maneras. Mi querido esposo lo tiene todo bajo llave, incluso la puerta de su despacho. Conseguí colarme por una ventana.

—¿Qué?

—Como lo oyes, Bibi, no sabía qué hacer y aproveché una noche en que él no vino a dormir. No conseguí descubrir nada sobre su actividad empresarial, aunque sí sobre la personal.

—¿Qué narices quieres decir? —preguntó extrañada Adèle.

—Pues tan simple como que tiene una amante. Si el muy imbécil guardara lo personal con el mismo celo que lo profesional, seguramente no hubiera pasado de sospecha. Pero no, allí estaba la carta, sobre el escritorio, doblada por la mitad y desprendiendo un insoportable olor a rosas.

—No me lo puedo creer, es inadmisible.

—¿Cómo estás después de saber eso?

—No os preocupéis chicas, estoy bien. Debo reconocer que soy la primera sorprendida, pero me no me sentí mal, diría que incluso liberada.

—Empiezo a sospechar que no habéis hecho buenos matrimonios —soltó Bibi, con sorna.

Todas soltaron unas carcajadas que despejaron por unos momentos las tensiones que vivían.

—Yo si que tengo algo, o mucho, según se mire.

Con esa frase, la señora Girardon las dejó expectantes.

—Aprovechando que Eugène me había hecho el encargo de proporcionarle el contrato al nuevo jardinero para su firma, busqué entre los papeles, cuadernos y carpetas que abundan en los cajones de su escritorio. Lo que encontré me dejó fría, o más bien helada. En un cuaderno perdido con toda la intención en el fondo de un cajón estaba todo lo que necesitamos saber: los negocios que tienen

nuestro cónyuges con el enemigo. Y digo nuestros porque allí estaba todo lo relacionado con las tres empresas que ellos regentan: metalurgia y química. —Hizo una pausa.

—¿Y…? —reclamaron las otras tres casi al unísono.

—Armas y utensilios de guerra, quiero decir, cascos, municiones y principalmente refuerzos para la defensa y protección de los Panzers alemanes.

—Esos son tanques, ¿no?

—Tú lo has dicho, Valérie.

—¡Serán hijos de perra! —exclamó Diana, asqueada.

Adèle intervino.

—Esto no lo podemos dejar así. Si están reforzando al ejército alemán, tenemos la obligación moral de impedirlo. Cualquier bala de fusil, granada u obús que salga de nuestras fábricas matará soldados franceses o aliados.

Todas mostraron su acuerdo inmediato, excepto Bibi, la loca de Bibi.

—¿Tú no estás de acuerdo, Bibi?

—Claro que lo estoy, la cuestión aquí y en este momento es si lo estáis vosotras.

—Acabas de oirnos, ¿acaso no hemos sido claras? —se le encaró Diana.

—Sí, al menos en apariencia, pero lo que quiero saber es si de verdad haríais lo que hiciera falta, si llegaríais hasta donde hubiera que llegar, incluso si vuestras vidas estuviesen en peligro. Hasta esos extremos quiero decir —concluyó manteniendo la mirada de las tres amigas.

—Yi tanbuién quiero decir algo a ese respecto —intervino Adèle mirando fijamente a su joven amiga—. Somos unas afortunadas, no nos falta de nada en estos tiempos de escasez, más aún, ganamos

más dinero que antes, a la vista ha quedado, pero a costa de la vida de nuestros soldados, del futuro de nuestro país, a costa de una Francia libre o de una una Europa bajo el yugo de los nazis. Mueren personas todos los días, y no solo en el frente, sino aquí, cerca de todas nosotras; de hambre, de enfermedades, de pobreza extrema. Nuestras compatriotas están al borde de caer en la prostitución para poder llevar algo de alimento a sus familias. No me imagino, si alguna vez volvemos a ser libres, como lo éramos antes, cómo sería mi vida en ese futuro después de no haber hecho nada en absoluto, de ser las ricas esposas de unos asquerosos colaboracionistas que aprovechan la invasión para hacerse aún más ricos y poderosos. No podría dormir, no podría ver mi cara reflejada en un espejo, no me atrevería a salir a la calle jamás. Si muero por intentar salvar a mis compatriotas, habré, al menos, vivido con dignidad y habré muerto como una luchadora, como hacen nuestros soldados a diario. Quizá nadie me recuerde, no lo necesito. Así que, chicas, os digo, aquí y ahora, que Adèle Girardon está en la lucha por la libertad.

El discurso fue secundado de inmediato por Valèrie y Diana.

—Así que —continuó Adèle—, te repito la pregunta, Bibi, ¿estás de acuerdo con las mismas condiciones que tú acabas de poner ante nosotras? ¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida? ¿Estás de acuerdo, Bibi?

La más joven de todas ellas, la que llevaba la vida loca, sin compromiso alguno tardó unos segundos en responder. Bajó la cabeza, sonrió, la volvió a levantar, miró fijamente a las demás, una a una, desafiante, trasformada en una luchadora pero, a diferencia de las demás, ya consumada.

—Dejadme que os cuente algo —volvió a hacer una pausa que generó aún más expectación y tensión—, pero antes de nada debo llamar a alguien.

—De acuerdo, ahí tienes el teléfono.

—No necesito ningún teléfono, Adèle.

Sin mediar más palabras, Bibi elevó la voz y llamó.

—¡Descartes!, por favor, entra.

Todas se volvieron hacia la puerta de la salita en la que tomaban café con vistas al jardín, sin apartar la mirada, erguidas en sus asientos. A los pocos segundos se abrió, con lentitud, como temerosa de dejar ver a la persona que intentaba franquearla.

—Aquí estoy, Iris, creo que ya es hora de enseñar todas las cartas —dijo el eficiente Gaspard, mayordomo de la mansión Girardon, ante las desencajadas caras de Adèle, Diana y Valérie y la amplia sonrisa de la loca y joven *mademoiselle* Bibi Beaumont.

15
EL CORONEL

El despacho estaba presidido por una gran bandera en la que destacaba la esvástica, símbolo adoptado por los nazis. Era una estancia lujosa la que ocupaba el coronel Weber a la que no le faltaba detalle alguno: paredes recubiertas de tapices, impresionantes lámparas y unos muebles fabricados con maderas nobles de importación. El oficial se dirigió a un aparador junto a una pared lateral, sobre el que descansaba una bandeja surtida con los mejores licores.

—Siéntese, por favor, *monsieur* Girardon, ¿puedo ofrecerle algo de beber? Le aseguro que tengo lo mejor de lo mejor.

—No me cabe la menor duda, *Herr* Weber.

—Oh, por favor, llámeme Otto, creo que puedo afirmar que tenemos una estrecha relación, ¿estoy en lo cierto? —le sonrió aunque mostrando una mirada severa, inquietante.

—Por supuesto, *Herr*… Otto. Le ruego que me considere su amigo Eugène.

—Gracias, Eugène, muy amable por su parte.

—Le aceptaré una copa de coñac.

El coronel, parsimonioso, tomó la copa y sirvió el exquisito licor que había solicitado el empresario. Él también se sirvió otra. A continuación abrió una vitrina y extrajo una elegante caja de madera que contenía los más exclusivos puros habanos.

—Permítame alabarle el gusto, Otto, es usted un sibarita.

—Ni que lo diga, Eugène, aunque no creo que usted se quede atrás en eso.

—Reconozco que me gusta lo bueno, no, lo mejor.

—Coincidimos plenamente, brindemos —levantaron ambos hombres sus copas—: por una relación muy provechosa para ambos.

—Por supuesto, lo suscribo.

—Bien, me alegro de que sea así ya que tenemos un asunto muy importante que tratar.

—Estoy a su disposición.

—No lo dudo, por eso le he citado aquí, Eugène, necesito un favor.

—Cuente con ello.

—Gracias, valoro que se ofrezca sin dudar, aun sin saber de qué se trata. Así que se lo contaré.

El coronel rodeó el escritorio para sentarse en la silla de trabajo, en una posición más formal, en la que quedase claro quién dirigía la orquesta, quién estaba arriba y quién abajo, a su servicio, aunque fuera disfrazado de una falsa amistad.

—Mi querido amigo, lo que tengo que decirle debe guardarlo en el mayor secreto —el empresario asentía mientras Weber exponía la situación—. El próximo mes esperamos a un invitado muy especial —hizo una pausa dramática—; el mariscal Rommel ha sido destinado a Francia para una misión muy delicada que le ha encomendado nuestro Führer y que no viene al caso. Desde el alto mando estamos considerando la posibilidad de preparar una recepción muy especial, queremos que el bueno de Erwin se sienta bien acogido en París, y para eso le necesito.

—Bien, ¿en qué puedo ayudar?

—Una recepción. Quiero que la organice usted, Eugène. Es amigo del alcalde de la ciudad y también lo es de algunos de los más importantes empresarios que colaboran con nuestro gobierno para hacer una Francia más próspera, más libre de malas influencias, como las de esos malditos judíos, gitanos y otras razas inferiores. ¿Qué me dice?

—Le digo que tendrá la mejor recepción. No le fallaré, Otto, al igual que ustedes no me han fallado a mí. Pongo a su disposición la casa de verano de los Girardon. Es una humilde villa de campo situada a una hora de París. Reúne tranquilidad y, lo más importante, seguridad.

—Me parece fantástico, amigo Eugène, sabía que podía contar con usted. Para fijar la fecha y ultimar todos los detalles, me gustaría invitarlo junto con sus dos socios empresarios a una cena, el próximo sábado. Por supuesto, les esperamos con sus distinguidas esposas.

Girardon ya había hecho planes para ese sábado, pero también sabía con certeza que la invitación que le había hecho el coronel no admitía la posibilidad de rechazo. Agradecía que los nazis le dispensaran la cortesía de hacerlo mediante invitaciones o petición de favores. En caso de negarse, se convertirían en órdenes directas, y Eugène Girardon estaba ganando mucho dinero gracias a los ocupantes de su país, así que no iba a correr riesgos. Aceptaría con agrado la propuesta del oficial.

Terminaron de tomarse el excelente coñac comentando asuntos más triviales hasta que el coronel dio por zanjada la reunión poniéndose de pie e instando a *monsieur* Girardon a acompañarlo hasta la puerta de su despacho, donde un soldado se hizo cargo del empresario previo saludo marcial que, como siempre, acompañaban de un fervoroso golpe de tacones.

16
ACLARACIONES

El ambiente en la pequeña sala de lectura había sido vapuleado por la inesperada noticia. Adèle, Valèrie y Diana no eran capaces de evitar que sus bocas permanecieran abiertas y sus ojos a punto de salir de sus órbitas. Mientras tanto, Bibi y Gaspard esperaban pacientes a que la sorpresa fuera disipando sus efectos. Con toda seguridad, el pasmo actual se convertiría en breve en un aluvión de preguntas.

—Entiendo que tendréis muchos interrogantes—tomó la iniciativa Bibi—. No os preocupéis, todos se responderán, pero antes necesitamos que nos dejéis explicarlo todo.

Aún continuaban atónitas, pero ya comenzaban a reaccionar.

—Está bien —intervino ahora la anfitriona—; explicad todo lo que consideréis necesario. Ya vendrán nuestras preguntas después, y te aseguro que las habrá.

Bibi miró al mayordomo, ahora apodado Descartes, el cual asintió con la cabeza. Ella lo expondría todo.

—Es difícil empezar, pero…

—Te sugiero que comiences desde el principio.

—Tienes razón, Adèle, eso haré —concedió la joven—. Pertenezco a una célula de la Resistencia. Me uní a ella a los pocos meses de la invasión. La primera vez que asistí a una reunión clandestina, imaginaos la sorpresa que me llevé, o mejor dicho, nos llevamos Gaspard y yo. ¿Recuerdas?

—Recuerdo; nunca lo olvidaré.

—¿Cómo contactaste con ellos o cómo te captaron?

—Sabía que no aguantarías hasta el final para preguntar. No importa. Supongo, Adèle, que te acordarás del romance pasajero que viví por aquella época —Bibi continuó una vez que sus amigas asintieron—. Adrien se llama. Es actualmente un compañero, aunque ya no haya nada entre nosotros. Una noche fuimos a bailar y bebimos más de la cuenta. Cuando ya estábamos preparados para abandonar el local, entró una patrulla de esos perros sarnosos que se hacen llamar la Gestapo. Buscaban a alguien y lo encontraron allí, acompañado de una dama. Sin mediar palabra, se dirigieron a él y lo golpearon antes siquiera de preguntar nada. Pero no solo a él, sino también a la señorita que lo acompañaba. A él se lo llevaron y a ella la dejaron allí, tirada y sangrando. Nadie en el local fue capaz de reaccionar. Yo estaba indignada así que solté mi copa con la intención de ir hacia esos malditos nazis antes de que dejaran el establecimiento; Pero no pude, Adrien me agarró del brazo y me lo impidió. Lo miré con expresión de no comprender el porqué y lo llamé cobarde, aunque después me arrepentí.

Bibi hizo una pausa para tranquilizarse. El mero hecho de recordar aquello la sacaba de sus casillas.

—Me llevó fuera, a un lugar apartado —continuó— y me dijo que si quería luchar contra los alemanes no era el momento ni el método. No comprendí a la primera. Él siguió hablando, pero antes me hizo prometer que lo que oyera no podría contarlo a nadie, pondría en peligro a muchos compatriotas que arriesgaban a diario sus vidas. Ahí ya sospeché que se trataba de un agente de la Resistencia y estaba ofreciéndome la posibilidad de luchar junto a ellos. No sé si fue por la indignación o por los efectos del alcohol, o ambos a la vez, pero acepté sin pensarlo. Desde entonces estoy comprometida en la lucha.

—Hay que admitir que lo has disimulado muy bien —soltó Diana.

—También usted, Gaspard, también usted —dijo Adèle con cierto tono recriminatorio.

—Lo siento, señora, nunca ha sido mi intención perjudicarla a usted ni a mis compañeros de lucha.

—No te disculpes, Descartes —Bibi volvió a usar el apodo del mayordomo—. Adèle, Valèrie, Diana, habéis hablado antes de luchar contra el nazismo, incluso a costa de vuestras vidas. Ahora que ya se han volteado las cartas, seré yo quien pregunte. Hay una misión en marcha y vosotras podéis y debéis tener un papel crucial en ella, pero no hablaré de ella hasta tener vuestro compromiso inquebrantable.

Bibi hizo una pausa dramática antes de lanzar la gran pregunta.

—¿Queréis colaborar con la Resistencia para recuperar la libertad de nuestra patria y de nuestros compatriotas?

Sin apenas pausa, tres síes salieron casi al unísono de las bocas de las tres señoras de la alta sociedad que pasaban a formar parte de la Resistencia Francesa. Bibi y Gaspard en su papel de Iris y Descartes les dieron la bienvenida a la lucha clandestina.

Adèle se levantó para servirse una copa de coñac y ofrecerle una a cada una de sus invitadas. Gaspard intentó impedírselo; a fin de cuentas, él seguía siendo el mayordomo.

—Siéntate de inmediato —ordenó Adèle, tuteándolo por primera vez desde que se conocían—. Yo te serviré una copa, compañero.

El anciano no sabía cómo reaccionar. Miró a Iris que asintió con la cabeza y con una gran sonrisa.

—Gracias, compañera —se atrevió Gaspard.

Adèle hizo un gesto de aprobación mientras que le acercaba el coñac. Una vez todos servidos, volvió a tomar la palabra la señora Girardon.

—Ahora que todos estamos en la lucha, quizás necesitemos un apodo romántico como vosotros —todos rieron—. No lo digo en

broma, pensaré en uno para mí. Dejando esto aparte, Bibi, hablaste de una misión en la que podemos participar y, si no recuerdo mal, comentaste algo de que nuestro papel podría ser… importante. ¡Cuéntanos!

—Creo que daré en esta ocasión la palabra al compañero Descartes.

Gaspard se sorprendió por la decisión de Bibi pero, tras una pausa para ordenar ideas, se lanzó.

—Está abierta la operación *Cazar al Zorro*. Entiéndase que ese Zorro es el famoso mariscal de Campo Erwin Rommel —otra pausa para que asimilaran el asunto—. Aún nadie lo sabe, pero nuestros informadores británicos afirman que en breve llegará a Francia con la misión de supervisar y reforzar las defensas de la costa norte, creando un muro que la convierta en una fortaleza inexpugnable

—Pero, pero, eso dificultaría una posible invasión aliada, no lo podemos permitir.

—Por supuesto, señora

—Adèle, llámame Adèle, por favor, al menos hasta que encuentre mi propio apodo. Delante de *monsieur* Girardon seguiremos con los formalismos.

—Está bien, Adèle —dijo no sin cierto esfuerzo—, así será. Como bien has comentado, una defensa reforzada convenientemente haría muy difícil una invasión de nuestros aliados. Por eso debemos impedirlo y ello pasa por cometer un atentado contra el mariscal, lo que dificultaría mucho la misión encargada por Hitler, ya que Rommel es uno de los mejores estrategas, si no el mejor, de la Wehrmacht.

—Todo lo entendemos muy bien, excepto cómo podemos nosotras tener un papel en esa misión.

—Diana, deja que continúe Gaspard; lo entenderás pronto.

—De acuerdo, Bibi.

Gaspard tomó de nuevo la palabra.

—Otra información que tenemos, bastante fiable, indica que se está preparando una recepción para dar la bienvenida al Zorro, a la que asistirán importantes miembros de la cúpula nazi aparte del alcalde de París. Creemos que también estarán invitados algunos empresarios que colaboran con el invasor.

Llegado a este punto, Adèle, Valèrie y Diana comenzaron a comprender.

—Eso lo sospechamos —continuó Descartes— porque tenemos indicios de que la recepción se celebrará en una casa de campo a cierta distancia de París. El mando nazi considera muy importante la seguridad del evento, de ahí la importancia de un lugar más retirado y por ende más controlable. Dicho lugar podría pertenecer a alguno de esos empresarios de los que he hablado. Los informadores hablan de que el anfitrión podría ser con gran probabilidad… *monsieur* Girardon.

Adèle se puso tensa y con la boca abierta, incapaz de articular palabra.

—Es por ello —tomó la palabra Bibi— que debéis estar atentas para saber dónde será y cuándo. Con toda probabilidad habrá una reunión previa, algún acto social o algo por el estilo. A mí me será del todo imposible asistir; por ser soltera nadie contará conmigo, pero es muy factible que con alguna de vosotras sí, o con todas.

—No creo que sea difícil —afirmó Adèle, tras salir del pasajero estado de conmoción—, si hay un acto social así, estarán invitadas todas las señoras de los asistentes, incluidas nosotras, por supuesto.

—Pues bien, chicas, ya tenéis vuestro primer encargo en esta misión. Gaspard y yo misma seremos los enlaces con la Resistencia. Sed todo oídos. Creo que eso garantizará el éxito de esta primera fase. Las personas infiltradas en esta… —Bibi paró de repente, consciente de estar hablando de más, pero ya era tarde; volvió la tensión a Adèle.

—¿Quieres decir que hay más miembros de la Resistencia aquí, en mi casa? Ya es bastante sorpresa lo tuyo y lo de Gaspard. Exijo saberlo todo. ¿Quién más hay?

Bibi y Gaspard se miraron. Sabían que no había marcha atrás si querían contar con las otras tres, especialmente con Adèle que de alguna forma se había hecho con la voz cantante. El mayordomo hizo un gesto de aprobación casi inapreciable que no solo la más joven detectó. Bibi sintió la mirada de sus amigas clavadas en su persona, así que lo soltó.

—El jardinero.

17
JUNTO AL SENA

El sol estaba oculto a estas horas en París y la luz que quedaba en el horizonte duraría pocos minutos más, dando paso al gris oscuro de las nubes que cubrían el cielo. Estas comenzaban a reflejar débilmente el resplandor que las luces nocturnas de la capital francesa emitían, aunque lejos de la intensidad que mostraban en otros tiempos no tan lejanos; tiempos en los que dominaba la paz y el progreso.

El frío y la humedad imperaban en las calles que bordeaban el Sena pero, a pesar de ello, Hans pensaba que era agradable pasear por la ribera, sobre todo si iba acompañado de la bella y joven *mademoiselle* Beaumont, como llevaba haciendo durante las últimas semanas. Durante todo ese tiempo, Hans se había sentido cada vez más cerca de ella. De hecho, ambos se entendían muy bien y la conversación fluía entre ellos con extrema facilidad. Percibía que ella se sentía muy bien a su lado. Casi sin darse cuenta, el capitán se planteaba si un hombre podía amar a dos mujeres al mismo tiempo. Su amor incondicional por Greta seguía intacto; anhelaba estar con ella, soñaba con abrazarla, con besarla con pasión, con formar algún día una familia con ella, si sobrevivía a esta locura. A pesar de ello, Hans notaba cómo crecía un sentimiento en su interior hacia Bibi. En ella se combinaba en perfecto equilibrio la belleza, la inteligencia y una gran independencia que la hacía la mujer más libre que nunca había conocido y, por supuesto, una de las más atractivas. En su interior se producía una gran lucha: bloquear sus sentimientos crecientes hacia la joven francesa o, por el contrario, dejarse llevar,

ceder ante ellos y hacérselo saber con la esperanza de que ella los tuviera también hacia él.

—Llevas casi diez minutos sin hablar, Hans; algo te preocupa.

—Estamos en guerra, Bibi; siempre hay algo que me preocupa.

—Eso lo entiendo y estoy convencida de que los problemas no te abandonan y casi seguro que cada día sale alguno nuevo, pero creo poder decir que te conozco lo suficiente como para saber que hay algo más, algo distinto a lo habitual —insistía la joven—. ¿Están todos bien en Alemania? Me refiero a tu familia.

—Sí, sí, recibo cartas, aunque no con la regularidad que sería deseable y, por ahora, todo bien —dijo el oficial, dudoso, reservándose información, sin conseguir convencer a su acompañante.

—Hans, mírame a los ojos —esperó Bibi a que lo hiciera para continuar—. Un hombre no puede engañar a una mujer, por mucho que lo intente, créeme. Lo que te corroe por dentro es algo más profundo que tus problemas laborales, por muy relacionados que estén con la guerra.

—Tienes razón, a ti no te puedo engañar. Bibi, escúchame, por favor.

—Soy toda oídos.

Hans miró al suelo, después arriba; se giró dándole la espalda a Bibi para unos segundos después, volver a mirarla. En su lucha interior iba perdiendo la idea de bloquear sus sentimientos hacia Bibi. Se dio cuenta de que ya no podía controlarlos, pero no sabía cómo expresarlos. Su boca estaba paralizada y su mente era un torbellino de ideas que no eran capaces de organizarse para salir en forma de palabras coherentes. Se sentía impotente. Volvió a mirar hacia abajo y una idea se impuso en su mente, una idea que, a diferencia de las demás, no necesitaba de la expresión oral. Así que el capitán Meyer volvió a levantar la cabeza y dirigió su mirada directamente a los ojos de Bibi, que en esos momentos parecían

más abiertos de lo normal, expectantes y más atractivos que nunca. Sin pensarlo dos veces, se quitó el sombrero con la mano izquierda y la derecha la colocó en la cintura de la joven, atrayéndola con delicadeza pero con decisión hacia él. Cuando la tuvo cerca, la besó, con pasión, con ternura y con un amor que se impuso a todo bloqueo de sentimientos. Se sintió como si se hubiera tirado al vacío, pero ella le correspondió; se abrazó al él, tirándose también al mismo precipicio, el del amor.

Bibi y Hans se besaron bajo la tenue luz de una farola, como si no existiera nada más a su alrededor, como aquellos dos amantes que se despedían por culpa de una guerra, como aquel soldado y Lili Marleem.

Pasearon agarrados de la mano el resto del camino. Hans, a pesar de todo, se sentía bien. Estaba dispuesto a vivir el presente, sobre todo en un mundo donde no se sabía a ciencia cierta si habría un futuro.

No solo el conflicto interior era patrimonio único del capitán, también la joven Bibi lo sufría, aunque fuera muy distinto. De repente se dio cuenta de que se había enamorado del objetivo de su misión, de un militar que pertenecía al ejército contra el que luchaba. «¿Por qué le vida le creaba este conflicto?», pensó. Cómo podía amar a un invasor y sentirse feliz al hacerlo. Su misión debía seguir, tenía que continuar hacia adelante. Decidió que viviría el presente pero sin olvidar el futuro por el que tantos franceses luchaban y morían a diario. Para consolarse, pensó que Hans era distinto a los demás, que él era también una víctima de las circunstancias.

—Bibi, me gustaría invitarte a una especie de fiesta.

—¿Una especie de fiesta? —dijo extrañada.

—Más que una fiesta, es una cena informal seguida de un cóctel. Será en el Hotel Le Meurice.

—Pero en ese hotel es donde se encuentra el mando alemán.

—Estás bien informada.

—Es bien sabido por todos en París.

—Me consta —le confirmó Hans—. Estoy obligado a ir como oficial.

—No creo que sea lo más adecuado asistir a un acto del alto mando nazi —hizo un amago de rechazo.

—Oh, no, déjame explicarte. Habrá pocos oficiales; será más bien organizada para reunir a algunas personalidades de la sociedad francesa. Creo que asistirá un famoso empresario parisino, *Monsieur* Girardon, creo recordar, y su esposa.

Bibi dio un respingo. Se dio cuenta de que esa era la fiesta que sospechaban desde la Resistencia que se estaba preparando para organizar, con toda probabilidad, la fecha y el lugar de recepción del afamado mariscal Rommel. No podía creerse que estaba a punto de colarse en el evento más importante de cara a los objetivos que se habían fijado. Además, se encontraría con Adèle, Valèrie y Diana. No estaba dispuesta a desperdiciar la ocasión.

—Pero, Hans, no creo que yo sea la indicada como acompañante en ese lugar y con esas personas tan importantes —fingía la joven miembro de la Resistencia—, estaré fuera de lugar; no sé hablar alemán

—No, por Dios, tú nunca estarías fuera de lugar y todos hablarán en francés esa noche, no podría ser de otra forma. Seré la envidia de todos si me acompañas.

Bibi se hizo de rogar unos momentos más antes de dar la aprobación. No se lo podía creer aún, se había metido en el centro de mando y estaría en el momento en el que se tomaran unas decisiones cruciales.

—Está bien, iré.

Hans la besó de nuevo.

Como siempre, a cierta distancia, una pareja de hombres ataviados con gabanes y sombreros vigilaban al capitán Meyer y a la joven Iris. Lo que veían se salía del todo del guion establecido.

—No me gusta esto, Normand.

—A mí tampoco, André; esto es algo que tendremos que tratar con la máxima urgencia.

—Estoy de acuerdo, reúne al grupo.

18
UN VIERNES A LAS SIETE

La cena era el único momento del día que los Girardon consideraban sagrado, siempre lo hacían juntos y a la misma hora. Por el contrario, el resto de comidas, Adèle las hacía sola o en compañía de alguna de sus amigas que se encontraban en la misma situación familiar. Ninguna de las tres había concebido hijos, lo que les daba una gran libertad de movimientos. Demasiadas pasiones muertas en sus respectivos matrimonios. Quizás algún día sus vidas cambiaran.

En contra de todo pronóstico, Adèle madrugó ese lunes tras una noche algo convulsa. Eran demasiadas noticias impactantes que le habían provocado un vuelco a su vida. «Quién iba a pensar que la más, supuestamente, inmadura de las tres era una empedernida luchadora de la Resistencia», pensó. Su mente no paraba de darle vueltas a todo lo acontecido la noche anterior, así que decidió levantarse al sentir a Eugène moverse por la habitación. Ya echaría una cabezada en algún momento del día.

—Vaya, Adèle, qué grata sorpresa verte por la mañana temprano. Siéntate, por favor, y toma un café conmigo —dijo *monsieur* Girardon mientras que volvía a doblar el periódico dejádolo sobre la mesa.

—De acuerdo, Eugène, me vendrá bien un café bien cargado.

—Por favor, Gaspard —solicitó el señor de la casa—, sirve café a la dama.

De inmediato, el diligente mayordomo se acercó con el café y la leche para servirlo a su señora. Mientras lo hacía, se cruzaron las miradas, pero no las de Gaspard y *madame* Girardon sino las de Descartes y su nueva camarada Adèle, la que aún estaba pendiente de apodo. Ella le dio las gracias desplegando una sonrisa amable y cómplice.

—Querida —reemprendió la conversación Eugène—, el próximo viernes vamos a asistir a una cena en el Hotel Le Meurice.

—¿El hotel Le Meurice? ¿No es ahí donde se encuentra el mando central del ejército nazi?

—En efecto, querida; de hecho, la invitación nos la envía el mismísimo coronel Otto Weber.

Adèle comenzó a mostrarse interesada; esta podría ser la reunión preparatoria para la recepción del afamado mariscal. «Parece ser que han decidido darle un formato más social», pensó agradecida. Esto le iba a facilitar las cosas en su nueva misión. Debía tener cuidado de no mostrarse ansiosa por asistir, así que decidió fingir la mayor indiferencia posible.

—Está bien, querido, iré esa misma mañana a la peluquería.

—No olvides también ir de comprar; no escatimes en gastos.

—Está bien, querido, no escatimaré.

—Buena chica.

A pesar de haberse dirigido hacia él utilizando el apodo «querido» por dos veces consecutivas, en su fuero más íntimo sentía la necesidad de abofetearlo; aunque después pensó que ya habría tiempo para ello.

Terminaron el desayuno y Eugène se dirigió hacia ella, la besó en la mejilla y se despidió hasta la cena con la excusa de una intensa jornada de trabajo. En cuanto salió por la puerta, ella se levantó y se acercó a la ventana que daba al jardín principal por donde saldría su marido. Se le quedó mirando hasta que traspasó la verja que daba a

la calle, donde le esperaba el chófer con el motor del coche ya encendido. Cortando los setos estaba Daniel Duval, el nuevo jardinero y antiguo amor, además de miembro de la Resistencia a la luz de los últimos acontecimientos. Decidió que ahora le tocaba ir por él; había muchos asuntos que aclarar.

Bibi, o Iris en este caso, no daba crédito a la reprimenda que estaba recibiendo por parte de sus camaradas de lucha. Ella se estaba dejando el pellejo en la misión que tenían entre manos, pero también era una persona con necesidades y sentimientos y, pese a lo que, al parecer, pensaban sus compañeros, era del todo capaz de separar su vida personal de la misión, aunque, en este caso, las dos coincidieran en la misma persona.

—Ese no es el camino, Iris —intervino Normand en nombre de todo el equipo—, no está permitido implicarse sentimentalmente en una misión.

—Tiene razón y lo sabes —apoyó André—. Todo esto te puede crear grandes complicaciones, aparte, claro está, de que no serás capaz de actuar correctamente en caso de necesidad.

—¿Qué quieres decir exactamente? —se encaró Bibi al inglés.

—No quiero decir nada, al menos nada que tú no sepas. En muchas misiones hay que tomar decisiones que afectan a la vida o a… —hizo una pausa dramática— la muerte.

—¿Acaso crees que no voy a poder tomar la decisión correcta en cuanto llegue el momento? —dijo indignada.

Tanto Adrien como Descartes se encontraban en una posición muy incómoda a juzgar por sus expresiones respectivas. Por el contrario, André estaba perdiendo la paciencia.

—Mira, Iris, tienes que cortar esto por lo sano. ¿Piensas que me voy a creer que si tienes que matarlo llegado el momento, lo harás?,

¿crees que soy imbécil o algo parecido? ¡Venga ya!, no me vengas con historias a estas alturas.

Bibi no supo qué responder. Si tuviera que acabar con la vida de Meyer no dudaría, y no lo haría porque no tenía duda alguna… no lo mataría. Las palabras del teniente inglés la habían herido, pero tenía razón y aunque no lo admitiría ante él, en su fuero interno lo tenía claro: lo quería de verdad. Estaba enamorada como una tonta.

La discusión fue interrumpida por la llegada de un miembro del grupo, Daniel Duval, que bajaba la estrecha escalera del sótano con cierta dificultad por la lesión en la pierna que arrastraba desde la Guerra Civil en España. El excombatiente saludó a todos y percibió con claridad la tensión que había en la oscura y clandestina sala, pero, a pesar de ello, él venía a dar un mensaje y lo haría. Iris no podía apartar los ojos de Daniel. La cojera y la cicatriz de su cara indicaban la dureza de la situación que había vivido en su lucha contra el fascismo. La profundidad de su mirada era otra señal de ello y, de paso, le aportaba un aspecto muy atractivo. Era uno de esos hombres que no estaban dispuestos a desperdiciar palabras. Bibi entendía por qué su amiga lo había amado en su momento y por qué, con toda seguridad, seguía haciéndolo, aunque no quisiera o fuera capaz de reconocerlo.

Tras saludar con una leve inclinación de la cabeza a los asistentes a la reunión, soltó su mensaje.

—Habrá una cena en el Hotel Le Meurice para concretar los aspectos relativos a la recepción del Mariscal Rommel.

—El viernes a las siete de la tarde —completó Iris dejando a todos sorprendidos.

—¿Cómo narices lo sabías? —le inquirió Normand.

—Porque hice mi trabajo —dijo una Iris resentida—. Era mi intención contároslo, pero parece que vosotros estabais más interesados en largarme una buena bronca que en las indagaciones

que he realizado. Por cierto, estoy invitada al evento como acompañante del capitán Meyer.

Esto dejó al grupo estupefacto. Duval miraba con curiosidad a la joven sin llegar a comprender lo que había pasado antes de su llegada. A juzgar por su expresión, parecía divertirse. Descartes decidió intervenir a la vista de los acontecimientos para reconducir la situación y dar, de paso, algo de apoyo a su compañera.

—Gracias, Daniel, por la información que nos traes y que Iris nos hubiera dado de no ser por…, bueno, ya no importa. Esto cambia del todo el devenir de los acontecimientos. Ahora el papel de nuestra camarada se ha convertido en primordial —hizo una pausa el anciano para mirar a cada miembro del grupo, aunque con más probabilidad era para darse un respiro antes de continuar—. Tenemos, más que nunca, que apoyar a Iris en su misión y darle toda nuestra confianza. Espero que estéis de acuerdo conmigo porque va a ser ella —señaló con el dedo a la joven— la que va a estar dentro, en el lugar más caliente de la guerra, en el lugar donde se va a decidir qué va a pasar en los próximos meses, los cuales van a ser cruciales.

Descartes miró a todos, uno por uno, con la intención de arrancarles el compromiso de apoyo a la labor de la joven camarada. Asintieron, aunque al teniente Johnson le costó algo más de trabajo que a los demás.

—Está bien, gracias a todos. Iris, por favor, ve allí y descubre cuándo y dónde será la recepción al Zorro.

—Gracias, Descartes, así lo haré.

19
HOTEL LE MEURICE

Adèle y sus amigas estaban acostumbradas al lujo desde hacía tanto tiempo que no eran capaces de recordar una situación distinta en sus vidas, pero eso no les impidió maravillarse ante la decoración tan exquisita del Hotel Le Meurice, ahora ocupado por los nazis, aficionados como el que más al lujo y la buena vida. Las hicieron pasar a uno de los salones iluminados por unas imponentes lámparas de cristal labrado y vestido por inmensos cortinajes a través de los que asomaban grandes ventanales que daban a la *Rue de Rivoli* y proporcionaban espectaculares vistas de los jardines de las Tullerías. A pesar de la situación, París seguía mostrando su belleza, aunque no con el esplendor de los tiempos de paz. Los parisinos albergaban la esperanza de que su capital volviera a brillar en el mundo como la ciudad de la luz que era.

El coronel Weber no vestía uniforme, sino que lo había sustituido por un elegante traje negro sobre camisa blanca y pajarita a juego. Sonreía a todo el mundo y saludaba efusivamente a todos y cada uno de los asistentes, poniendo especial empeño en las esposas de sus invitados, sobre todo a las que él consideraba bellas y elegantes, siendo propenso al exceso de contacto físico que estas damas a duras penas toleraban.

—Ya faltan pocos invitados —comentó el coronel—. En breve comenzaremos con la cena. Mientras tanto, disfrute de este exclusivo champán, es realmente excelente.

—Gracias, coronel, es usted un gran anfitrión.

—Por favor, Eugène, quedamos en que éramos amigos, ¿no es cierto?

—Por supuesto, y es un honor para mí.

—Y para mí también; por eso mismo, quedamos en que me llamaría Otto.

—Tiene razón, Otto.

—Así está mejor, ¿lo ve? Oh, discúlpeme, acaba de llegar el bueno del capitán Meyer y, por lo visto, me hizo caso y viene acompañado de una bella joven —y tal como lo dijo, abandonó a los Girardon para ser presentado a la compañía del joven y apuesto oficial alemán.

Adèle no podía apartar la vista de la dama que llegaba con el capitán. Era la mismísima Bibi, no lo podía creer. Se excusó ante su marido y se acercó a uno de los ventanales donde conversaban Valérie y Diana con sus cónyuges. Ellas, al verla acercarse, se apartaron de ellos con discreción.

—¿Habéis visto quién ha venido? —dijo Adèle.

Valérie y Diana miraron en derredor hasta que se dieron cuenta.

—¡Madre mía! ¡Cómo lo ha conseguido!

—No lo sé, tendremos que acercarnos a hablar con ella y enterarnos. Y de paso, que nos presente a tan apuesto caballero.

Las dos estuvieron de acuerdo con Adèle, pero decidieron esperar un rato más ya que Bibi estaba siendo abordada descaradamente por el coronel. El oficial alemán que acompañaba a su amiga mantenía una sonrisa forzada e incómoda y no encontraba la forma de cortar a su superior. Adèle decidió que había que echarle una mano, y de paso sacar del apuro al capitán Meyer. Le hizo una seña a Valérie y a Diana, que comprendieron al instante y la siguieron. Se acercaron por detrás rodeando al coronel por ambos flancos.

—Coronel —comenzó Adèle—, no imaginaba en su ejército hubiera oficiales tan atractivos. Nos preguntábamos si usted sería tan amable de presentarnos a tan adorable pareja.

—Por supuesto, señoras, es todo un placer para mí, más aún tratándose de un ejemplo tan claro de nuestra raza aria —comentó con orgullo Weber. Las tres amigas mantuvieron la sonrisa ante tal comentario aunque no sin esfuerzo—. Tengo el honor de presentarles al capitán Meyer de la Wehrmacht.

Meyer, educado, hizo una inclinación ante cada una de las damas que le fueron presentadas, mientras que Bibi las miraba de reojo con el ceño levemente fruncido.

—Permítanme, señoras, presentarles a mi acompañante.

—Mis disculpas, capitán, siento dejarle solo en las presentaciones, me temo que me reclaman los oficiales que acaban de llegar —interrumpió el anfitrión, que con una leve inclinación de cabeza se despidió para, de inmediato, girar sobre sus talones y alejarse, lo que relajó el ambiente al instante.

—Creo que no hace falta, capitán, seguir con las presentaciones —reinició Diana la conversación—. Es, en cualquier caso, un placer conocerle oficialmente ya que, como recordará, nos hemos visto en otras circunstancias —dijo haciendo referencia al día que Meyer apareció con otros oficiales en el Café de Flore e intercambiaron miradas.

—Veo que tiene buena memoria, señora Girardon, yo tampoco olvidé ese encuentro.

—Diana, por favor, una fiesta no es lugar para tanta formalidad —animó la señora Girardon a establecer cierto nivel de confianza.

—Por supuesto, Diana —aceptó el capitán—. Agradecería que se dirigieran a mí como Hans.

A partir de ese momento, ayudados por el champán, el grupo de amigas y el capitán de la Wehrmacht, Hans Meyer, disfrutaron de unos buenos momentos de relax y distensión en en los que hablaron

de temas diversos, evitando los relacionados con la invasión y con la guerra en general. Fuera de todo eso, apreciaron a Hans y él las apreció a ellas. En otras circunstancias, estaba seguro el capitán, serían un grupo de grandes amigos que pasarían las tardes de los domingos tomando café y compartiendo sus historias, sus problemas y sus alegrías. En definitiva, sus vidas.

Un tintineo producido por un tenedor al chocar contra el fino cristal de una estilizada copa de champán recabó la atención de todos los asistentes.

—Damas y caballeros, tengo el placer de comunicarles que la cena está lista. Podemos pasar al salón —dijo con cierta autoridad el coronel Weber.

Tres hombres vestidos de oscuro y tocados con sombrero paseaban por los jardines de las Tullerías, desde donde se apreciaban los ventanales del Hotel Le Meurice y, a través de ellos, gente elegante de lo mejor de la sociedad parisina mezclada con los altos mandos de los invasores nazis. El asco y la indignación que les provocaba aquella estampa eran mayúsculos; sospechaban, sin embargo, que las mujeres infiltradas sufrían una rabia similar, obligadas a ocultarla tras una máscara de cortesía . Adrien era, de los tres, quien mejor conocía a Iris, tanto que sabía su nombre real y estaba seguro de que ella disfrutaría dejando una buena cantidad de explosivos en esa fiesta, para retirarse después a esos mismos jardines por los que ellos paseaban y ver el espectáculo de nazis y colaboracionistas volar por los aires.

—Esperemos que tras la fiesta de hoy tengamos una fecha y un lugar —dijo Normand.

—Es el objetivo del evento, al menos, esa es la información que barajamos —aseveró el teniente inglés.

—No hay duda de ello —concluyó Adrien.

Los tres hombres volvieron al silencio previo a la breve conversación. La incertidumbre en la que vivían les hacía reservados, taciturnos. Aunque no estaban en el frente de batalla, el peligro se cernía sobre ellos a cada momento. Los alemanes siempre vigilantes para descubrir las distintas células de la Resistencia francesa. Cada vez que detenían a un miembro, los nazis se empleaban a fondo en los interrogatorios para llegar al resto de los miembros del grupo. Por eso era importante que hubiera el mínimo número de conexiones entre las distintas células. En cualquier caso, la misión que se les presentaba no carecía de riesgos, más bien iba sobrada. De ahí la importancia del trabajo de las chicas. Si todo marchaba bien, sabrían esta misma noche cuándo llegaría el Zorro a París y cuándo ellos acabarían con él, allanando el camino de los aliados para la invasión.

—Sé que no debemos entrar en el terreno personal pero quería preguntarte, André, si, en caso de que esto salga mal, habrá alguien que sufrirá en Inglaterra.

—Adrien, por favor, las normas son claras —le reprendió Normand.

—Tiene razón, perdona.

—No pasa nada, Adrien, creo que, aparte de normas, a todos nos viene bien hablar de nuestra vida. No creo que sea relevante en un supuesto interrogatorio. Y contestando a tu pregunta, no, no dejo a nadie —se sinceró el teniente Johnson, más conocido como André en París. Mis padres murieron antes del comienzo de la guerra. Tengo un hermano al que no veo desde hace más de nueve años. Eso sí, tengo a mi amigo Colin, un irlandés lleno de pecas y el pelo como el cobre que es como mi hermano, somos inseparables y creo que daríamos la vida el uno por el otro.

—Me refería si hay…

—Te entiendo, Adrien. Hay una chica pero…

Al final, a pesar de las normas, Normand también quedó deseoso de saber.

—Pero —continuó Andy—, me dio calabazas.

La decepción se reflejó en los dos compañeros de fatigas.

—Lo siento, André —se solidarizó Adrien.

—No pasa nada, quizás sea lo mejor. Si consigo regresar a mi país volveré a intentarlo, quiero demasiado a Sandra y creí que ella me quería a mí también.

—Los hombres no tenemos esa habilidad de las mujeres para ver más allá, en lo profundo de las personas, sobre todo de los hombres. Somos más transparentes de lo que creemos.

—Nada que alegar a lo que dices, Normand. ¿Un cigarrillo?

—Gracias, sentará bien.

—¿Adrien?

—No, gracias, no fumo.

Y los tres hombres volvieron de nuevo al silencio entre las sombras que proyectaba la pobre luz de las escasas farolas que permanecían encendidas.

La cena había transcurrido como esperaban, sin temas delicados a tratar. Había imperado la buena educación, habitual entre la alta sociedad o, quizás, la hipocresía. Lo cierto es que las formas fueron las correctas. Adèle tenía el gusto de conocer a muchas de las otras damas que, a diferencia de ellas y sus amigas, sí apoyaban a sus maridos en la misión de hacerse más ricos aún aprovechando las circunstancias de la guerra y la invasión nazi. Decidieron disfrutar de las viandas, variadas y excelentes, que se sirvieron a los invitados en el ágape. El paté era digno de mención, sobre todo acompañado de los vinos del Valle del Ródano por los que se empezó, para luego continuar con borgoñas y burdeos. Sirvieron caracoles con mantequilla y perejil, algo suculento para los franceses pero que a los alemanes presentes les provocaba muecas de asco que eran

incapaces de disimular. Continuaron con una bullabesa típica de Marsella, seguida de una delicada mouclade de Charente compuesta por mejillones bouchot. Como último plato se les obsequió con buey a la borgoñona acompañado de puré gratinado. Pocos pudieron con todo. Adèle y sus amigas no pasaron de probarlo. La tarta normanda de manzana fue bien recibida a pesar de sentirse llenas. En la Francia de las restricciones y el racionamiento, podría considerarse una enorme falta de respeto hacia sus compatriotas nadar en tanta abundancia de comida en una época en que las mujeres llegaban a los límites de la prostitución para poder llevar los alimentos más básicos a la familia. Adèle comió y disfrutó de los manjares, pero ello le dio más fuerzas para luchar y conseguir que algún día los franceses pudieran de nuevo vivir y alimentarse con dignidad y, sobre todo, en libertad.

El coronel Weber volvió a hacer uso de la percusión; golpeó varias veces con una cucharilla sobre la copa de champán recabando la atención de sus invitados.

—Damas y caballeros, espero que la cena haya estado a la altura y hayan disfrutado de ella. En el salón contiguo se servirán unos cócteles para las damas —hizo una pausa el coronel para dedicar una amplia sonrisa a las señoras asistentes—. Por supuesto, todo estará amenizado por una orquesta que tocará piezas que espero que sean del gusto de todas. Mientras tanto, ruego a los caballeros que me acompañen a un salón privado donde tomaremos un magnífico coñac a la vez que tratamos algún tema de poco interés para las damas. Ah, olvidaba decir que estoy en posesión de unos fantásticos habanos que les aseguro que no han sido fáciles de conseguir, pero qué puede haber imposible para el tercer Reich — concluyó con una solemne carcajada que fue segundada tímidamente por los caballeros presentes en el lujoso salón.

Todos se levantaron y las damas salieron hacia el lugar donde el servicio les indicaba. Hans tocó la mano de Bibi, que se volvió hacia él.

—Siento no poder acompañarte y disfrutar de la velada contigo, el deber me llama…

—Lo entiendo, Hans, no te preocupes por mí; estaré bien con mis amigas.

—De acuerdo, Bibi, espero verte después.

—Seguro que sí, anda, vete —se quedó mirándolo mientras caminaba tras los caballeros y se unía al grupo de oficiales alemanes que había asistido al evento.

—Vamos, chicas —les instó Adèle—, justo lo que nos faltaba, perdernos lo más interesante de esta farsa —Valérie y Diana mostraron su acuerdo.

—No creo que os vayáis a perder nada, te enterarás más pronto que tarde, Adèle. Si son ciertas las sospechas, la recepción será pronto y en algún lugar seguro y discreto, apartado de París, pero no muy lejos. Piensa y tú misma llegarás a la conclusión.

Adèle bajó la cabeza, pensativa. Tras unos segundos la volvió a levantar para recorrer a sus amigas y compañeras con la mirada.

—Claro que sí, Bibi, tienes razón, la villa de campo, la que está entre Melun y Fontainebleau, a escasos sesenta kilómetros. En poco más de una hora se llega allí. Realmente no está lejos de París y está rodeada de campo por todos lados por lo que la seguridad está garantizada.

—Pues ya lo tienes, todo cuadra. El coronel Weber no hubiera citado a Eugène a aquella reunión de no tener una idea más o menos clara de qué quería hacer y dónde.

—No nos adelantemos —intervino Diana—, aunque tengas razón, que será lo más probable, seamos cautas y esperemos confirmación. Si es en el lugar que dices —se dirigió esta vez a Adèle—, tu marido te lo dirá, no tendría sentido que tú no lo supieras. Es de suponer que será una recepción al estilo de esta en la que estamos y que las señoras de nuestros traidores maridos estaremos presentes con nuestras mejores joyas, como meros adornos sonrientes.

—Pero no seremos adornos, sino las que acabaremos con este circo y les daremos a esos hijos de mala madre donde más les duela —sentenció Valérie, apretando el tallo de la copa hasta hacer palidecer sus nudillos.

Las demás amigas quedaron algo sorprendidas por la vehemencia con la que Valérie se expresaba, pero no hicieron otra cosa que levantar sus copas y apretar los labios con la determinación de quien sabe cuáles son sus objetivos y que daría su vida por ellos.

—Por Francia libre —dijeron al unísono conteniendo el volumen, no era momento de ser detenidas y fracasar en su misión.

Mientras tanto, los caballeros hablaban, bebían y fumaban en un salón aparte. Weber levantaba su copa para ofrecer un brindis por el acuerdo al que habían llegado.

—Es una noche muy especial para mí, caballeros. Hoy hemos llegado a un importante acuerdo. La recepción del mariscal Rommel tendrá lugar en quince días a partir de este momento en la bonita villa que monsieur Girardon tiene cerca de Fontainebleau. Estoy convencido de que será una velada maravillosa en la que nuestro invitado sentirá cómo valoramos la misión que le ha traído a Francia. Misión que garantizará la seguridad de este país amenazada por el mal. Alemania traerá, tras la guerra, el progreso que esta tierra necesita y se merece. Levanten sus copas por Hitler, por Alemania y por Francia y, por supuesto, por la riqueza que nuestra alianza traerá, especialmente a sus bolsillos.

Las risas de oficiales y colaboracionistas franceses, ya ebrios a estas alturas de la celebración, estallaron en el salón mientras alzaban sus copas con efusión hacia el coronel Otto Weber.

20
LA ESPERA

Habían pasado tres días desde la recepción que el coronel Weber había organizado para preparar la bienvenida a uno de los generales estrella de la Wehrmacht, y Adèle permanecía impaciente a la espera de que su marido se pronunciara sobre la fecha y el lugar, aunque esto último es lo que menos dudas le planteaba. Sería la villa de campo de los Girardon con toda seguridad. Oyó como Eugène salía de su despacho. Portaba una pequeña cartera que usaba habitualmente para llevar documentos de casa a la fábrica y viceversa. Se fijó en que iba arreglado.

—¿Vas a salir otra vez, cariño?

—Sí, me ha llamado Pierre, necesita unos documentos.

—Podría venir alguien por ellos, ¿no?

—Sí, podría —respondió con sequedad y sin mediar más palabra salió de la estancia donde había encontrado a su esposa. Ella se le quedó mirando como abandonaba la sala. Ya ni siquiera mantenía unas mínimas formas hacia ella.

Oyó el rugido del motor del coche de su esposo; se incorporó para asomarse por la ventana. Vio el vehículo abandonar el recinto de la mansión familiar conducido por el chófer. Continuó mirando a través del ventanal, ensimismada, hasta que unos golpes suaves en la puerta entreabierta la sacaron de ese estado. Se giró y lo vio.

—Hola, Adèle.

—Hola, Daniel, pasa —dijo mientras se volvía a girar hacia la cristalera.

—Se ha ido.

—Ya lo sé, acabo de verlo salir.

Daniel se acercó desde atrás y Adèle sintió su aliento cercano, pero no se volvió. Duval le ofreció un cigarrillo que ella aceptó. Se lo llevó a los labios y de inmediato la llama de una cerilla se colocó delante. Ella acercó la cabeza lo suficiente para que el cigarrillo se colocara por encima de la lumbre. Aspiró hondo y unos segundos después exhaló una gran bocanada de humo.

—Es un gran riesgo que estés aquí, Daniel.

—Descartes o Gaspard, da igual, supongo, está al tanto de mi presencia aquí. Tiene al servicio ocupado lejos de esta sala.

—No, no da igual, aquí es Gaspard y punto. No podemos poner en riesgo la operación por un desliz estúpido —lo abroncó Adèle.

—Tienes razón, perdóname —se disculpó el excombatiente de la guerra en España.

—Perdóname tú a mí, no es mi mejor día —se giró y lo encaró—. Esta tensión sin saber nada aún de la supuesta recepción…

—No debes preocuparte, lo sabrás cuando llegue el momento y, eso será solo unos días antes. Piensa que deben estar tomando todas las precauciones del mundo.

—Sí, eso lo entiendo, pero de esta forma no nos dará tiempo a preparar nada.

—Por eso, Adèle, por eso mismo.

—Entiendo —dijo y se volvió de nuevo al ventanal, pensativa—. En ese caso no sé cómo lo vamos a organizar.

—Por eso estoy aquí —la agarró de los hombros con suavidad pero con la suficiente firmeza para que se diera de nuevo la vuelta. Necesitaba mirarla a los ojos. Adèle cedió—. Tú conoces bien la villa

de campo de los Girardon, tienes que ayudarnos a organizarlo todo. Hay que hacer un plano lo más aproximado posible y reunirnos en el *atelier* de Normand.

—Contad con ello, me pondré a trabajar en algunos bocetos y los afinaré todo lo posible —aceptó Adèle manteniendo la mirada de Daniel, el cual comenzó a acercarse y ella adivinó sus intenciones. Cerró los ojos y se preparó para sentir el beso de Daniel. Casi al instante notó los labios cálidos y húmedos de su antiguo amor. Ninguno pudo resistirse más y ambos terminaron en una vorágine de besos con sus cuerpos abrazados en estrecho contacto.

De repente, Adèle paró.

—¿Qué pasará si viene mi marido?

—¿Recuerdas que te dije que Gaspard tendría al servicio ocupado lejos de aquí?

—Sí, pero…

—También sabe lo que debe hacer en caso de que a *monsieur* Girardon le dé por tardar menos de lo previsto. Confía en mí.

Adèle sonrió, lo agarró de la mano y lo arrastró hasta una habitación de invitados que había en ese ala de la casa, alejada, tal y como Duval había dicho, del personal de servicio. Una vez llegaron, cerraron la puerta a sus espaldas y no pudieron aguantar hasta llegar a la cama. Se besaban con desenfreno y se atropellaban en su camino al lecho donde se entregarían como no lo habían hecho en años, y como si ese fuera el último día de sus vidas, lo cual no era descartable en medio de aquella barbarie. Disfrutaron el uno del otro, con los ojos cerrados, situándose en otra época en la que solo eran ellos dos para sí mismos, sin Guerra Civil, sin comunistas ni fascistas y sin invasores nazis. Solo dos jóvenes que se profesaban el mayor amor que jamás hubiera existido. Hasta que una campanilla comenzó a sonar con intensidad.

—Gaspard, ¿por qué montas tanto escándalo con la campanilla? Ni que nos estuvieran bombardeando.

—Oh, mis disculpas, *monsieur* Girardon, estaba haciendo una llamada para reunir al servicio, hay algunas cosillas que tengo que recriminarles.

—Siempre tan abnegado en su trabajo, Gaspard. Prosiga entonces.

—Perdón, *monsieur* —volvió a recabar la atención del señor para asegurarse de que Adèle y Daniel, en caso de que hubieran llegado a mayores, tuvieran tiempo de reaccionar y no estar en situación sospechosa alguna. —¿Le importaría si me ausento un par de horas esta tarde?

La petición retuvo de nuevo a Eugène que no estaba acostumbrado a que su mayordomo le hiciera esas solicitudes en su horario de trabajo.

—¿Tiene algún problema, Gaspard?

—Oh, señor, no es nada grave, tendría que pasar por el doctor para que me viera una pequeña dolencia sin importancia pero que me produce bastantes molestias, no pudiendo desarrollar mi trabajo con la soltura acostumbrada. Por eso… —paró el relato al ver a monsieur Girardon con la mano levantada a modo de orden para que se detuviera de una vez.

—De acuerdo, Gaspard, no es necesario que me cuente toda su vida. Además, lo voy a necesitar en pleno estado de salud, ya que el próximo sábado vamos a dar una recepción y, por supuesto, no confío en nadie más que en usted.

—Por supuesto, *monsieur*, cuente conmigo para todo lo que necesite. Lo haré gustoso —decía Gaspard mirando de reojo al ventanal de la sala de lectura que daba al jardín y viendo a la señora Girardon asomarse de nuevo y, cómplice, guiñarle un ojo.

21
EL PLAN

De nuevo se presentaba una tarde fría y lluviosa. Las nubes que cubrían París adelantaban la oscuridad ocultando el débil sol, incapaz de superar el dramático gris del cielo. Adèle y Daniel habían llegado por separado al *atelier* de la *Rue Berthe.* Por la escalera que accedía hasta el sótano ascendía el calor del fuego que reinaba en la chimenea del fondo de la estancia y que producía una agradable y acogedora sensación. Adèle saludó mientras se despojaba del abrigo, la bufanda y el sombrero. Solo Normand y el inglés estaban allí, sentados y fumando un cigarro acompañado de lo que parecía un coñac por el color y la forma de la copa. El ambiente era relajado a pesar de los que se preparaba allí o, al menos, en apariencia.

—Buenas tardes, Adèle —dio la bienvenida el dueño del local.

—Me alegro de verte, compañera —saludó André.

—Gracias, también me alegro de estar aquí con vosotros. ¿Esperamos a alguien más aparte de Daniel?

—Un par de compañeras más que serán de gran ayuda y apoyo en la operación.

No concluyó la frase cuando Adèle vio las piernas regordetas de dos mujeres que descendían hacia el sótano. Aparecieron dos señoras que podrían rondar los setenta años y con un aspecto de lo más inofensivo. Normand se levantó para recibirlas y presentarles a los allí reunidos.

—Madame Laurent, madame Bonnet, estos son nuestros colaboradores: André y Amarilis. —El sobrenombre sorprendió a Adèle, que se le escapó un leve gesto interrogante que no pasó desapercibido por las dos señoras recién incorporadas a la reunión, pero que fue olvidado de inmediato ante el sonido de pasos que descendían de nuevo por la escalera. Adèle reconoció los zapatos de Iris y su estilo al andar. Normand le dio la bienvenida y pasó a las presentaciones.

—Encantada de conocerte, Iris —dijo con amabilidad la señora Bonnet—, aunque debo indicar que veo mucha afición a los nombres de flores.

Bibi las saludó con educación, pero no consiguió dejar de fruncir el ceño ante el comentario de las flores y se sentó junto a Adèle.

—No te preocupes, ya te lo explicaré. Por cierto, soy Amarilis.

—¿Pero esas no son esas flores rojas que tienes en tu jardín? —preguntó Bibi.

—Ya sabes que no tengo idea alguna de jardinería. Se lo preguntaré a Daniel cuando aparezca.

—Dudo que lo sepa, aunque hay que reconocer que cuida bien de las plantas.

—Tampoco tiene tanto que hacer en pleno otoño aparte de limpiar las hojas. Espero que esto termine antes de primavera porque no sé cómo va a arreglárselas.

—Hablando del rey de Roma… —soltó la recién renombrada Amarilis al ver aparecer al supuesto jardinero.

De nuevo Normand tuvo que iniciar el protocolo de las presentaciones. Tras ello, dio comienzo la reunión clandestina.

—Imagino que todos os preguntaréis qué hacen aquí la señora Laurent y la señora Bonnet —comenzó el propietario del *atelier*—. Ellas regentan una escuela de hostelería donde se forman camareros de los mejores restaurantes y reputados cafés de París, y ni que

decir tiene que son unas valiosas colaboradoras de nuestro grupo, es decir, afines a nuestra causa y con motivos para ello, ¿verdad, señoras?

—Verdad —respondieron enigmáticas.

—El mismísimo Otto Weber —continuó Normand—, ha pedido, más bien ordenado, que forme a un grupo de soldados a la máxima velocidad para poder atender en la recepción del próximo sábado. Esos soldados solo llevan una semana formándose pero lo más importante para Weber será la seguridad, no la profesionalidad en hostelería.

—Pero… eso nos deja muy poco margen para interferir.

—Así es, Amarilis, así es. Nuestra mejor baza era introducir camareros afines a nuestra causa, pero tendremos que pensar en otra solución.

—Si me permiten… —interrumpió la señora Bonnet—, cuando Weber se puso en contacto con nosotros para la formación de su personal, le dejé caer la idea de que, si quería que todo saliera bien, sería convenientes que entre el servicio hubiera personal nuestro para que sirviera de control y guía en el trabajo de los soldados alemanes reconvertidos en camareros.

—Esa es la oportunidad de colarnos en la villa —lo vio claro André—, debe usted, *madame*, conseguir que Weber acepte esa parte.

—No se preocupe. —Fue ahora *madame* Laurent quien intervino —. Cuando ese coronel nazi vea cómo trabajan sus hombres llevando bandejas con copas servidas de champán, le aseguro que él mismo nos lo suplicará.

Todos rieron ante la ocurrencia y naturalidad de la señora Laurent, cuyo comentario tranquilizó a los miembros de aquel grupo clandestino.

—Pues en ese caso, señoras —intervino Normand—, les agradezco muchísimo que hayan venido hasta aquí para darnos esos

detalles tan importantes.

—Siempre es un honor poder ayudar a erradicar a estas ratas invasoras —soltó *madame* Bonnet mientras se levantaban y se retiraban, sabiendo que lo que se fuera a hablar era mejor que continuara en el desconocimiento de ellas, por su seguridad y por la de todos.

Los asistentes se levantaron para despedir a tan singulares señoras. Estaban seguros de que cualquiera que las viera pasear por las calles de París, incluidos los soldados alemanes, jamás sospecharían que se trataba de dos activistas de la Resistencia francesa; más bien se acordarían de sus abuelas con enternecedor sentimiento. Nunca las apariencias engañaron mejor.

—Me he quedado del todo intrigada cuando dijiste, Normand, eso de que eran afines a la causa y con motivos.

—Cierto, Amarilis, cierto —aseveró el anfitrión del local—. *Monsieur* Laurent y *monsieur* Bonnet eran miembros del Partido Comunista Francés desde su fundación en 1920. Fueron de los primeros en ser detenidos y ejecutados por los nazis. Parece que algunos colaboracionistas que querían congraciarse rápidamente con los invasores dieron sus nombres. Sus esposas se libraron por poco de ser también ejecutadas; según un contacto de la prisión, los maridos declararon en los duros interrogatorios que eran miembros pero que mantenían el secreto ante sus esposas. Por los resultados, debieron quedar mínimamente convencidos o, al menos, lo suficiente para perder interés en ellas. Y por si fuera poco, un hijo de los Bonnet murió en el frente y el otro desapareció tras la detención de su padre. Sabemos que está bien, por si os tranquiliza. Los Laurent, por otro lado, no tenían descendencia.

Todos quedaron en silencio, digiriendo la explicación de Normand, hasta que Daniel cortó el momento de reflexión.

—Visto lo visto, es bastante probable que podamos infiltrarnos como sirvientes en la recepción. Así que sería bueno que comencemos a practicar con bandejas repletas de copas llenas.

—Perdona, Daniel —cortó André—, no creo que debas ser tú uno de los que participen desde dentro.

—¿Por qué narices no? —se revolvió enfadado el excombatiente.

—Por favor, Daniel, ¿tengo que explicarte que tú también eres miembro del partido comunista? Y si estás ahora aquí es porque, desde que desapareciste en España, los nazis te han dado por muerto. Pero aparecer de repente podría dar al traste con toda la operación.

Duval no tuvo más remedio que admitir que el teniente Johnson tenía razón, por más que quisiera participar en esa gran operación que no solo sería un gran golpe contra los nazis, sino que facilitaría la invasión aliada que liberaría Francia y, de paso, Europa del yugo del fascismo.

—Por cierto, compañeros —cambió de tercio Bibi—, me extraña no ver a Gaspard por aquí.

—Ni lo verás —intervino la recién apodada Amarilis—. Mi querido esposo le ha encargado la organización de la recepción del sábado, lo que es un punto a nuestro favor, pero, como comprenderéis, las medidas de seguridad son tan grandes que siempre hay alguien en cada esquina vigilando sus movimientos.

—¿Puede que sospechen algo de él? —fue el turno ahora del cabecilla del grupo.

—No, Normand, estate tranquilo; si fuera así no le hubieran encargado la tarea de organizarlo algo tan delicado —dijo Adèle—. Entiendo que la seguridad es primordial y no quieren dejar cabo suelto.

—Gracias, eso espero. Aunque, por otro lado, me está pareciendo todo demasiado fácil.

—¿Te parece fácil?, ¿de verdad? —dijo algo asombrado el teniente inglés.

—No, André, quizás me he expresado mal. No es fácil, pero todo está saliendo tal y como lo vamos planeando. Sé que en algún momento se torcerá todo y tendremos que reaccionar y, entonces, esperemos que demos con las soluciones adecuadas.

Todos asintieron, pensativos.

Normand retomó el tema que les había llevado hasta allí: el atentado contra Rommel y, de paso, algunos gerifaltes más caerían. Dos pájaros o más de un tiro, y menudos pájaros. Se dispuso a detallar el plan.

—Bien, compañeros, entendemos, por la información que vamos teniendo, que previamente habrá una recepción donde circularán canapés y bebidas variados. Los asistentes permanecerán de pie, aunque habrá sillas y sillones repartidos por la estancia para aquellos que pudieran necesitar un descanso.

—Así es —corroboró Amarilis.

—Ya sabemos que no habrá cena con menú oficial, como dije antes, solo canapés, aunque serán en abundancia. En este punto, nuestras compañeras —dirigió Normand la mirada a Bibi y Adèle— conversarán con todos los invitados, sin distinción de nacionalidad. Debéis parecer que estáis disfrutando de la velada, incluso ante vuestros maridos, los cuales deben sentirse ese día orgullosos de vosotras.

—Se lo haré saber a Valérie y a Diana.

—Gracias, Amarilis —ya se acostumbraba Adèle a aquel apodo que, de hecho, le gustaba—. Entendemos que al final del ágape serán los hombres y solo los hombres los que tengan que tratar el tema que los habrá llevado hasta allí, por lo que las mujeres e invitados de relleno se quedarán fuera de esa supuesta reunión. Por supuesto, los señores esposos de nuestras compañeras no son de relleno en absoluto. Ellos, como importantes empresarios y, lo más importante, forrados de dinero —en este punto Normand dirigió una mirada de disculpa a Adèle, que asintió relevándolo de toda culpa—,

tendrán un papel esencial en todo esto, ya que el punto principal del encuentro será la recaudación de fondos necesarios para el reforzamiento de la costa norte, ya que por allí se sospecha que podría venir una invasión aliada. Tiene lógica. En los planos que la compañera Amarilis ha hecho de la villa sabemos que hay un sótano que ocupa casi la mitad de la planta de la construcción y, por suerte para nosotros, está bajo la gran biblioteca, que es el espacio que usarán por ser el único que tiene las características adecuadas de espacio y asientos, además de intimidad. Pues, como iréis deduciendo, bajo la biblioteca colocaremos suficiente explosivo para volar ese ala, calculando que no afecte, o al menos lo haga mínimamente, a la zona de celebración del cóctel. En el peor de los casos, calculamos que alguien podrá salir herido sin gravedad.

—Normand, yo tengo una pregunta.

—¿Sí, Amarilis?

—Deduzco que vamos a ejecutar incluso a nuestros cónyuges, lo que no estoy dispuesta a tolerar y creo que mis amigas tampoco.

—Disculpa, me falta comentar algunos detalles que incluyen la salvación de sus cónyuges. Ustedes, por algo que hayan bebido o tomado en mal estado, tendrán que retirarse de la fiesta y daremos aviso a los señores maridos para que atiendan a sus queridas esposas, lo cual harán; no les quedará más remedio que ausentarse al menos quince o veinte minutos para interesarse por ustedes tres y organizar vuestra vuelta a casa. Ese tiempo será más que suficiente para reventar la biblioteca con todos los que haya dentro. Ustedes estarán en el porche tomando el aire, así que no les afectará la explosión.

—Creo que va a ser muy sospechoso que solo las tres esposas de los empresarios allí reunidos terminen intoxicadas por la comida.

—En efecto, Bibi. De hecho, ellas solo lo fingirán, pero otras damas de aquellos invitados de relleno que os hablaba antes sí que sufrirán las consecuencias de alimentos en mal estado ya que serán,

gracias a nuestro personal, levemente... cómo decirlo… intoxicadas adrede.

—Veo que lo tienes todo pensado, Normand —intervino Daniel Duval—, o eso espero, porque no has hablado de cómo vamos a situar, bajo tanta vigilancia, la cantidad de explosivos necesaria para conseguir nuestro objetivo.

—Bien, ese es un asunto que está a cargo de las inocentes señoras Laurent y Bonnet y sus camareros infiltrados, pero que, por la seguridad de la operación, mejor me reservo esa información. Es crucial que esa parte del plan no corra riesgo alguno.

—De acuerdo, me parece lo más correcto.

—Gracias, Daniel.

—Pues con esto queda concluida la reunión de hoy a la espera de que todo vaya según lo previsto. Si tanto Amarilis como Descartes detectáis algún problema desde vuestra cercanía a la organización, pasaréis la información a nuestro jardinero, *monsieur* Duval, que servirá de enlace con André en el café habitual. ¿Estamos todos de acuerdo?

Antes de responder a la pregunta del jefe del grupo, Adèle quiso resolver una duda.

—Normand, disculpe de nuevo; en lo referente a mi nuevo apodo —y conste que me gusta—, ¿por qué amarilis? ¿Por qué esa flor?. Parece un nombre demasiado delicado para lo que vamos a hacer

Normand la observó en silencio un instante, como si estuviera evaluando la verdadera resistencia de la mujer que tenía ante sí. Luego, esbozó un sonrisa casi imperceptible.

— No se equivoque, *madame*. La amarilis es una flor que engaña. Son duras, orgullosas y florecen cuando el frío todavía muerde. Usted va a necesitar esa misma dureza.

La señora Girardon sonrió satisfecha. Y volviendo a la cuestión pendiente, todos asintieron y Normand los despidió exclamando:

—¡Por Francia!

—¡Por Francia! —gritaron al unísono.

22
LA ÚLTIMA SEMANA

Adèle entró en su alcoba para recoger el libro que había estado leyendo la noche anterior hasta que el sueño pudo con ella. Una vez lo tuvo en su mano, se dirigió al salón de lectura donde, como siempre a esa hora de la tarde, se sentaría a tomar un buen *café au lait* mientras retomaba la lectura por donde la dejó antes de caer en los cálidos brazos de Morfeo. Pero, a medida que se acercaba a la estancia, le pareció escuchar una conversación, aunque ininteligible a esa distancia; no obstante, se acercó aún más y el olor a cigarro puro le confirmó que había alguien ocupando su refugio de paz y lectura. A pesar de las claras señales, Adèle decidió entrar y satisfacer su curiosidad. La sorpresa la hizo arrepentirse nada más puso un pie en el umbral de la sala.

—Oh, querida, pasa —ofreció Eugène, que sostenía el puro en la mano derecha mientras que la con la otra asía un copa del mejor coñac—. Mira quién nos honra con su visita.

—Es un placer volverla a ver de nuevo, *madame* —dijo Otto Weber luciendo una amplia sonrisa que a Adèle le pareció más bien diabólica—. Espero no importunarla con mi visita.

La señora Girardon, haciendo un esfuerzo titánico que esperaba no se le notara, le devolvió la sonrisa y se dirigió a él con la mayor amabilidad de la que fue capaz de hacer acopio.

—No diga eso, por Dios, usted no nos importuna; todo lo contrario, no se me ocurre mejor visita que la suya, coronel Weber.

—Siempre tan amable —le correspondió atento el militar—. Me pregunto si desea unirse a nuestra agradable reunión.

Adèle no sabía cómo escapar de allí pero, tras mirar de disimuladamente a su marido y ver el casi inapreciable gesto que le hizo para que saliera de la sala, no tuvo más remedio que inventar a la máxima velocidad una excusa válida que no ofendiera al maldito coronel.

—No quisiera interrumpir una importante conversación entre dos caballeros. No sé lo que una dama podría aportar a ella. Ya sabe, los intereses de las mujeres van poco más allá de la moda y de las cuestiones domésticas —soltó a bocajarro a sabiendas de que le sentaría bastante mal el sarcasmo a su marido. No tuvo ni que volverlo a mirar; estaba segura que se estaría retorciendo en su sillón.

—Es un placer oírla decir eso; siempre es reconfortante encontrar señoras que saben cuál debe ser su papel con arreglo a la inteligencia que tienen, claro está, normalmente por debajo del hombre.

—No lo podría haber expresado mejor, coronel, por lo que comprenderá que los deje a solas.

—Por supuesto, *madame* Girardon —dijo comprensivo Weber—. Seguiremos su esposo y yo departiendo sobre asuntos importantes, pero antes déjeme expresarle lo satisfechos que nos sentimos en el alto mando nazi con la labor de *monsieur* Girardon. ¿Sabía usted que gracias a las municiones que fabrican en el grupo de empresas de su marido tenemos a raya a los enemigos del *Tercer Reich?* Imagino que se sentirá orgullosa.

—¡Cómo no!, coronel Weber, siempre será un orgullo que con el trabajo de mi marido mueran cientos, si no miles, de compatriotas franceses que no entienden las bondades del régimen nazi.

—¡Qué orgulloso se debe sentir usted, Eugène! No todo el mundo puede tener a semejante dama a su lado.

—Ni que lo diga, Otto —le dio la razón al coronel mientras dirigía una mirada asesina de soslayo a su esposa—, qué más le puedo pedir a la vida.

—Brindemos por ello.

Levantaron sus copas hacia Adèle y bebieron.

Cuando salió de la estancia, la señora Girardon estaba encendida de los nervios. Una vez cerró la puerta tras ella, resopló con fuerza y lanzó el libro contra el suelo. Corrió a su habitación y se tiró de bruces en la cama. Soltó su profunda rabia llorando. Lloró más de lo que recordaba haberlo hecho en toda su vida, hasta que la extenuación la sumergió en un profundo e inquieto sueño.

No supo cuánto tiempo había estado durmiendo cuando sintió que la despertaban con brusquedad. No era capaz de reaccionar, ni siquiera de saber qué estaba pasando y quién la zamarreaba tan bruscamente. Una vez que se incorporó a medias y vio que quien estaba ante ella era su propio marido, no dio crédito a lo que pasaba ni a la sucesión de bofetadas que vinieron a continuación. De ahí, el señor Girardon pasó a golpearla sin piedad: puñetazos y patadas. Por suerte para Adèle, no usó objeto contundente alguno porque, de haber sido así, con seguridad no viviría para contarlo. Cuando su esposo se desahogó con toda la violencia de la que fue capaz, Adèle quedó tirada en el suelo, exhausta, dolorida, sangrando por boca y nariz. No tenía ni un ápice de fuerza para levantarse, ni para pedir ayuda. Pero notó que la invadía una determinación tan fuerte que nada ni nadie la pararía: pero, por ahora, se la guardaría para ella misma, no para Adèle sino para Amarilis.

23
UN INESPERADO CONTRATIEMPO

Eugène Girardon no había salido de casa, como habitualmente hacía, para ir a la fábrica de su propiedad, sino que se encontraba en su despacho ultimando algunos detalles de la recepción del próximo sábado por la noche —es decir, en dos días—, cuando el sonido de su teléfono lo sacó de golpe de su concentración. Lo cogió, escuchó con atención, asintió varias veces con el semblante cada vez más serio, colgó, recogió los papeles sobre los que trabajaba y los metió bajo llave en el cajón inferior de su escritorio. Salió de manera precipitada. Ni siquiera avisó al chófer para que dispusiera el vehículo, sino que él mismo se sentó al volante, arrancó y partió a toda prisa.

Adèle se sobresaltó al oír las ruedas del coche de Eugène patinar sobre la gravilla del camino y se asomó rauda a la ventana que daba al jardín por el cual el vehículo salió a toda velocidad hacia la calle. Se percató de que tanto Daniel como Gaspard estaban atónitos observando la escena. Por sus caras, ellos tampoco tenían idea alguna de la razón por la que *monsieur* Girardon abandonaba la mansión con tanta precipitación. Pero Adèle vio algo más. De entre los árboles apareció la figura de un hombre alto y joven, el cual, estaba claro que permanecía a la espera de que Eugène saliera hacia dondequiera que fuese. Eso le extrañó aún más, sobre todo cuando reconoció al joven intruso. Era Adrien. Empezó a preocuparse; no era en absoluto normal que alguien de su grupo de Resistencia apareciera por allí, de incógnito.

Adrien se acercó a Daniel Duval, que lo agarró del brazo y se lo llevó a una zona algo más reservada entre los arbustos de mayor tamaño. Otra figura más se acercaba a la pareja: era Gaspard. Tras un intercambio de palabras entre los tres hombres, la voz cantante la llevó Adrien mientras que los otros dos se limitaban a asentir con gesto grave. Adèle no se lo pensó más: a pesar de que aún nadie la había visto con las heridas que el salvaje de su marido le había infligido, arrojó el libro que estaba leyendo sobre el butacón y salió con decisión al encuentro de los tres hombres. Segundos después se unió al grupo.

—¿Se puede saber qué pasa? —les inquirió la señora de la casa.

Los tres se quedaron estupefactos al verle el rostro magullado.

—¿Qué te ha pasado, Adèle? —preguntó Duval más que preocupado, escandalizado.

—Ya te lo explicaré, pero sospecho que se cuece algo más urgente o grave por lo que se puede ver por aquí.

—Perdona, Amarilis, por presentarme de esta forma tan inesperada —dijo Adrien.

—Ha pasado algo muy grave —interrumpió Daniel admitiendo el argumento de Adèle. Ya le explicaría más adelante y, lo tenía claro, alguien tendría que pagar por lo que le había hecho a la persona que más había querido en toda su vida—. Adrien nos estaba informando de que los alemanes han detectado a dos camareros al servicio de *madame* Laurent y *madame* Bonnet que portaban material explosivo a escondidas.

—¡Oh, no! —exclamó Adèle tapándose la boca con ambas manos, aterrada—; la operación se va al traste. Pobres hombres, ¿qué ha pasado con ellos?

—Ejecutados al instante —informó Daniel—, y las señoras Laurent y Bonnet detenidas, así como el resto de camareros a su servicio. Solo hará esa labor el personal militar aprobado directamente por el coronel Weber. Lo malo para él es que ahora no

tiene suficiente personal preparado para la recepción, que es en dos días y, por supuesto, carece de margen para instruir convenientemente a nuevos empleados con tan poca antelación.

—Entonces eso explica el porqué Eugène ha salido de forma urgente de casa, hasta el punto de conducir él mismo el coche. Debe haberlo llamado el mismísimo coronel.

—Esto tiene lógica, por lo que entiendo que tardará —dijo Gaspard.

—Eso es cierto, Descartes, por lo tanto, ¿qué os parece si pasamos y lo tratamos en un ambiente más íntimo, fuera de las miradas del resto del servicio?

—Secundo la idea, Amarilis.

—Gracias, Gaspard, perdón, Descartes. Pasemos sin más dilación.

Una vez dentro de la mansión, más concretamente en la sala de lectura donde solo minutos antes Adèle tomaba café mientras leía, aunque solo fuera para no estar a la vista del servicio y que no se fijaran en las heridas que aún eran visibles en su rostro.

—No necesariamente tenemos que dar por perdida la operación —intervino de nuevo Adrien—, por eso estoy aquí. Normand y André han pensado que, como último recurso, debemos introducir a Daniel.

—¡Eso es una locura! ¡Cómo lo vamos a infiltrar con el currículum que tiene!

—No, no, Adèle, piénsalo bien: Daniel lleva fuera de juego muchos años, desde que se fue a España. Además, se le dio por desaparecido. El mando alemán no es siquiera consciente de su existencia.

—De acuerdo, supongamos que es así. ¿Ahora cómo lo hacemos para que lo acepten? En estos momentos, Weber no se fiará de nadie.

—Nada más que de ti, Adèle.

—¿Qué quieres decir con eso, Daniel? ¿Qué pinto yo en esto si no tengo ni la confianza de mi marido?

—Pero eso no lo sabe Weber.

—Sigo sin entenderte.

—Sabemos a qué horas sale y entra del cuartel general y que el coronel gusta de comer en los mejores restaurantes. Solo tenemos que saber dónde almorzará hoy y, ¡oh!, ¡qué casualidad!, tú comerás en el mismo lugar con tus amigas, todas vosotras, mujeres de famosos empresarios colaboracionistas. Si jugáis bien vuestras cartas, no me cabe duda de que os invitará a comer con él y otros dos altos mandos de los que se suele acompañar. Otto Weber tiene una gran afición: hablar de sí mismo y de sus logros. No tendrás ningún problema en llevar la conversación donde tú quieras. En cuanto le saques las dificultades que tienen para encontrar personal de confianza en los últimos momentos previos a la gran recepción, tú solo tienes que darle la solución. Pensándolo bien, no tienes por qué sonsacarle nada, ya que hace solo unos momentos ha hablado con *monsieur* Girardon y entendemos que le ha contado su gran problema de personal y, por supuesto, tú eres su amada esposa, por lo que no es raro que antes de salir te hubiese puesto al día de tal circunstancia.

—¿Y la solución es…?

—Propondrás que se encargue de todo nuestro eficiente mayordomo, *monsieur* Gaspard, hombre venerable, trabajador, serio y de confianza probada durante muchos años bajo las órdenes de su socio y amigo Eugène Girardon. Y entre el personal seleccionado estaré yo, con otro nombre, claro está.

—No sé, me parece una locura.

—No, Amarilis, puede funcionar —intervino Adrien.

Mientras tanto, Descartes estaba en silencio, pensativo. Todos callaron y se volvieron hacia él, que a su vez miró a todos y cada uno de sus compañeros de Resistencia.

—Contad conmigo.

—Ni hablar —saltó Amarilis—. No permitiré que corras riesgo alguno.

—Amarilis —comenzó con tranquilidad—, soy mayor, bastante; estoy en la Resistencia y daría mi vida sin dudar por salvar nuestra patria de estos condenados nazis. No dejo viuda ni hijos, creo que soy el indicado. Además, no veo riesgo en esto. Así que, por favor, dejadme hacer mi papel y servir a la Resistencia y a Francia.

Todos mantuvieron unos segundos de silencio tras el alegato del mayordomo y miembro de la Resistencia para finalmente asentir.

—Perfecto —cortó Daniel de raíz—; iniciemos la operación. Adrien, comunícaselo a Normand y colocad personal cerca del cuartel general, necesitamos saber a qué restaurante se dirige. Por otro lado, Adèle, llama a tus amigas y vístete para la ocasión, Os quiero en movimiento en menos de una hora y a la una de la tarde cerca del Hotel Le Meurice.

—Entendido —dijo Amarilis poniéndose en marcha.

24
ENCUENTRO FORZADO

Normand, André y tres compañeros más vigilaban el entorno del Hotel Le Meurice, lugar que parecía un hervidero de nazis entrando y saliendo. A menos de cinco minutos andando de este lugar se encontraba un vehículo negro, elegante, con cuatro mujeres. De los cinco integrantes del grupo de hombres; dos, Normand y el teniente inglés, paseaban como si tal cosa por los jardines aprovechando los rayos de sol que escapaban entre las nubes que cubrían parcialmente París, haciendo que las bajas temperaturas fueran casi soportables. Tenían la esperanza de que el coronel, como siempre, abandonara el cuartel general para disfrutar de los mejores restaurantes de la capital francesa y, por consiguiente, según el mismísimo Weber, de toda Europa.

André le dio un leve toque con el codo a su compañero, el cual dirigió con disimulo su mirada a la puerta principal del Hotel Le Meurice para ver cómo salía Eugène Girardon. Entendieron que la reunión con el coronel había concluido, por lo que esperaban la pronta aparición de Weber, máxime cuando observaron el coche oficial con los emblemas nazis, banderines incluidos, con el chófer en alerta para recibir a su jefe y llevarlo adonde se le antojara.

No se equivocaron; solo siete minutos después, envuelto en un abrigo negro y con la gorra de plato bien calada, el coronel Otto Weber traspasaba el umbral y cruzaba la acera para introducirse en el coche oficial. Lo acompañaban otros dos oficiales, uno de ellos era el capitán Meyer. André y Normand se miraron y asientieron.

—Buena señal, parece que conecta bien con Iris.

André asintió.

—¿Por qué se bajan? —preguntó atónito Normand.

—Ni idea, solo se me ocurre que el restaurante esté tan cerca que no merezca la pena ir en coche —pensó en voz alta el teniente inglés—. Supongo que también necesita estirar las piernas, pero apuesto a que vuelve en coche, le pesará tener el estómago lleno y las copas de más —Ambos rieron.

—¡Claro! Tienes toda la razón —lo miró fijamente Normand—, restaurante de gran calidad y a solo ocho minutos andando, Maxim's, sin duda.

Normand hizo una señal y se acercó uno de los motoristas.

—Maxim's, compruébalo.

El motorista asintió y arrancó sin mediar más palabra. No transcurrieron ni quince minutos cuando pasó a toda velocidad haciendo un claro asentimiento con la cabeza. Por su derecha se acercaba el vehículo con las chicas, que apenas paró lo suficiente para oír de boca de André el nombre del célebre establecimiento.

Minutos después, Adèle, Valérie, Diana y Bibi salieron del vehículo justo en la puerta del afamado restaurante, a sabiendas de que no tenían reserva. La fachada, símbolo del *Art Nouveau,* destacaba en la *rue Royale*, entre la plaza de la Concordia y la *Madeleine*, con el predominio de las líneas curvas y formas sensuales en detrimento de las rectas. En cuanto traspasaron el umbral fueron recibidas por *monsieur* Bernard que las miraba perplejo, sin saber cómo recibir a las distinguidas y conocidas damas de la alta sociedad sin reserva y con el restaurante hasta los topes. A pesar de los problemas de la guerra, los ricos seguían disfrutando de la vida, sobre todo los que habían hecho tratos favorables con los invasores.

—Oh, *madame* Girardon, siempre es un placer verla por aquí, pe…, pero, me temo —tartamudeaba el encargado— que no han reservado y…

—Está bien, *monsieur*, no se preocupe, solo nos hemos pasado por si por un casual hubiera una mesa libre —le contaba Adèle mientras barría el local con la mirada en busca del coronel, el cual vio con tres oficiales más en una zona del restaurante que le proporcionaba una perfecta coartada para lo que iba a hacer—, ha sido culpa nuestra, le pido perdón.

—No, ¡por Dios!, soy yo quien se lo pide. Siento de veras no tener sitio.

—No se preocupe, nos vamos enseguida, pero antes le ruego que nos deje entrar al tocador un momento, ya sabe, cosas de mujeres.

—Faltaría más, por favor, siéntanse como en su casa.

—Muy amable, *monsieur* Bernard.

Sin más dilación y con la ruta precalculada se dirigieron al tocador pasando junto a la mesa donde se encontraba Otto Weber y sus tres acompañantes, dándose cuenta de que uno de aquellos oficiales era el ya de sobra conocido capitán Meyer. El supuesto encuentro casual dio sus frutos: el mismísimo coronel se percató de la presencia de las damas y, de inmediato, se levantó de la silla y con él los otros oficiales para saludarlas con la debida cortesía y educación, poniendo especial interés en *madame* Girardon. Meyer, que se mantenía en pie, no se atrevía a interrumpir a su coronel, pero eso no le impedía mirar a Bibi con una sonrisa contenida, aunque con un brillo especial en la mirada. Bibi conectaba con él de la misma forma.

—¡Oh, qué gran sorpresa! —dijo Weber haciendo una reverencia ante Adèle—, es usted un soplo de aire fresco en un día algo más complicado y difícil de lo habitual. Estoy seguro de que afrontaré la tarde con otro ánimo después de haberla visto.

—¡Por Dios!, coronel, es usted todo un zalamero —dijo Adèle picarona.

—No exagero, *madame* Girardon, el hecho de verla ya me alegra la vida. Por cierto —indagó Weber—, si llego a saber que ustedes almorzaban hoy aquí, les hubiera enviado una invitación para compartir nuestra mesa.

—Es usted muy amable, coronel.

—Por favor, llámeme Otto.

—Está bien, Otto —dijo Adèle mirando de reojo a sus amigas, que comprendieron que todo iba por donde estaba previsto que fuese—, pero me temo que no comeremos aquí hoy. Olvidé pedir al servicio que hiciera la correspondiente reserva, así que…, solo vamos al tocador un momento antes de ir a probar suerte a ver si en algún otro afamado local de París podemos tomar algunas viandas.

—¿Cómo?, ¿no tienen donde comer? —dijo Weber volviéndose hacia sus oficiales para indicar lo insólito del asunto—. No puedo permitir que salgan ustedes de este restaurante si no es con su apetito bien satisfecho. Por favor, le ruego que acepte nuestra humilde compañía —insistía el coronel mientras hacía gestos con la mano al *maître* que de inmediato se personó ante los oficiales.

—Bernard, disponga de inmediato mesa y cubiertos para las señoras, almorzarán con nosotros.

—Por supuesto, a sus órdenes —se giró el *maître* y dio las órdenes pertinentes a dos camareros para que organizaran lo necesario para acoplar a las cuatro mujeres, aunque para ello tuvieron que desplazar algunas de las mesas cercanas cuyos comensales no se atrevieron a protestar al ver aquel conjunto de oficiales alemanes.

Aceptaron el ofrecimiento.

Miraron la carta y solicitaron los platos entre conversaciones fútiles y risas fingidas. Adèle no tenía prisa, quería jugar con el coronel, desarrollar su estrategia hasta buscar el momento

adecuado, para lo que ayudaría, sin duda, el vino que acababa de recomendar el sumiller.

—Bueno, Otto, me comentaba antes que había tenido un día horrible.

—Peor que horrible, mi querida Adèle, hay días que sería mejor no levantarse.

—No diga eso, considero que usted es uno de esos caballeros que superan cualquier dificultad que se le pueda poner delante —ahora era Adèle la zalamera.

—No le digo que no, aunque he de reconocer que algunas veces vienen demasiado seguidas y alguna ayuda no está de más.

—No quisiera inmiscuirme en sus asuntos —insistía Adèle mientras que sus otras amigas daban conversación a los otros oficiales, especialmente Bibi que parecía no ver nada que no fuera a Hans Meyer—, pero cuente con mi ayuda y colaboración para lo que necesite.

—Se lo agradezco de veras, si estuviera en su mano aportar solución a mis problemas no dudaría en solicitar su ayuda.

—Está bien, quedo a su disposición, aunque me parece que…, no tiene importancia, discúlpeme.

—Por Dios, Adèle, le hago el mismo ofrecimiento, cuente con mi ayuda para lo que necesite.

—Gracias, Otto, estoy segura de que contaría con usted para cualquier problema, pero este asunto es más bien conyugal.

—Entiendo que será un asunto muy personal. Si necesita unos oídos que la escuchen, aquí tiene los míos.

Adèle lo iba llevando poco a poco adonde ella quería. Lo tenía listo para el ataque final. Weber caería en sus redes.

—Es solo que… —vacilaba Adèle.

—Continúe, por favor.

—Está bien. Es solo que veo muy preocupado a Eugène en estos días. Apenas tiene tiempo para dedicármelo. Incluso hoy, de repente, ha salido a toda prisa de casa. Llevaba la cara algo descompuesta. Me ha preocupado el hecho de que haya salido con el coche a toda prisa conduciendo él mismo, ni siquiera ha avisado al chófer. Debe ser algo grave y muy urgente lo que le acaece. Estoy muy preocupada. Pero no le dé mayor importancia, son solo cosas de mujeres, ya sabe que somos algo neuróticas.

—No piense que la considero neurótica, con seguridad sus preocupaciones tienen fundamento.

—No se me ocurre cuál.

Adèle vio como el coronel se removía en su silla y hacía girar el vino en su copa con movimientos rítmicos antes de darle un sorbo. Ella esperaba expectante a que Weber se soltara.

—Quizás pueda ayudarle con eso.

—¿De veras?, no me imagino cómo —le tiraba Adèle.

—Es posible que yo sea el causante de las preocupaciones de su esposo.

—Ahora me deja más preocupada que antes, nada me aterra más que Eugène le decepcione a usted que tanto ha hecho por la economía de mi familia —continuaba provocando la señora Girardon.

—No era mi intención hacerla sentir peor. Pensándolo bien, puede que usted, que es una dama no solo distinguida sino también de inteligencia destacada, encuentre una solución a mi problema principal.

—Sería un honor para mí poderle ser de ayuda —dijo intentando no mostrar impaciencia. Las jugadas deben elaborarse lentamente—, cuente conmigo al cien por cien.

—De acuerdo. Por alguna razón me inspira confianza —Weber obtuvo por respuesta una sonrisa aparentemente sincera de Adèle—. El asunto es que no se puede confiar en nadie en estos tiempos y

algunos sirvientes contratados para la recepción de Rommel —Adèle lo tenía en el bote— eran infiltrados que querían sabotear tan importante evento.

—¡No!

—Pues sí, querida Adèle, no te puedes fiar de nadie. Y a un par de días del evento nos faltan camareros y cocineros.

—Pero, Otto, ese problema tiene fácil solución.

—¡No me diga, Adèle! —dijo sorprendido el coronel—. ¿Me puede dar usted la solución que no ha conseguido darme Eugène? Si lo hace, me declaro su fiel servidor de por vida.

—No necesita tanto para algo tan sencillo. La solución a sus problemas la puedo poner en funcionamiento esta misma tarde y el sábado Rommel disfrutará como no lo ha hecho nunca.

—Sus palabras suenan a gloria. Dígame cómo.

—Fácil. La solución se llama Gaspard, mi mayordomo.

—No termino de entenderla.

—Lo que le quiero decir es que cuente con el servicio de mi mayordomo y la totalidad del personal de la mansión Girardon. Tenemos suficiente personal para cubrir todas las necesidades de la recepción. Además, le puedo asegurar que irán bien pagados por la familia Girardon y que usted no se tiene que preocupar por nada. Déjelo todo de mi cuenta.

—Como le dije antes, Adèle, su fiel servidor.

—En ese caso, déjeme aprovecharme. Le pediría algo nimio.

—No se corte, pida lo que estime necesario.

—Muy agradecida. No le cuente a Eugène que la idea ha sido mía, eso afectaría a su ego y, al fin y al cabo, yo solo soy una dama más preocupada por cuestiones, digamos… menos trascendentales. Estoy convencida de que usted sabrá de sobra cómo llevar el asunto sin que aparezca mi nombre. Ya está demasiado preocupado como

para siquiera pensar que su esposa se está metiendo donde no la llama nadie. Y, en cierto sentido, tiene razón, quién soy yo para opinar sobre estos propósitos, solo me he excedido un poco debido al aprecio que le tengo —concluyó Adèle con una sonrisa socarrona a sabiendas de que el objetivo estaba más que conseguido.

25
LOS PREPARATIVOS

A juzgar por lo ajetreado que andaba Eugène y el poco caso que hacía a su esposa, esta pensó que Weber había sido hábil, tal y como ella esperaba. También suponía que darle por parte del coronel una posible solución le haría sentirse aliviado. La primera parte de la operación estaba concluida con éxito. Gaspard había hecho muy bien su papel y ahora Daniel Duval estaba dentro, al igual que Adrien y André. Estos últimos se los presentó a *monsieur* Girardon como refuerzos de confianza y, dada la credibilidad que tras tantos años de servicio tenía el eficiente mayordomo, este no solo no protestó, sino que agradeció el trabajo de Gaspard, aunque desconocedor de que quien entraría en juego sería Descartes.

Solo tuvieron la tarde del jueves y el viernes al completo para organizar todo lo relativo a la recepción del mariscal, a excepción de explosivos, cables y detonadores; esos elementos tendrían que entrar el mismo día de la recepción y por parte de los invitados, mejor dicho, de las invitadas.

Amarilis tomaba el té en la sala de lectura; el día tan desapacible pedía una buena chimenea cerca. Estaban solas en la mansión, ni siquiera las cocineras se encontraban en sus puestos. Todos estaban en Chantilly, en la casa de campo de los Girardon. Hoy tendrían cena fría, pero no por ello faltaría la acostumbrada calidad y exquisitez de las viandas. El vino tampoco faltaría para acompañar los quesos que darían el toque final a la cena.

—¿Habéis traído el vestido y el abrigo que os pondréis el sábado?

Todas asintieron.

—¿Para qué lo quieres? ¿No sabes qué ponerte? —inquirió Diana, arqueando las cejas mostrando más curiosidad que reproche.

—Pronto lo comprenderás. Mañana os necesito a todas —dijo Adèle posando la mirada en cada una de ellas, como buscando confirmación del compromiso que habían adoptado en la importante y peligrosa misión—. Somos las únicas que podremos pasar los materiales.

—¿Por qué nosotras? —preguntó Valérie—. Es un gran riesgo.

—No habrá riesgo alguno —aseveró Bibi—. Cada una de vosotras irá acompañando a vuestro correspondiente esposo, en absoluto sospechosos, más bien todo lo contrario, los nazis los necesitan y ellos a los nazis. En otras palabras: una simbiosis entre distintas especies de hijos de perra. Por mi parte, iré del brazo del capitán Meyer.

—En eso tiene razón Bibi —apoyó Diana—. Y, si me descubren, ¡qué más da!

—No digas eso, si esto nos sale bien, podemos cambiar el destino de Francia y, si me apuras, hasta de nuestras vidas.

—No sé cómo, Adèle.

—Es tan sencillo como que, en cuanto entren los aliados, piensa qué será de nuestros queridos esposos. Nosotras tendremos más que acreditado en qué bando estamos.

—Si llegamos vivas —insistió Diana en su pesimismo.

—Si llegamos vivas, claro está, pero si tengo que morir, lo haré luchando, no traicionando a mi país.

—Bien dicho, Amarilis.

—Gracias, Iris —dijo guiñándole un ojo con complicidad—, pero vamos a lo que nos trae aquí. Hemos conseguido buen material explosivo suministrado por los ingleses. En estos días, una célula de la Resistencia ha recogido unos paquetes que lanzaron los de la RAF por la noche. No ha sido fácil hacerlos llegar hasta París, pero lo consiguieron y está todo preparado.

—¿Y dónde se supone que se encuentran esos explosivos en estos momentos? —se interesó Diana.

—Aquí, en mi casa.

La expresión de sorpresa asomó en las caras de todas y cada una de ellas. Amarilis no les dio tiempo a preguntar cómo, lo explicó sin más dilación.

—La semana pasada, digamos que mi piano se estropeó. Así que encargué que se lo llevaran a reparar. Por supuesto, Eugène está al corriente y no solo no puso inconveniente, sino que se encargó de que lo transportara un camión de su fábrica.

—Me encanta, continúa —dijo Bibi adivinando cómo seguía la historia.

—Pues bien, como Bibi imagina, el piano volvió a casa con algo más de peso.

Valérie y Diana, que no se mostraron tan perspicaces como Bibi, se quedaron boquiabiertas.

—Menuda zorra estás hecha.

Todas rieron.

—Lo decía por lo astuto de la acción, no por… —intentó justificarse Diana.

—Te hemos entendido, compañera —la tranquilizó Valèrie aún entre risas.

—Chicas, vamos a centrarnos. Termina lo que tengas que decir, Adèle.

—Gracias, Bibi. Seré breve —respiró hondo antes de soltarlo —. Nosotras llevaremos esos explosivos bien camuflados.

—O sea, que cuando comentaste hace un rato eso de llevar los materiales, te referías a explosivos.

—Por supuesto, qué otros materiales íbamos a llevar, Valérie.

—Sí, tienes razón, perdona, no estoy muy perspicaz hoy.

—Concretemos, por favor —centró Adèle de nuevo la conversación—. No es mucho material, ya que vamos a reventar solo una sala, la biblioteca para ser más exactos que es donde se producirá la reunión con el mariscal tras la cena. Los explosivos se colocarán en el sótano justo bajo la biblioteca. Por suerte, los ingleses nos han dejado caer buen material que es más que difícil de conseguir en estos momentos en París.

—¿De qué estamos hablando? —se interesó Bibi.

—De TNT —aclaró Amarilis.

—¡Vaya! Eso es material del bueno. Me esperaba dinamita o pólvora negra en su defecto.

—Me sorprende, Bibi, lo entendida que estás en asuntos de explosivos. Yo he tenido que aprenderlo a la carrera —dijo Adèle—. Entre las cosas que he aprendido está que la dinamita es muy inestable y que la pólvora negra, aunque más estable, es mucho ruido y pocas nueces.

Valérie y Diana se miraban atónitas.

—Háblame de detonadores, Adèle.

—Eléctricos —no dijo más.

—Enhorabuena, material de primera. Con una cantidad relativamente pequeña el resultado es bueno, por lo que nos complica menos el transporte. Será más fácil de llevar entre todas. Usando bolsos, dobladillos de vestidos y abrigos, todo estará disponible para nuestros camaradas.

—Creo que lo has resumido todo a la perfección, Bibi, ¿cómo lo veis vosotras? —dirigió su mirada a Valérie y Diana—. Ya sabéis para qué os pedí vuestros vestidos y abrigos. Mañana, la mujer de Normand, la que cose en el *atelier* donde nos reunimos, hará el trabajo de su vida: colocará todos los elementos que se puedan camuflar en, como aclaró Bibi hace un momento, dobladillos y forro interior de vuestros abrigos. Para ello, estará aquí mañana muy temprano, así que haceos a la idea de que por la tarde volveremos a tomar el té y vuestros vestidos serán…, cómo decirlo, la bomba.

26
LA RECEPCIÓN

Adèle llegó junto a su marido a la villa situada en las cercanías de Chantilly tras casi dos horas de viaje para recorrer los escasos cincuenta y cinco kilómetros de carretera deteriorada y salpicada de controles alemanes. A pesar de portar el salvoconducto firmado por el mismísimo Otto Weber, tuvieron que hacer las pertinentes paradas para mostrarlo. Eso sí, los militares alemanes se guardaron de registrar el vehículo, nadie se atrevería a contradecir una orden del coronel. Tras ellos iban otros dos automóviles en los que viajaban Valérie y Diana con sus respectivos esposos. Adèle se preguntaba cómo se las apañaría Bibi para llegar, ya que había declinado la oferta de ir con el matrimonio Girardon. Toda duda se disipó al ver acercarse una motocicleta a gran velocidad ocupada por dos personas: un oficial alemán que la conducía y, tras adelantar, observaron el cabello rubio de la joven ocupante que viajaba agarrada al oficial. ¡Cómo no! Bibi.

Ya eran casi las tres cuando divisaron la villa. Unos cientos de metros más por un camino de tierra rodeado de árboles y se encontraron ante una verja custodiada por dos soldados alemanes que, de inmediato, les franquearon el paso al identificar a los pasajeros. No volvieron a cerrar hasta que pasaron los tres vehículos. Adèle imaginó que Bibi habría llegado con más antelación agarrada al capitán Meyer.

Una vez traspasada la pesada cancela, el viejo camino se convertía en una vía de acceso perfectamente adoquinada que conducía hasta la entrada de la residencia principal, donde la vista

se recreaba con setos esculpidos entre los que se erguían estilizadas estatuas de mármol. El edificio estaba construido con piedra blanca y repleto de altos ventanales que daban a hermosos balcones de hierro forjado.

Adèle no había entrado desde que comenzó la guerra. No sabía si la residencia campestre brillaría con el esplendor de antaño. Salió de dudas en cuanto traspasó el umbral. La recibió un luminoso vestíbulo cuyo piso de mármol relucía con intensidad. Justo al pie de la majestuosa escalera a doble altura, el matrimonio fue recibido por un ama de llaves que Adèle no conocía.

—Bienvenidos, señores. Sus habitaciones están preparadas. Si me permiten sus abrigos…

—Por supuesto —dijo Eugène ante la perplejidad de su esposa, que no reconocía al ama de llaves. Además, su fuerte acento alemán la delataba. Estaba segura que sería cosa de Weber.

—¿Me permite, *madame* Giradon? —Adèle dudó, pero por suerte Gaspard estuvo al quite.

—No se preocupe, *Fräulein* Bauer, deje que la ayude, el abrigo de madame Girardon es bastante pesado —*y tanto,* pensó Adèle recordando la cantidad de material que albergaba en los dobladillos.

—¿Si me permite también su bolso de viaje, *madame*?

—Por supuesto, Gaspard —dijo con una gran sonrisa en el semblante correspondida por un imperceptible gesto de complicidad por parte del mayordomo—, pero, si no le importa, se lo daré en un rato. En cuanto lleguen, mis amigas y yo queremos pasar por el tocador de la planta baja antes de ir a nuestras habitaciones. Ya sabe, cosas de damas.

—Faltaría más, señora—, de hecho, acaban de llegar. Si necesita alguna ayuda, no dude en pedirla.

—Gracias, Gaspard, así lo haremos.

La misma escena se repitió, casi de inmediato, a la llegada de las otras dos parejas. Adrien, Andy y Daniel aparecieron para ayudar con las maletas que los chóferes iban extrayendo del maletero de cada vehículo para llevarlas a las habitaciones correspondientes. Mientras tanto, el mayordomo seguía atento a los abrigos de las otras damas para evitar que el ama de llaves teutona se metiera por medio. Seguramente le extrañaría el peso de las prendas hechas con tejidos aparentemente más ligeros y de altísima calidad.

—Chicas, espero que vuestro viaje haya ido sin complicaciones —Valérie y Diana asintieron—. Solo falta saber dónde demonios se ha metido Bibi.

Mientras tanto, en la cocina, el mayordomo vigilaba que todo fuera como estaba previsto. Las cocineras trabajaban a destajo a la vez que los camareros se aseguraban de que las copas estuvieran relucientes, así como el resto de la vajilla. El ritmo era frenético. Algunos de los infiltrados tendrían que poner una excusa para ausentarse un momento para ir al vestidor y recoger los materiales que portaban las damas, al menos los que estaban en los dobladillos de los abrigos. Los detonadores eran portados en sus respectivos bolsos de viaje. La consigna era que ellas mismas los depositaran en un escondrijo habilitado en el tocador y debía ser lo antes posible, ya que en cuanto llegara el resto de invitados la estancia sería un hervidero de damas dándose los últimos retoques tras el incómodo viaje hasta la villa.

Daniel y André no quitaban ojo a *Fräulein* Bauer, que no paraba de inspeccionar las distintas estancias donde se celebraría la recepción: el salón principal y el comedor. Tampoco olvidaba la biblioteca, lugar donde tenían planeado reunirse los oficiales y empresarios colaboracionistas con el famoso mariscal de campo. *Fräulein* se aseguró de que no faltarían los mejores coñacs de la región.

Tanto Adèle como Valérie y Diana pasaron, por indicación de sus maridos, a la sala de estar cuyos ventanales daban a uno de los jardines laterales.

—Vale, chicas, solo falta Bibi, que no sé dónde se habrá metido —no terminó de preguntarse Adèle cuando la aludida entró en la habitación.

—Aquí estoy, veo que me echabais de menos —rio Iris.

—Ya imagino dónde estarías —soltó Diana.

—No te preocupes, es comprensible tratándose de ese guapo oficial —rieron todas.

—No seáis malas —dijo Bibi socarrona.

—Pasemos a la acción —propuso Adèle—, aprovechemos para ir al tocador, es ahora o nunca, luego todo se complicará. Está Eugène con la mosca tras la oreja por no verme ya en mis aposentos. Además, esa maldita ama de llaves no le quita el ojo a nuestros bolsos de viaje. Hay que deshacerse de ellos y del material lo antes posible. En menos de dos horas esto estará a reventar.

Duval le dio la señal a Adrien para que fuera con la señora Roux, la dueña del atelier y esposa de Normand, al vestidor para extraer todo lo que las damas habían transportado. Tenían que evitar que *Fräulein* Bauer se diera cuenta; si esto pasaba, se empeñaría en acompañarlos ya sea con la excusa de ayudar o, más bien, vigilar. La información que tenían de la señora Bauer decía que era bastante quisquillosa, por lo que tenían la intención de evitarla en todo momento. André se encargaría de consultarle unas supuestas dudas sobre la organización del evento relativas a los tiempos de servicio de la bebida y los canapés. Era prioritario mantenerla entretenida en otros asuntos. Todo debía de salir a la perfección o, en caso contrario, aquello se podría convertir en una masacre antes de tiempo, siendo ellos mismos los masacrados, por lo que la operación se iría al traste sin que nadie pudiera evitarlo.

En el tocador, Diana, que era la que tenía los dedos más finos y largos de las cuatro, tanteaba entre el espejo situado más a la derecha de los cuatro del tocador y la pared. Pocos segundos después, con mucho cuidado, extrajo un papel oculto que venía doblado dos veces. Una vez lo desdobló, todas juntaron sus cabezas para observarlo. Era un plano, un simple plano que indicaba una baldosa en el suelo que estaba situada entre el segundo y tercer lavabo y pegada a la pared. No era de cómodo acceso, pero eso mismo garantizaba que nadie la pisaría por accidente y quedara al descubierto la oquedad bajo la baldosa que profundizaba bajo el muro y conectaba con la estancia contigua, una alacena donde se almacenaba todo lo necesario para la cocina. De esta forma, Adrien, Daniel o André tendrían acceso fácil para recoger el material y transportarlo hasta el sótano. Una vez allí, el mismo Daniel Duval montaría el explosivo así como el detonador. La Guerra Civil Española lo había convertido en un experto artificiero. Según los planos, los conductos de gas que iban desde el exterior hasta la cocina y baños pasaban justo debajo de la biblioteca donde se produciría la mortal reunión. Gracias a esta circunstancia, la cantidad de explosivos necesarios era más baja de lo habitual para derribar esa parte de la villa, lo que, además, había facilitado el transporte por parte de las chicas. Tendrían que tener cuidado de evacuar la cocina antes de la explosión por su cercanía al depósito exterior, que presumiblemente reventaría. Por eso mismo, André había tenido la precaución de vaciar la mayor parte del gas, ya que en caso de estar al completo, se llevaría por los aires la práctica totalidad de la espléndida casa de campo con todos los invitados que, más o menos culpables de colaboracionismo, no merecían morir.

—Vale, ahí es —Señaló Diana—. Hazlo tú, Bibi, que eres la más bajita de todas.

—Vaya, qué suerte.

—Anda y no te quejes —le recriminó Adèle.

Bibi se agachó y palpó. Tal y como estaba previsto, la baldosa estaba suelta.

—Chicas, pasadme una lima de uñas o algo por el estilo, necesito hacer un poco de palanca para levantarla.

Buscaron en sus bolsos y fue Valérie la primera en encontrarla y se la pasó a su compañera y amiga, que tras trastear unos segundos consiguió levantar la baldosa.

—Lo tengo, pasadme los detonadores y todo lo que tengáis.

Una a una iban extrayendo material pirotécnico de sus bolsos y lo iban pasando a Bibi que lo colocaba todo lo más profundo que podía para evitar que después la loseta quedara levantada.

—Bien, ya está todo, tapo y nos vamos —dijo Bibi justo un momento antes de sentir unos golpes en la puerta del tocador.

—¡Demonios! ¡Quién será ahora! —exclamó Adèle.

—¿Están ustedes bien? —preguntó desde fuera *Fräulein* Bauer, que andaba desconfiada tras no haber podido controlar los dichosos bolsos de viaje que portaban las señoras.

Bibi se puso nerviosa y se levantó precipitadamente con tan mala fortuna que se golpeó con el borde de uno de los lavabos soltando una maldición en voz alta.

—¿Qué pasa ahí dentro? Abran de inmediato —ordenó la alemana.

Se miraron unas a otras y asintieron, así que Adèle entreabrió la puerta y se dirigió a *Fräulein* Bauer.

—¿Tendría usted la amabilidad de dejarnos en paz? Estoy en mi casa y no tengo que aguantar que nadie nos moleste, ni a mí ni a mis amigas. Así que lo que estemos haciendo aquí no le incumbe en absoluto. O se va o me veré obligada a presentar una queja a mi buen amigo Otto Weber.

En cuanto el ama de llaves oyó el nombre del coronel reculó y pidió perdón asegurando que no las molestaría más.

—Menudo incordio es la *Fräulein* —se quejó Diana.

Terminaron la faena y de paso se adecentaron quedando del todo preparadas para la inminente recepción de invitados. En cuanto salieron se cruzaron en el pasillo con Gaspard que las estaba buscando.

—Señoras, disculpen, pero sus maridos están algo nerviosos buscándolas. Ya les he dicho que seguramente estarían dándose los últimos retoques.

—Bien hecho, compañero —le dijo Adèle guiñándole el ojo, a lo que el mayordomo no pudo resistir una sonrisa cómplice—. Por cierto, todo está en su sitio, tal y como previmos, imagino que el material de los abrigos estará ya también fuera.

—Me temo que no —dijo Gaspard ladeando la cabeza de un lugar a otro—, la Bauer parece que anda con la mosca tras la oreja, se nos pega como una lapa cada vez que nos movemos. Estamos haciéndolo por separado y en distintas direcciones, de esta forma le es imposible tenernos controlados en todo momento.

—¡Qué nos vas a contar! —exclamó la más joven—, acabamos de quitárnosla de encima hace solo unos minutos. Ha tenido que salir con el rabo entre las piernas.

Rieron todas.

Mientras tanto, André y Daniel se habían colado en el vestidor donde estaban los abrigos de las cuatro amigas y ahora camaradas. La señora Roux estaba con ellos. André la ayudaba mientras que Daniel vigilaba la entrada.

—¿Cómo va, señora Roux?

—No puedo ir más rápida sin destrozar estas fantásticas prendas de abrigo, *monsieur* Duval.

—Supongo que las señoras se podrán permitir comprar otro si se estropean.

—Estoy convencida de ello, *monsieur*, pero no quiero pensar cómo se pondrá esa maldita ama de llaves alemana si por un casual

entra y las descubre destrozadas. Apostaría a que da la voz de alarma.

—Déjalo ya, Daniel —le espetó el teniente inglés—, mejor será hacer las cosas bien.

Apenas había terminado de hablar, se oyeron tres golpes seguidos en la puerta del vestidor. Guardaron silencio. De nuevo se volvió a escuchar la llamada. En el interior, los tres permanecieron quietos y en el más absoluto silencio. Quienquiera que estuviese al otro lado manipulaba el pomo en un claro intento de entrar. Todos se miraron.

—Abre —dijo en voz casi imperceptible—, si va a por las llaves puede que venga con algún soldado.

Daniel asintió en silencio y abrió la puerta.

La cara de sorpresa de *Fräulein* Bauer solo le permitió tartamudear. No le dio tiempo a decir palabra alguna ya que Daniel tiró de ella hacia dentro, agarrándola desde atrás y tapándole la boca impidiendo que pudiera dar un grito que pusiera en alerta a cualquier soldado que rondara cerca.

—Señora Bauer —comenzó a hablar André, despacio, para que no haya lugar a dudas del mensaje—, no se asuste, solo estamos revisando que todo está correcto, queremos asegurarnos de que nadie haya introducido nada que pueda poner en peligro a los invitados.

Daniel le destapó la boca parcialmente para que pudiera hablar.

—¿Se creen que soy imbécil? —soltó de sopetón la *Fräulein*—, de hecho creo que están haciendo todo lo contrario. Voy a dar parte ahora mismo al coronel Weber que ya se encuentra en la residencia.

Daniel miró a André y este asintió, no quedaba otra opción, así que el excombatiente de la Guerra Civil española golpeó la cabeza de *Fräulein* Bauer con su pistola con la fuerza adecuada y con la destreza de quien no es la primera vez que lo hace. La

teutona se desplomó de inmediato, inconsciente. Ahora ya tenían el primer problema.

La señora Roux lanzó un grito ahogado al instante por el teniente inglés que le tapó la boca con su enorme mano y la miró a los ojos hasta que ella asintió en señal de que comprendía el peligro al que se exponían si alguien la escuchaba.

—¡Cómo habéis podido! —exclamó la modista en bajo pero con vehemencia.

—Lo siento mucho, *madame*, comprenda que…

—No, me cuesta mucho entender lo que ha pasado, teniente. Creo que hay otras soluciones.

—Puede ser, señora, pero… lo siento, no sé qué decir —se disculpó André—; solo que algunas veces hay que actuar rápido y las decisiones no son siempre las mejores.

—Venga, cortad con el rollo —intervino el excombatiente de la Guerra Civil—, tenemos una misión que puede salvar miles de vidas aparte de ayudar a liberar Francia. No podemos andarnos con tantos remilgos. Es la guerra.

—De acuerdo, Daniel, pero ¿qué hacemos con ella? Tarde o temprano se despertará, aunque con un buen dolor de cabeza, lo cual no evitará que dé la alarma

—Eso sí que es un problema. Aunque esta dependencia es grande, es muy difícil ocultarla, eso sin contar que más personas entrarán para dejar los abrigos.

—Está bien, ya que habéis metido la pata hasta el fondo, os diré cómo solucionarlo —intervino *madame* Roux.

Los dos hombres la miraron atónitos a la espera de que explicara su plan.

—Nos os quedéis mirando como dos pasmarotes. Id a la habitación de la señora Girardon y traed un baúl que tiene a los pies de la cama. Eso sí, a ver cómo os las apañáis para que no os vean.

La metéis bien atada y amordazada y la lleváis al desván, ahí no se le ha perdido nada a nadie.

Se miraron el uno al otro asintiendo con la cabeza a la vez que una tímida sonrisa denotaba la admiración por la costurera. Se pusieron manos a la obra.

Mientras tanto, en el salón hacía acto de presencia el coronel Weber con dos soldados que lo escoltaban que, de inmediato, se hicieron cargo del abrigo, gorra y guantes del oficial.

—Bienvenido, mi querido amigo —lo recibió *monsieur* Girardon con cordialidad.

—¡Qué maravilla de casa de campo tiene usted, amigo mío!

—Considérela suya —se adelantó Adèle a su marido, lo cual fue bien recibido por Eugène y más aún por Weber.

—Muy agradecido, *madame*. Lo cierto es que esta mansión brilla mucho más con usted dentro.

—Siempre tan zalamero, coronel —lo agasajó con su mejor sonrisa. Tan duro y con tanto poder pero, al fin y al cabo, un hombre como los demás.

—Imagino que todo va según lo previsto, Eugène.

—Por supuesto, coronel, todo correcto y controlado hasta el último detalle. Nos sentimos orgullosos de poder recibir al mariscal y todos nuestros esfuerzos han ido dirigidos a su bienestar y, como no, a cumplir con los objetivos de este encuentro.

—Sabía que podía confiar en usted, pero ahora no me importaría tomar un coñac para relajarme unos minutos…

No concluyó la frase cuando ya aparecía el mayordomo con un par de copas y una botella aún sin abrir. Weber y Girardon compartieron unos sorbos del mejor licor de las bodegas privadas del señor de la casa.

—Si me disculpa, coronel, les dejaré solos para que hablen ustedes con tranquilidad.

Weber se levantó y saludó a la señora Girardon con una inclinación de cabeza.

—Queda usted más que disculpada y, por favor, recuerde que para usted soy Otto.

—Cierto, Otto, mis disculpas. Nos vemos en la recepción.

Adèle se dirigió a la planta de arriba y se encontró la estampa de André y Daniel sacando el baúl de sus aposentos.

—¡Qué demonios!

—Tranquila, Adèle, no es lo que parece —respondió Daniel.

—¿Y qué es lo que parece?

—Eso mismo digo yo —dijo André extrañado.

—Pues parece que llevamos un muerto.

—¿Y no lleváis un muerto? Eso espero, al menos.

—Bueno, no exactamente, va vacío porque le hemos tenido que hacer un hueco a la Fräulein.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Os la habéis cargado? —dijo Adèle casi en voz alta, a lo que los dos hombres le indicaron con la mano que bajara el volumen.

—Digamos que se va a despertar con un fuerte dolor de cabeza, así que mejor que esté donde nadie la moleste.

—O donde ella no moleste a nadie cuando despierte —aclaró el teniente inglés.

—¿Dónde narices la tenéis en este momento?

—En el vestidor —respondió Daniel Duval.

—De acuerdo, déjame pensar… Vale, lo tengo. En vez de ir hacia la derecha para la escalera principal, torced a la izquierda y al

final del pasillo hay una puerta que da a una escalera de servicio que va a parar detrás de las cocinas. Es la ruta más segura. Tendréis que tener mucho cuidado en el tramo final hasta el vestidor ya que ese pasillo está conectado con el recibidor. ¿Lo habéis entendido?

—Todo claro como el agua, Adèle.

—Tened cuidado, compañeros. Y no os demoréis mucho que aún hay que preparar los explosivos. Adrien necesitará vuestra ayuda.

Recorrieron el pasillo hacia la escalera de servicio sin contratiempos. Abrieron la puerta y la encontraron y, aunque les pareció muy estrecha, el baúl cabría con algún que otro problema de espacio, sobre todo en los giros de los descansillos que lo tendrían que subir a pulso por encima de la barandilla. Por suerte la *Fräulein* aún no iba en el interior. Eso hubiera sumado unos ochenta kilos más según sus cálculos a ojo. En el último tramo se encontraban bastante cansados, aunque el peso no era excesivo, la lentitud de la bajada con las maniobras a pulso les produjo ciertos temblores en la musculatura de los brazos. Por fin llegaron abajo y, al igual que arriba, encontraron otra puerta que abrieron con precaución.

—¡Todo despejado!

—Pues vamos con él, Andy

Volvieron a cargarlo. Daniel iba delante y André detrás. Se desplazaban rápido. Les quedaban los últimos metros hasta la puerta del vestidor cuando aparecieron, justo enfrente, dos soldados alemanes que portaban un gabán grande y negro típico de un oficial alemán con el sombrero y guantes a juego. Los dos componentes de la Resistencia se quedaron bloqueados por un momento.

—¿Les podemos ayudar en algo? —preguntó André a los dos soldados que se quedaron mirando con desconfianza.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen con un baúl por aquí? —les inquirió uno de los militares.

—Somos del equipo de organización del evento, me llamo Daniel y este es mi compañero André. Estamos organizando el vestidor, ya sabe, llevándonos ropa antigua para que quepa bien la de nuestros distinguidos invitados.

—Está bien, despejen el vestidor para que podamos dejar el abrigo del coronel.

André y Daniel se miraron, indecisos, cuando se abrió la puerta del concurrido vestidor y de ella surgió *madame* Roux.

—Denme ese abrigo y lo que traigan para que lo coloque. Vosotros dos —ordenó dirigiéndose a sus camaradas—, dejad de zanganear y meted el baúl dentro que tengo mucho que organizar. ¡Venga!, vosotros —se dirigió ahora a los dos soldados—, no os quedéis como dos pasmarotes y dadme de una maldita vez el abrigo.

—Señora, tenemos órdenes del coronel de guardar sus cosas en el vestidor.

—Muy bien que me parece y ¿vais a entrar vosotros mismos a colgarlo para que tenga yo que cogerlo de nuevo y organizarlo todo? Está a punto de llegar *Fräulein* Bauer y como os vea dentro, os aseguro que va a ser más terrible que ese coronel vuestro.

Los dos soldados se miraron, se encogieron de hombros y entregaron todo a *madame* Roux sin rechistar. Una vez se retiraron, André y Daniel metieron el baúl.

—Me deja usted sorprendido, madame, si de mí dependiera le otorgaría la medalla al valor una vez termine la guerra —la alabó Andy.

—Deja de decir sandeces y vamos al trabajo y procuremos sobrevivir.

—Bien dicho, camarada —le guiñó Daniel el ojo.

Metieron a la Bauer en el baúl no sin cierta dificultad. Iba bien atada y amordazada. Cerraron y de nuevo salieron. Llegaron hasta el

final del pasillo donde se encontraba la puerta de acceso a la escalera de servicio, la abrieron, entraron y la cerraron tras ellos. Se miraron uno al otro conscientes de que ahora sería hacia arriba, una planta más hasta el desván y con esos ochenta kilos de más que agradecieron no llevar cuando bajaron.

27
UN CAMBIO DE PLANES

En el despacho de monsieur Girardon, los dos caballeros terminaban su coñac cuando el mayordomo apareció para anunciar que llegaban los primeros invitados.

—Muchas gracias, Gaspard.

—Llegó el momento, amigo.

—Vayamos a recibir a los invitados, Otto.

Llegaron al recibidor y allí estaba ya Gaspard con varios ayudantes asistiendo a los recién llegados a despojarse de sus abrigos y sombreros. Los camareros esperaban con bebidas varias para todos los gustos. Los invitados iban cogiendo el refrigerio que más les apetecía y se desplazaban por la estancia para saludarse unos a otros. Todo estaba saliendo a las mil maravillas. Ya solo faltaba el invitado principal, el mismísimo mariscal Rommel, al que se esperaba en una hora, según cálculos del coronel.

El capitán Meyer estaba presente con su rubia acompañante que, por supuesto, tuvo que soportar los halagos de Weber que tanto le repugnaban.

—Ya sé que es un pesado —dijo Meyer comprensivo.

—Ni te lo imaginas —corroboró Bibi. Los dos rieron.

—Esto se está llenando de gente, Bibi, ¿qué te parece si salimos al jardín antes de que haga más frío?

—Gran idea, Hans, es muy cansado tener que estar forzando sonrisas a todo aquel que se acerca.

Dicho y hecho. Salieron a pasear por los alrededores de la casa de campo. Meyer sacó un cigarro que se encendió tras un seto para protegerse del viento. Dio una profunda calada y continuó paseando con su acompañante.

—Bibi, no sé cuándo ni cómo terminará todo esto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que creo que el desenlace de esta guerra está más cerca de lo que podemos pensar.

—¿Por qué lo dices?

—Piensa en lo de hoy. En poco rato se va a presentar aquí el gran mariscal Erwin Rommel, conocido por todos como el *zorro del desierto.* Esto significa que se espera un gran movimiento por parte de los ejércitos aliados. Con seguridad que será una invasión.

Bibi lo miraba muy atenta.

—Quizá estoy hablando de más, pero contigo me siento con plena confianza.

—Está bien, Hans, no tienes por qué…

—Lo sé, lo sé, pero puede que lo necesite.

—Está bien, te escucho —dijo Bibi con una mezcla que iba entre el amor que sentía por el capitán alemán y el interés por conseguir información para su misión.

—Si se produce una invasión por la costa norte, a saber en qué punto, no creo que seamos capaces de parar todo lo que nos venga encima. Luchar, por muy bien pertrechados que estemos, contra miles o cientos de miles de soldados de distintas naciones, destructores, bombarderos, cazas… no lo veo nada claro. Son demasiadas fronteras que mantener.

—Mejor no pensar en eso ahora.

—No puedo dejar de hacerlo. Un final u otro significa nuestra separación.

—Hans, calla, por favor. Tú tienes a alguien que te quiere y a quien quieres esperándote; sin embargo, yo… me quedaré aquí y será doloroso no estar cerca de ti y olvidarte.

—Será muy difícil para los dos —dijo Hans apesadumbrado.

—Aunque debo confesar que por un momento pensé o tuve la esperanza de que se te había pasado por la cabeza quedarte, aquí, conmigo.

Hans no podía contener las lágrimas.

—Claro que lo he pensado, hasta el punto de tener tomada la decisión de quedarme contigo, pero…

—¿Pero…?

—Hay algo que no te he dicho. Es algo que pasó hace algún tiempo, incluso antes de mi llegada a París, aunque no lo supe hasta que ya me incorporé a mi destino en Francia. No sé el porqué, pero en ese momento te lo oculté; quizás porque acabábamos de conocernos o… porque aún no me importabas tanto como ahora. Mi amor por ti ha ido creciendo día a día.

Esa afirmación le hizo a Bibi dar un respingo y dirigir toda su atención al capitán.

—¿Y?

—Que no solo me espera Greta en Alemania, sino también… mi hija.

—Pero… pero… ¿Cómo puede ser? Llevas más de un año fuera entre tu estancia en África y ahora en Francia.

—Yo tampoco lo podía imaginar. Al parecer Greta quedó embarazada la última noche que pasé en Múnich. En cuanto ella lo supo un par de meses después me envió una serie de cartas, las cuales tardaron más de la cuenta en llegar, y lo hicieron a mi

anterior destino al norte de África. Desde allí, me las remitieron en cuanto fue posible.

—Entiendo —dijo Bibi con la mirada fija en el suelo e incipientes lágrimas en los ojos.

—Finalmente, las cartas llegaron. En ellas me contaba que había quedado encinta y cómo iba transcurriendo el embarazo hasta el momento de dar a luz. Por fortuna, el parto fue sin complicaciones y me decía que nuestra hija había nacido en octubre. Tiene casi dos meses. Lo siento, Bibi, lo siento realmente, pero tengo que volver si consigo sobrevivir a esta maldita guerra sin sentido.

Bibi se tuvo que sentar en un banco cercano al camino del jardín que estaban recorriendo. Se echó las manos a la cara y lloró desconsolada durante unos minutos. Hans no se atrevía a acercarse, pero al final se sentó a su lado y la abrazó. La francesa no dijo nada, aunque poco a poco se fue retirando el llanto.

En el gran salón de la villa de campo, el coronel Otto Weber llamaba la atención de sus invitados haciendo tintinear un tenedor contra el cristal de su copa.

—Damas y caballeros, les pido por favor un minuto de atención —no tuvo que repetirlo el oficial, nadie hubiera osado hacer caso omiso—. Hoy es un día muy importante debido a la visita de un invitado muy especial. Como ustedes saben, se trata del mariscal Erwin Rommel, el más astuto de nuestros oficiales de alto rango. Para mí es un honor recibirlo y contar además con la distinguida compañía de todos ustedes, amigos franceses, que han entendido que el futuro de Francia y su progreso y bienestar se encuentra bajo el III Reich. Brindo esta noche por el futuro y por el bueno de Rommel que llega para garantizarlo.

El aplauso de los asistentes a la recepción fue unánime, aunque algunas damas tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular.

Los camareros, Adrien entre ellos, circulaban entre los invitados repartiendo diferentes bebidas espirituosas así como suculentos y variados canapés que los invitados aceptaban y comían con efusión. Gaspard vigilaba que no faltaran bandejas y que llegaran por igual a todos los invitados. El mayordomo había comenzado a distribuir los alimentos que producirían un efecto de malestar y al cabo de los treinta minutos comenzarían a notarse los síntomas en algunos invitados. A los sesenta minutos estarían a salvo solo los que no hubieran ingerido algunos alimentos que contenían mayonesa deliberadamente dejada a la intemperie el tiempo suficiente para crear el efecto buscado que, combinada con la proporción exacta de alguna seta de los bosques cercanos, aseguraría el resultado en el tiempo esperado.

En el exterior se escuchó el sonido de dos motocicletas acercarse a la villa. Hans y Bibi las observaron llegar hasta la puerta principal. Se miraron extrañados y se acercaron. Los vieron llamar a la puerta principal, que fue abierta por el mayordomo. Tras unos segundos de intercambio de palabras, Gaspard desapareció dentro de la casa para volver al poco rato acompañado del coronel Weber.

—Algo está pasando, Bibi, tengo que acercarme.

Los soldados se cuadraron ante el oficial. Tras el saludo militar, uno de los motoristas con rango de sargento transmitió el mensaje, a lo que el coronel respondió con gesto de asentimiento. Los motoristas volvieron a hacer el saludo militar acompañado con el taconazo de rigor y se giraron., Weber ya había vuelto al interior de la casa. Hans aprovechó para acercarse a los mensajeros reconociéndolos como suboficiales de su propia compañía, la recién llegada del norte de África.

—Sargento —llamó Hans, haciendo que se volviera hacia él.

—¡A sus órdenes, capitán Meyer!

—Descanse, sargento. ¿Ha sucedido algo?

—Sí, capitán, un cambio de planes. Veníamos de camino escoltando al mariscal cuando se sintió indispuesto.

—¿Indispuesto? —preguntó extrañado.

—Comenzó a sentirse mal, a padecer sudores fríos, dolor de cabeza y, ante esto, el resto de la escolta se dirige con él de nuevo a París en busca de atención médica.

—Espero que no sea nada grave —dijo Meyer.

—Si me permite, capitán, en mi opinión no es más que una descomposición de vientre.

—Esperemos que solo sea eso, temo la acción de algún grupo de la Resistencia y no se puede descartar el envenenamiento.

—¿Y del alcalde sabe usted algo?

—Iba en la misma comitiva y por deferencia hacia el mariscal ha decidido volver también a París para preocuparse por su estado.

—Gracias, sargento, en cuanto termine la recepción, que supongo que será pronto debido a esta circunstancia, me personaré en el cuartel para interesarme por la salud del mariscal. Puede retirarse.

El sargento, obediente, le hizo un gesto a su acompañante, que tras el saludo militar acompañado de un sonoro golpe de talones, se pusieron el casco para de nuevo montarse en sus respectivas motocicletas y poner rumbo a París. Meyer y Bibi entraron en la casa de campo y encontraron a los asistentes a la fiesta atendiendo en silencio al coronel que explicaba la extraordinaria situación.

—Así que, mis queridos invitados, siento mucho que no tengan la oportunidad de conocer al gran Rommel esta noche. El alcalde, quien lo acompañaba, ha decidido volver para hacer un seguimiento directo de la salud del mariscal. No tengo que decir que esta recepción será más corta de lo previsto y con mucho menos contenido, aunque no desperdiciaré la ocasión de poder

mantener una reunión privada con algunos de ustedes, con mis amigos empresarios y algunos otros oficiales que han asistido hoy. Intentaremos ser breves y, mientras tanto, dejaremos a las damas que disfruten de la pequeña orquesta que amenizará la velada. Por favor, caballeros, ¿me acompañan a la biblioteca?

Los hombres fueron poco a poco dejando a sus esposas para seguir al coronel. Entraron en la biblioteca mientras escuchaban los primeros acordes de la orquesta en el salón principal. Una joven cantante alemana comenzó interpretando un tema alegre de Ilse Werner, una música muy pegadiza que fue bien recibida por la totalidad de los asistentes, franceses y alemanes. Meyer y otros oficiales de menor rango se encargarían de coordinar la seguridad organizando las rondas de los soldados que patrullaban por el exterior de la casa.

28
EL ATENTADO

Los preparativos de los explosivos iban muy retrasados; Adrien había conseguido salir del salón donde había estado repartiendo los canapés y se había dirigido al sótano cargando un petate con los materiales que habían ido reuniendo por los diferentes medios. No tenían apenas experiencia en explosivos y con las escasas instrucciones que Daniel y André le habían dado no daba abasto con todo él solo. Descartes, desesperado, buscaba a Duval y al teniente inglés para que se reunieran con Adrien en el sótano. Había recorrido casi todas las dependencias de la casa, incluso las de la planta de los dormitorios, aunque hasta el final no se percató de una puerta que se encontraba al final del pasillo y que era casi insignificante comparadas con las del resto de dependencias. Se acercó y oyó algunos ruidos y maldiciones. Apoyó la mano en el pomo y miró a ambos lados antes de decidirse a abrir. No encontró a nadie, pero los sonidos, ahora más intensos, provenían de un piso superior, posiblemente de un desván. Se decidió a subir y allí los encontró jadeando y maldiciendo sentados sobre un baúl.

—¡Qué narices…!

—Es muy largo de contar, Descartes —intervino Daniel—, luego lo haremos, ahora lo único que necesitas saber es que no debes abrirlo bajo ningún concepto.

—Está bien, tenemos asuntos más urgentes, Adrien está realmente necesitado de vuestra ayuda.

Gaspard le contó los últimos acontecimientos que habían precipitado la reunión y el probable rápido fin del evento debido al imprevisto que había impedido a Rommel asistir.

—Pues pongamos manos a la obra —propuso André.

Bajaron hasta la primera planta aprovechando la camuflada escalera recién descubierta. Cuando llegaron abajo se dirigieron con urgencia hasta las cocinas que es por donde accederían al exterior por la zona en la que se encontraba una puerta de acceso al sótano. Encontraron a Adèle también buscando a los compañeros de la Resistencia.

—¡Por fin! No imaginaba que ibais a tardar tanto tiempo en esconder a la *Fräulein*.

—¡¿Fräulein Bauer?! Decidme que no es ella la que está dentro del baúl.

—Ya te dije que no necesitabas saberlo, Descartes —le reiteró Daniel.

—Espero que no esté muerta y, por supuesto, que no la busque el coronel, tengo entendido que es de su máxima confianza.

—En ese caso tendremos que usar la imaginación y darle todas las largas que podamos.

—De acuerdo, Amarilis —dijo Daniel guiñándole un ojo.

Sin más dilación, salieron en busca de Adrien que ya tenía todo el material en el sótano. Unos metros más arriba se comenzaba a celebrar la reunión. Pero antes de entrar en los asuntos importantes, Weber salió un momento a exigir la presencia del mayordomo para servir los coñacs a los caballeros.

—¡Soldado! —llamó imperativo el coronel.

—¡A sus órdenes! —se cuadró el militar.

—Traiga de inmediato a ese maldito mayordomo y, de paso, busque a *Fräulein* Bauer, que llevo toda la noche sin verla.

El soldado salió a cumplir su misión a sabiendas que no podía permitirse fallar. Encontró a Gaspard pero no a la señora Bauer. No sabía cómo se lo diría al temido coronel. Decidió seguir buscando como si le fuera la vida en ello. Gaspard se personó en la biblioteca donde pidió disculpas al entrar y que Weber aceptó a ragañadientes. Sirvió el mejor caldo para los hombres reunidos allí y tras ello pidió permiso para salir asegurando que estaría atento a las necesidades de los que allí había.

—Antes de que salga, Gaspard, dígale a *Fräulein* Bauer que necesito verla un momento.

—Me temo, coronel, que *Fräulein* se encuentra indispuesta. Estaba blanca como la nieve y tenía sudores fríos. Si me permite mi opinión, algo le ha debido sentar mal y hemos sugerido llevarla a una de las alcobas de invitados para que descanse. Una sirvienta está con ella por si necesita algo.

El coronel se quedó mirando al mayordomo con fijeza. Gaspard sospechaba que no se terminaba de tragar el relato; no obstante, optó por hacerle una señal con la mano para que abandonara la estancia, la cual Gaspard no desaprovechó soltando un liberador suspiro al salir.

La ausencia crucial del mariscal y del alcalde, no fue óbice para tratar algunos temas secundarios entre mandos del ejército alemán y los tres empresarios cruciales para el abastecimiento de material militar tan necesario para parar o, al menos, mitigar los efectos de la más que previsible invasión aliada.

Adrien consultaba los planos que Amarilis hizo en su momento. Eran bastante precisos a pesar de haberlos hecho de memoria. Estaba cableando cuando aparecieron sus camaradas.

—Menos mal, ¿dónde narices…?

—Es una larga historia —cortó Daniel a lo que Adrien se encogió de hombros. En ese momento lo que necesitaba era ayuda no historias.

Los tres se pusieron a trabajar dirigidos por el teniente, el cual dominaba el asunto. Daniel tampoco se quedaba atrás y Adrien pasó, aliviado, a ayudante. Al cabo de media hora estaba todo listo. Extendieron cable suficiente hasta llegar a la parte trasera de un muro que delimitaba el jardín trasero con la casa del guarda. Allí, protegidos ya por la oscuridad, montaron el detonador con ayuda de alguna tímida linterna que daba la luz suficiente para ver el artefacto y ayudar así a la conexión de los cables. No había peligro por parte del guarda o su familia; ya se había encargado Adèle de hablar con ellos.

Franz, el abnegado soldado alemán, buscaba a Fräulein Bauer, y no era su intención decepcionar al coronel, más por miedo que por cualquier otra razón. Meter la pata significaba ir de cabeza al frente y evitar esa horripilante situación estaba entre una de sus prioridades. Era feliz en su pueblo natal y extrañaba a sus padres y sobre todo a su novia, que cumpliría en breve los diecisiete años. Él tenía uno más y en cuanto terminara la guerra se casaría con Helga y llenaría su granja de chiquillos, además de ovejas, gallinas y cerdos. No sería una vida complicada pero la ansiaba. Decidió subir a la planta de arriba. No era consciente de la explicación que el mayordomo le había dado al coronel, así que revisaría todas las habitaciones. Llamó siempre antes de entrar a ninguna, la educación era lo primero. Nada. Una tras otra, todas vacías. Todo el mundo andaba abajo, comiendo, bebiendo y escuchando música. Recorrió el pasillo superior de un extremo al otro. Descubrió la única puerta a la que no había llamado. Era más pequeña, simple. Estaba cerrada. Asió el pomo y lo giró y no ofreció resistencia. La puerta se abrió. Franz vio una escalera que venía de la planta inferior y continuaba hacia arriba. Entró y cerró tras sí. Comenzó a subir. La escalera terminaba en otra puerta aún más insignificante que la anterior. «Será un desván», pensó. Al contrario que la anterior, esta estaba cerrada. Sopesó entre irse o intentar entrar. Decidió lo segundo en cuanto la imagen del coronel Weber apareció en su mente. Empujó con el hombro, pero no cedió. Volvió a hacerlo con más fuerza pero se hizo daño, así que se echó hacia atrás, tomó impulso y embistió

la madera con su pesada bota y esta vez sí que cedió abriéndose con contundencia y rebotando de tal forma que casi le da en la cara al joven soldado que la consiguió parar a tiempo. Franqueó el umbral y examinó el desván con detenimiento. Al final de la estancia observó un bulto cubierto con unas mantas. Se acercó más guiado por la curiosidad que por otra razón. Levantó las mantas y apareció un baúl que supuso que estaría lleno de ropajes antiguos. Se sentó encima y encendió un cigarro mientras pensaba en cuál sería su siguiente paso. Al par de caladas notó bajo su trasero un sutil movimiento.

—¡Qué demonios! —exclamó levantándose de un salto. Su reacción inconsciente fue la de propinarle una patada con la puntera de la bota al baúl. Tras unos segundos de silencio, el joven se percató de que se volvía a producir movimiento en el interior. Se acercó cauteloso y le pareció escuchar algunos gemidos apenas audibles. Se asustó pero supo que no podía irse sin abrirlo, así que se acercó al cerrojo y comenzó a descorrerlo con la mano izquierda sin dejar de apuntar con el fusil que sostenía con la derecha. Una vez que concluyó la operación volvió a separarse del baúl para posteriormente abrirlo con el pie, de golpe, dejando visible la figura de una señora no solo entrada en años sino también en carnes. Sus ojos se abrieron como platos al ver que era la mismísima *Fräulein* Bauer. ¡La había encontrado! La señora Bauer se revolvía ahora con más fuerza e intentaba decirle al soldado con la mirada que le quitara la mordaza que le impedía hablar. El joven lo hizo.

—¡Date prisa, estúpido, desátame y ayúdame a salir de aquí.

El soldado obedeció al instante escupiendo el cigarro que aún mantenía en los labios.

—*Fräulein* Bauer, ¿qué hace usted ahí?

—Eso quisiera yo saber. Solo recuerdo haber entrado en el vestidor de abajo y… —intentaba recordar mientras se tocaba el chichón que le producía un terrible dolor de cabeza.

—Alguien ha debido golpearla y meterla aquí.

—Vaya, qué listo que eres —dijo irónica el ama de llaves—. Déjate de sandeces y llévame ante el coronel, aquí está pasando algo y no es bueno.

Descartes estaba nervioso, no sabía cuánto tiempo se podría ocultar la ausencia del ama de llaves alemana. Tampoco tenía idea de cómo iban los preparativos para la explosión y si merecía la pena seguir adelante y crear más problemas de los que se resolverían con el atentado. Se asomó unos instantes al jardín trasero y vio varias figuras en penumbra. Se acercó y encontró a los tres compañeros ultimando los detalles.

—Estamos listos, Descartes —aseveró Daniel.

—De acuerdo, debo volver, ya deben empezar los primeros síntomas en los invitados y tengo que asegurarme de que salen a la terraza delantera, lejos de la biblioteca, además tengo que dejarles claro donde encontrar los aseos de ese ala de la casa. Algunos vomitarán y otros… —todos entendieron—. Una última cosa, ¿Creéis que merece la pena continuar la operación?

—Ni lo pienses, Descartes, vamos hasta el final.

—No sé, Daniel, por pensarlo no pasa nada. Aún tenemos unos minutos —dijo el mayordomo para dejarlos allí y continuar con su labor de coordinación.

El soldado bajaba las escaleras desde el desván con *Fräulein* Bauer a duras penas ya que la señora no se aguantaba sobre sus piernas aún, y sus kilos se iban haciendo más patentes a cada tramo de escaleras. Si no se reponía pronto cabía la posibilidad de terminar rodando escalones abajo.

—Vamos, escalón a escalón, despacio, señora Bauer.

—Deja de protestar y haz tu trabajo y llévame sana y salva hasta abajo —gruñó la teutona por lo que el joven no tuvo más remedio que resignarse y rezar para que las fuerzas no le fallaran.

Descartes vio a Adèle y le comunicó que todo estaba listo y sus inquietudes sobre la continuación o no de la operación. Amarilis asintió pensativa y decidió ir a buscar a sus amigas. Se cruzó con una señora con el semblante blanco buscando a toda prisa los aseos. Miró a los demás invitados y algunas damas se tocaban el estómago con disimulo. Era el momento de perderse, su ausencia se interpretaría por las mismas razones que las que se iban a producir de forma masiva. Gaspard iba dirigiendo a las damas afectadas al exterior a tomar algo de aire fresco o a los aseos más alejados de la inminente deflagración.

Diana, Valérie y Adèle se reunieron con Daniel, André y Adrien tras el pequeño muro, donde fueron informadas de los detalles técnicos pero sobre todos ellos sobrevolaba la duda planteada por Descartes.

—Por mi parte no hay duda —intervino Diana.

—Por la mía tampoco —apoyó Valérie.

—En ese caso, tenemos que sacar de allí a nuestros maridos.

—Saca al tuyo si tanto lo amas —replicó Diana mientras que Valérie asentía.

—¿Os habéis vuelto locas? —Adèle las miraba interrogativa, sin poder creer lo que escuchaba —no quiero a Eugène, pero matarlo…

—Si seguimos adelante, no mataremos a Rommel, tampoco al alcalde, solo caerán Weber y otros mandos fácilmente sustituibles. Nuestros queridos esposos seguirán haciendo tratos con los nuevos que vengan para vender munición o defensas para los carros de combate alemanes y, ¿para qué? Para aniquilar a nuestros

compatriotas y dominar Francia para siempre. Así que lo que yo pienso es que los elementos más peligrosos que hay ahí dentro son nuestro *queridos* esposos.

—¡Demonios!, Diana, yo no lo hubiera expresado mejor —dijo Daniel.

—¿Todos pensáis lo mismo? —Adèle recorrió con la mirada al grupo, algunos asintieron y otros solo miraron al suelo.

—Adrien, ve por Bibi, no queremos que le pase nada.

—De acuerdo, André —Salió obediente Adrien.

Apenas se fue, apareció Iris que, al parecer, no se vieron con la oscuridad. Le contaron la discusión que habían tenido hacía solo unos instantes. Ella tampoco tenía dudas.

—Se oye a alguien caminado cerca, escondeos —ordenó André.

Quien merodeaba por la oscuridad, no daba la impresión de que estuviera vigilando la zona. Solo se veía el contorno recortado contra la débil luz de la parte trasera de la casa. El individuo paseaba dando caladas profundas a un cigarrillo cuya lumbre aumentaba el brillo a cada aspiración. Bibi reconoció la figura. Era Hans que con toda seguridad buscaba un remanso de paz para reflexionar sobre su futuro; se encontraba en un cruce de caminos y las dos direcciones lo conducían hacia el amor de Greta y su hija o la pasión con Bibi, su amada francesa. El capitán se percató de un leve sonido, como si algún animal nocturno rondara la finca. Tiró el cigarro y decidió asomarse a observar. Llegó al muro que delimitaba la casa principal con la del guarda. Lo rodeó y pasó al otro lado. No vio nada. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Se quedó quieto, escuchando más que observando. Percibió la respiración alterada de alguien. Extrajo una linterna de su cinturón y alumbró a la zona donde había oído el jadeo. Se quedó perplejo al ver un grupo de personas ocultando algo entre ellas. Enfocó el haz de luz a la caras de los allí presentes que se tapaban con las manos

al ser deslumbrado. No tardó en reconocer a Bibi. Eso lo dejó sin aliento. Se percató de que también estaban sus tres amigas y dos hombres que no reconocía. Apuntó hacia abajo con la luz y los vio. No daba crédito. Un detonador. La chica que amaba estaba junto a un detonador con sus amigas. Empezó a formarse la idea del atentado en su mente y eso hizo surgir al militar que era. De su cinto sacó la pistola y les apuntó a todos y cada uno, encañonándolos de uno en uno, incluso a su… Bibi.

—Separaos de ahí, ¡ya!

—Escucha, Hans, tú no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo, Bibi? ¿Qué estáis apunto de atentar contra el coronel, otro mandos de mi ejército y… ¿y vuestros maridos?

—Hans, solo estamos defendiendo nuestro país, como harías tú con el tuyo. Estáis aquí y sois una fuerza invasora. Solo queremos recuperar Francia, a los nuestros y la libertad, y si por ello tenemos que matar o morir, es justo lo que haremos.

—Tira la pistola y levanta las manos, maldito nazi —apareció Adrien que no había conseguido encontrar a Iris.

El joven granjero alemán y ahora soldado había conseguido por fin bajar con la señora Bauer hasta la planta baja. Milagrosamente, había recuperado el control del sus piernas. El soldado suspiró y la acompañó en busca del coronel. Por el camino se encontró con el mayordomo que se quedó sorprendido al ver a la hasta hace poco habitante del baúl.

—*Fräulein* Bauer, ¿dónde se ha metido? La hemos estado buscando todo el tiempo —disimulaba Gaspard.

—Más bien donde me han metido. Dé inmediatamente la alarma. El coronel está en peligro, creo que va a haber un atentado pronto. Alguien quiere eliminar al mariscal.

—Tranquilícese, señora, el mariscal no ha podido venir. No corre peligro alguno. Venga a la cocina conmigo y le daré algo caliente para que se calme.

—No diga más sandeces y dé la alarma de una vez o lo haré yo misma.

Adrien vio la cara de Iri y leyó la inquietud en sus ojos. «Entonces este es Hans», pensó el francés; no obstante, insistió en que dejara el arma en el suelo. Adrien mantenía una tensión peligrosa sobre el gatillo de su pistola. Si el alemán se volvía hacia él no podría evitar disparar a bocajarro, a pesar de los sentimientos de Iris hacia él. El militar se agachó levemente y dejó el arma en el suelo mientras mantenía el brazo izquierdo levantado.

—No le hagas nada, Adrien —le instó Bibi—. Por favor, Hans, te lo suplico, mantén la calma, no te resistas.

—Pero… no puedo dejar que lo hagáis, va a ser un atentado sangriento.

—Tiene razón —se puso de su lado Adèle.

De repente se oyeron unos gritos en el interior de la casa. Daniel y André se miraron. Comprendieron al instante que se trataba de *Fräulein* Bauer. Alguien ha debido descubrirla.

—¡Qué narices! —exclamó Adèle—, ¿no estaba en el baúl bien atada y amordazada? Esto se va a complicar en cuestión de minutos.

—André, acompáñame, echemos un vistazo.

El teniente inglés siguió a Daniel Duval. Si los gritos se habían escuchado desde la posición donde estaban ellos es que aún los que los producían se encontraban cerca de cocina y aún lejos de la biblioteca. Si llegaban a tiempo podrían evitar males mayores. Los gritos iban en aumento. La señora Bauer acusaba al mayordomo de impedir dar la alarma, de colaborar con los terroristas que querían

atentar contra los mandos nazis. Se comenzaban a oír pasos de patrullas moverse a toda prisa hacia el lugar donde se estaba produciendo el escándalo. Decidieron intervenir antes de que ya no fuera posible. Se abalanzaron sobre el joven soldado que no se percató con el volumen de la discusión de los dos hombres que se le acercaban por detrás. Daniel le propinó un culatazo de su pistola que lo dejó inconsciente al instante. La alemana gritó aún con más intensidad. Gaspard se acercó a ella y le propinó tal puñetazo en la cara que la Fräulein cayó a plomo sobre el piso.

—Vayámonos, Descartes —le pidió André.

Gaspard vaciló un instante, el suficiente para que le diera tiempo a una patrulla a aparecer por el lado opuesto del pasillo. Los soldados, al ver el panorama, no lo pensaron y dispararon hacia ellos, alcanzando de lleno al mayordomo con una ráfaga de balas. Gaspard se precipitó al suelo, muerto, sangrando por los distintos orificios abiertos por el plomo procedente de las ametralladoras alemanas. André y Daniel, sabedores de que ya no podían hacer nada por su compañero y camarada Descartes, pusieron pies en polvorosa saliendo de nuevo al exterior aprovechando la oscuridad para pasar inadvertidos. Los dos soldados que formaban la patrulla no se atrevieron a adentrarse en el oscuro jardín trasero y decidieron volver a dar la alarma general y poner en aviso a los asistentes a la reunión en la biblioteca que, casi con seguridad estaban ajenos a los acontecimientos debido a su aislamiento y el volumen de la orquesta que aún tocaba en el salón.

André y Daniel lograron llegar al lugar donde se encontraba Adrien con las chicas y el capitán alemán que ya estaba amordazado y con las manos atadas a la espalda. Contaron entre jadeos lo sucedido.

—En menos de un minuto todo lo que hemos hecho, lo que hemos planeado, nuestras ansias de liberación de los invasores, todo, todo se habrá ido al garete. A veces hay que hacer sacrificios, hay que tomar decisiones difíciles. Es ahora o nunca, camaradas. Y tú, Hans, perdónanos por lo que vamos a hacer, tenemos que

hacerlo. Tú debes volver y volverás a Múnich y dar tu amor a Greta y a tu hija. Yo te seguiré queriendo para siempre, pero aprenderé a vivir sin ti.

Bibi se acercó a Hans para quitarle la mordaza a lo que los hombres del grupo hicieron gesto para impedir. Una mirada de la joven rubia bastó para tranquilizarlos. Liberó la boca de su amado que se mantuvo en silencio, con los ojos llenos de unas lágrimas que nadie podía ver en la oscuridad.

—Te quiero, Hans —lo besó Bibi, con pasión, como si el mundo no existiera a su alrededor—. Sé feliz y cuida de tu familia. Quién sabe si algún día el destino nos volverá a unir. Viviré con esa esperanza.

El capitán de la Wehrmacht, Hans Meyer, asintió y permaneció en silencio.

—Es el momento de tomar la decisión —Daniel miró a todas y cada una de las personas que formaban el grupo de la Resistencia francesa inmersos en la operación *Cazar al Zorro.* Para sorpresa de todos, fue Adèle la primera en dar un paso adelante.

En el interior de la biblioteca, los hombres que allí estaban reunidos habían percibido lo que les habían parecido disparos. No podían asegurarlo, por lo que Weber se levantó y se dirigió hacia la puerta para recibir algún informe de la situación por parte de la guardia. Giró o al menos intentó girar el pomo que debería haber abierto la pesada y maciza puerta labrada a mano que separaba la lujosa biblioteca del resto de la villa.

—Está cerrada —siguió insistiendo—. Alguien nos ha debido encerrar aquí.

Monsieur Giradon, extrañado, se levantó e intentó abrirla. Tampoco pudo.

—Ha sido el maldito mayordomo, Eugène.

—No puede ser. Otto.

Los dos hombres de dispusieron a aporrear la puerta. Al otro lado oyeron a los soldados pedirles que se separaran, que iban a proceder a derribarla.

La señora Girardon, Adèle para sus amigas y Amarilis para sus camaradas, había sopesado la situación. No quería a Eugène, de hecho, lo odiaba. Su matrimonio estaba acabado desde hacía mucho tiempo, pero no fue consciente hasta hace poco. En esos momentos, la operación era lo más importante. Comprendió que abortarla las llevaría directamente a un campo de concentración nazi, si no eran ejecutadas al instante. Así que fue la primera en poner la mano sobre el detonador.

—Camaradas, por Descartes que dio su vida por la operación y por Francia.

Sus amigas Diana y Valérie fueron las siguiente en poner sus manos.

—Por Descartes y por Francia.

Daniel, Adrien y André fueron los siguientes.

—Por Descartes y por Francia.

La última fue Iris o Bibi que miró a Hans que apretó los dientes y posó su mano sobre la de todos los demás. Hans la miró y asintió.

—Por Descartes, por Francia, por la libertad y el amor —gritó sin dejar de mirar al capitán del que tan locamente se había enamorado.

Todas la manos, al mismo tiempo, empujaron hacia abajo. Una fuerte explosión que comenzó en el sótano y que destruyó la estancia superior inundó la tranquila noche con un gran estruendo y un resplandor que cegó a todos los que estaban mirando en esa dirección. En el interior de la biblioteca, el coronel Weber, varios

comandantes y los tres empresarios colaboracionistas saltaban por los aires sin posibilidad alguna de supervivencia. Adèle solo deseó que su marido no sufriera y su deseo se cumplió, nadie de los presentes tuvo tiempo de darse cuenta de qué pasaba. Murieron sin más y con ellos también desaparecieron proyectos militares que servirían para matar franceses y aliados. Adèle no tenía claro hasta qué punto ayudaría en un futuro próximo lo que acababan de hacer. Les faltó el zorro para sentir el éxito total. Pero, en contra de lo que se esperaba, se sintió satisfecha, como un soldado cuando ha cumplido su deber para con su patria y sus compatriotas.

—*Alea iacta est* —dijo Adèle recordando las palabras del gran Julio César antes de cruzar el Rubicón

El rugido de un motor alertó al grupo. Un camión del ejército alemán apareció de repente por el camino trasero que llevaba a la casa del guarda. Varios soldados alemanes se bajaron y se dirigieron al grupo de la Resistencia. A pesar del éxito de la misión, fueron conscientes de que no saldrían vivos de allí o, en el mejor de los casos, sobrevivirían el tiempo justo de reunir a un pelotón de fusilamiento. Solo había algo que no cuadraba. A Daniel le llamó la atención que esos soldados no portaran armas.

—Rápido, subid al camión —gritó una voz en inglés aunque con cierto acento irlandés.

Daniel puso cara de no entender, aunque en la oscuridad nadie se percató. Miraba cómo todos seguían a los cada vez más dudosos militares nazis. Siguió al grupo, su inglés no daba para dos palabras seguidas y más si era un rápido susurro en la oscuridad. Decidió seguir a sus compañeros y subió al camión. Pero antes miró a Adèle que lo animó a ir tras ellos.

—No os podemos dejar aquí, solas.

—¡Claro que puedes! Solo somos una víctimas de un atentado, una pobres y desgraciadas viudas. Lárgate, sabremos hacer nuestro papel.

—¡Eh!, espera.

Daniel se giró al escuchar la voz de Meyer, ya casi lo había olvidado. Extrajo su pistola y se acercó al capitán. No podía dejar aquel cabo suelto. El alemán adivinó sus intenciones.

—Tranquilo, tranquilo, no voy a ser un problema, solo necesito que me propines un buen puñetazo, si no cómo narices voy a poder justificar lo que estoy a punto de hacer.

—¿Y qué es eso que estás a punto de hacer?

—No voy a hacer otra cosa que no entorpecer vuestra huida. No lo hago por vosotros, sino por Bibi, pero esta es la única forma de justificar mi inacción, así que —no le dio tiempo a concluir la frase, el puño del antiguo contendiente de la Guerra Civil Española lo mandó a la inconsciencia inmediata.

—Gracias —oyó Duval de la boca de Bibi. Daniel le apretó el brazo en señal de apoyo. Antes de la irse en dirección al camión desde el que sus camaradas lo apremiaban, se volvió hacia Adèle y la besó. La viuda Girardón le correspondió.

—Te quiero, Adèle.

—¡Corre!

Y corrió, pero con cierto desasosiego. Le hubiera gustado que la mujer a la que tanto quería también le hubiese correspondido con la afirmación de que ella lo amaba también. Sería una duda que tendría que resolver si sobrevivía a esta maldita guerra.

La oscuridad reinaba en el interior del camión. Los tres hombres no tenían claro quiénes eran los supuestos soldados alemanes, pero sí que estaban seguros de que no lo eran. Adrien había comunicado la operación a los aliados a través de mensaje cifrado de radio, pero no contaban con una operación de extracción. El camión arrancó y por los retrovisores vieron los primeros

movimientos de linternas alrededor de la villa de campo, pero ningún haz de luz se dirigió hacia ellos que ya estaban poniendo tierra y oscuridad de por medio. Una vez que el conductor estimó que había cierta seguridad, encendió la luces del vehículo. Hasta ese momento, la tensión había dominado el ambiente y nadie se había atrevido a hablar siquiera. El teniente inglés no lo dudó más y preguntó en inglés:

—*Who the hell are you?*

—¿Es que no reconoces a un maldito irlandés en medio de la oscuridad? —dijo uno de los soldados mostrando una sonrisa tan amplia que unida al blanco de su piel no dejó lugar a dudas y Andy lo reconoció de inmediato.

—¡Maldita sea, Colin! No sabes lo que me alegro de verte — se fundieron en un abrazo ante las miradas atónitas de Adrien y Daniel.

Todos soltaron un gran suspiro al verse entre amigos y aliados, aunque Duval no fuera capaz de entender ninguna de las palabras que se cruzaban en inglés; por lo visto, era el único que no hablaba el idioma que, por otro lado, le parecía endiablado.

—¿Cómo…?

—Al parecer, el mando general estimó que esta operación podría ser importante y pidieron voluntarios. Yo estaba en el momento y lugar adecuados y todo lo demás ya te lo imaginas, no podía dejar a mi amigo entre tanto nazi.

—Eres un maldito cabrón, Colin. ¡Te quiero!

—Dejemos las declaraciones de amor para después, en suelo inglés, preferiblemente. A varios kilómetros de aquí nos espera un avión que despegará en media hora estemos o no estemos. Así que démonos prisa.

En la villa de campo, los soldados llegaron al lugar donde se encontraban las cuatro amigas acompañadas por el capitán Meyer, quien intentaba evitar que la sangre siguiera fluyendo desde su nariz. El sargento los apuntó uno a uno con el haz de su linterna sin saber cómo interpretar la escena. Finalmente miró al oficial que no paraba de sangrar.

—¿Qué ha pasado aquí, Capitán?

—No lo sé, sargento. Estaba acompañando a las damas a tomar el aire cuando oímos algunos ruidos por esta zona. Nos acercamos y cómo puede ver, alguien me golpeó y seguidamente escuchamos una explosión. Lo siento, estoy algo aturdido, por desgracia no puedo contarle nada más.

—¿Han visto ustedes algo, señoras?

—Casi nada, sargento —tomó la palabra Adèle—, la oscuridad no lo permitía. Como le ha dicho el capitán que tan amablemente nos acompañaba, escuchamos algunos sonidos extraños por esta zona, por lo que nos acercamos. Como sabrá, yo soy la señora Girardon, la dueña de esta villa.

—Oh, *madamme Girardon*, siento mucho lo de su marido y… supongo que también habrá afectado a los de las otras señoras aquí presentes.

En ese momento, Adèle y su amigas y camaradas supieron que tocaba hacer una gran interpretación, la de amadas esposas que acaban de saber que han perdido a sus esposos en un terrible atentado realizado por unos desalmados de la Resistencia. El teatro comenzó y el capitán se involucró.

—Sargento, como verá la situación es muy delicada y… será mejor que nos dejen solos. Yo las acompañaré a un lugar seguro donde puedan ser debidamente atendidas.

—Por supuesto, capitán, a sus órdenes.

Bibi se dirigió a Meyer.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?

—¿Aún no lo tienes claro? —se sorprendió Hans—. Te quiero mucho, te amo, no me lo perdonaría si te pasara algo. Y por lo que tú has hecho, también me quieres.

—No sabes cuánto —interrumpió la joven—. Pero lo que acabamos de hacer, a quien hemos matado…

—Si te refieres a Weber, es un nazi, un asesino. Son los que nos han llevado a esta guerra, los que han abducido y secuestrado al pueblo alemán. Tenemos la obligación de liberar al mundo y a Alemania de estos malnacidos. Espero que algún día recapacitemos y recordemos estos días como los más tristes de la historia de mi país y de toda la humanidad. Que quede grabado a fuego para no repetirlo nunca, jamás. Esta pesadilla tiene que terminar cuanto antes y si son vuestros aliados los que la terminan, bienvenidos sean. Ahora debemos irnos y sobrevivir para poder contar a nuestros descendientes donde estuvimos y qué hicimos para que ellos vivan en un mundo mejor.

Bibi lo miró atenta durante su disertación, sin interrumpir y aumentando a cada palabra su admiración hacia el capitán de la Wehrmacht y su amor hacia Hans Meyer. Pero también supo que tendría que dejarlo marchar, por mucho que le doliera. Él tenía por quien luchar en Múnich. Si los aliados, al igual que en la Gran Guerra, volvían a ganar, las condiciones que tendría que soportar Alemania serían muy duras. Quizá algún día podrían olvidar y decir que el presente, como rezaba esa canción americana, *it's a love day today*, estaría repleto de días encantadores, porque, tanto ella, como sus amigas, como sus compatriotas, se merecía volver a poder cantar que *hoy es un día adorable.*

Hans y Bibi se besaron como se besan los que darían su vida por el otro las veces que hiciera falta, uniendo sus almas de luchadores por algo más grande que ellos: por el amor, por la libertad y por la paz.

29
EPÍLOGO

La primavera de 1957 florecía en París. Las chicas habían quedado, como era habitual desde que terminó aquella maldita guerra. Su amistad, lejos de disminuir, había ido creciendo con los años. Ese veintiséis de marzo, la temperatura alcanzaba los quince grados. Un cielo parcialmente nublado regalaba cálidos rayos de sol que Adèle y sus amigas agradecían mientras tomaban un café a la espera de Bibi. ¡Cómo no! Nunca cambiaría. El jardín que en otra época estuvo bajo el cuidado de Daniel Duval, su antiguo amor, comenzaba a florecer, saludando a la recién llegada estación primaveral. Las amarilis, flores duras y orgullosas, que habían nacido en invierno, se erigían imponentes en la recién comenzada época cálida. Las había rojas, como la sangre que hacía poco más de una década era derramada a diario por toda Europa; y las blancas, que recordaban la paz conseguida y que a toda costa se debía mantener para no repetir locuras y desastres pasados.

El sonido de un taxi al pararse en la puerta de la mansión Girardon interrumpió las conversaciones que Adèle, Valérie y Diana mantenían relajadas.

—Adivina quién es —dijo Adèle mirando hacia la puerta a la espera de ver entrar a la amiga que faltaba en la reunión.

Nadie contestó, pero todas asintieron con una sonrisa, dando a entender que quien llegaba era quien se esperaba. Cada día que se repetía esta situación, Adèle recordaba, con gran pena, al eficiente mayordomo Descartes sirviendo un café caliente recién hecho para la demorada amiga.

—Buenas tardes, chicas —saludó jovial, como siempre—. Veo que no me habéis esperado.

Todas saludaron al unísono.

—Bibi, entra en la cocina y allí tienes café. Sírvete tú misma. —Hacía años que ya no disponían de servicio de mayordomo. Los tiempos cambiaban.

Al poco, la rubia llegó con el café, haciendo equilibrios con la taza de porcelana sobre el delicado plato del mismo material y con una edición de *Le Figaro* sujeta bajo el brazo izquierdo. Soltó el café y arrojó el periódico sobre la mesa.

Sus amigas la miraron extrañadas ante tal gesto. Bibi se sentó y las instó a leer los titulares de la portada.

« *C'est la vie même de l'Europe qui commence*
Une étape décisive sur la voie de l'intégration européenne»

—¿Qué quiere decir esto, Bibi?

—Quiere decir, Adèle, que Europa comienza un camino de integración y esperanza y, sobre todo —tuvo que hacer una pausa para respirar e intentar enjugarse las lágrimas que empezaban a caer—, sobre todo, que Francia y Alemania ya no son enemigos. Adèle, ¿lo entiendes? Ya no es ilegal amar a un soldado alemán.

Bibi rompió a llorar abiertamente. Su amor por Hans no había desaparecido; solo lo había contenido para poder sobrevivir a su ausencia. Pero las noticias sobre la muerte de Greta que llegaron hace dos años lo revivieron con más intensidad aún, aunque imposible por la circunstancia de que la enemistad entre ambos países lo impedía. Ahora su esperanza había renacido.

Adèle también lloró por su amiga, como también hicieron Valérie y Diana. Todas abrazadas derramaban unas lágrimas de felicidad y esperanza por un futuro en paz, con una Europa unida en la que sus habitantes compartieran un futuro de progreso y entendimiento. Por una Europa que fuera el faro de la concordia y la convivencia en todo el mundo.

Adèle las dejó por un instante y se dirigió al interior de la casa. Unos minutos después volvió cargada con cuatro copas y una botella del mejor champán. Las puso sobre la mesa y abrió con energía la botella que derramaría el mejor caldo para brindar por lo que venía, por el futuro. Adèle hizo los honores.

—Amigas, hubo una vez en que, sin quererlo ni proponérnoslo, tuvimos que ponernos el traje de heroínas. Francia así nos lo pedía. Hicimos grandes sacrificios y arriesgamos nuestras vidas. Lo afrontamos con valentía y con orgullo, aunque no fuera fácil. Brindo por como procedimos y por lo que aportamos al fin de la guerra. Pero también brindo para que en el mundo no vuelvan a ser necesarios los héroes y que las nuevas generaciones disfruten de paz y prosperidad, porque para eso luchamos y muchos de los nuestros dieron su vida —Adèle hizo una pausa—. Por la paz y la prosperidad, levantemos nuestras copas.

—Y por el amor —completó Bibi la propuesta.

—Por el amor —corroboraron todas.

Y bebieron por todo ello. Y bebieron más de una botella. Y fumaron un cigarrillo. Y lloraron, y rieron.

Mientras que las cuatro amigas brindaban en París, había alguien que ya era feliz desde que terminó la guerra.

—¡Franz! ¡Franz! ¿Dónde narices te metes? —gritaba Heinrich.

—¿Qué pasa? ¿Se ha muerto alguien? —dijo el antiguo soldado saliendo de entre las ovejas que estaba ordeñando.

—No se ha muerto nadie, pero como no vengas inmediatamente conmigo, el muerto serás tú.

—Pero explícate, que me tienes en ascuas.

—Que Helga se ha puesto de parto. Como no espabiles no vas a ver nacer a tu quinto hijo.

Franz, nervioso, se dirigió al abrevadero más cercano para lavarse las manos y la cara. Corrió junto a la mujer que amaba desde que era un chaval. Allí, junto a la cama, la cogió de la mano y asistió, por fin, al nacimiento de su primera hija. La tan deseada niña tras los cuatro «salvajes», como él mismo denominaba a los cuatro varones que la precedieron.

Al mismo tiempo que Adèle, Valérie, Diana y Bibi bebían por la paz y el amor, Franz ya lo tenía, y de sobra. De hecho, tenía todo lo que había deseado en la vida.

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento es para Teresa, por ser la primera en creer en estas páginas y por leerlas cuando el final era aún un boceto lejano. Gracias por tus valiosas impresiones y por acompañarme en cada giro de la trama .

A mis lectores cero, por su generosidad y su ojo clínico. Gracias por ayudarme a podar lo que sobraba y a completar lo que faltaba. Vuestra perspectiva ha sido fundamental para dar sentido a esta historia.

A Susana Pérez, por su implicación y talento en la creación de la portada. Gracias por saber captar la esencia de este libro y convertirla en una imagen tan fantástica.

Y, por supuesto, a ti, lector. Eres quien cierra el círculo y da sentido a todo este esfuerzo de creación. Mi única esperanza es que estas páginas te regalen, al menos, unos buenos momentos de lectura